CAPITULO X.

Inmediata familiaridad de los indios.—Investigaciones de Colon respecto á la tierra en que se hallaba y equivocadas noticias que produjo el lenguaje mudo mal interpretado por ambas partes.—Ilusiones y desengaños respecto á la abundancia de oro y piedras preciosas.—Bautiza el Almirante la isla descubierta y comercia con sus naturales.—Sorprendente efecto que en los indios causan los insignificantes objetos de los espedicionarios.—Sistema de navegacion del Nuevo Mundo.—Repetidas equivocaciones que sustenta el Almirante en su acalorada fantasia sobre la problemática proximidad de las costas asiáticas.—Cuestion geográfica.—Cuál ha sido la verdadera isla de San Salvador primeramente descubierta.—Continúa la flota sus descubrimientos.—Toca en la isla á que llamó el Almirante *Santa María de la Concepcion*.—Fuga de un intérprete y prudente sistema de Colon para destruir el mal efecto de este percance.—Descubrimiento de la isla *Fernandina*.—Idem de *Samoet* ó *Isabela*.—Arribo y desembarque en la isla de *Cuba*: su reconocimiento y costeo.—Embajadores que envia Colon en busca de la residencia del Gran Kan, suponiendo haber ya llegado á la tierra firme.—Descubrimiento del tabaco.—Hácese de nuevo al mar la espedicion en busca de la isla de *Babeque*.—Desercion de la Pinta.—Descubrimiento y toma de posesion de la isla *Española*.

Familiarizados con la aparente bondad de sus estraños huéspedes los rústicos habitantes de aquella isla deliciosa, comunicaron la confianza á los que mas tímidos no se habian atrevido aun á descender á la playa, y así no fue difícil que esta se viera bien pronto llena de una porcion considerable de indígenas, entre los cuales se veia únicamente una muger de agradable presencia y muy felices contornos (1).

Como es de suponer, las investigaciones de Colon se dirigieron inmediatamente á comprender de los naturales cuál era aquella tierra á que sus contínuos

(1) Diario del Almirante. *M. S. de la casa de Veraguas.*

Universidad Internacional de Andalucía

afanes le habian conducido, suponiendo siempre que á no ser la isla de Zipango la que hollaba en son de conquista, cuando menos no podria evadirse de pertenecer á ella como un ramal de tierra destacado, segun sus cálculos, al Nor-Este; y esta opinion, que en su principio sin duda fuera vaga, llegó á tomar proporciones colosales así que, dando á gestos incomprensibles una interpretacion cual á los deseos convenia, creyó el Almirante que la confirmaban los indios cuando al preguntarles por señales tambien, mas ó menos claras, de donde adquirian ciertos aretes de oro que pendientes de la nariz llevaban, hacian gestos y ademanes mirando al Sud-Oeste (1).

Con todo, antes de apartarse de aquel asilo misterioso que la Providencia habia inventado en el tránsito contra la impaciencia de las tripulaciones, pretendió el Almirante examinar las condiciones locales de la isla, por si conviniese colonizarla, procurando ante todo asegurar la buena voluntad de los naturales. Al efecto repartió entre ellos algunos gorros colorados como los que usaban nuestros marineros, muchas cuentas de vidrio y cantidad de cascabeles, cuya tosca armonía les llenaba de gozo, asi como de entusiasmo el simple adorno de relucientes y ensartadas piedras ordinarias que los españoles les echaban al cuello, devolviendo en cambio á sus galantes huéspedes grandes ovillos de algodon perfectamente hilado, y algunas tortas de cazaba ó pan de maiz, que era el alimento natural de aquellos rústicos isleños. Respecto al oro que en escasa cantidad presentaron á los españoles los pobres indígenas de San Salvador, que tal fue el nombre puesto por Colon á aquella isla, hasta entonces llamada Guanahani en la tosca lengua de sus habitantes, impidió el Almirante su libre tráfico por entonces, para hacerlo propiedad de la corona, interviniéndolo al efecto el comisionado régio que en la flota iba, asi como despues se hizo con el algodon, siempre que de abundantes porciones se tratase.

Dióse al mas completo descanso aquel primer dia del desembarque, con tanta mayor confianza en la seguridad individual de los españoles, cuanto que los indios, sobre su carácter bondadoso, tampoco poseian mas armas que ciertos bastones toscamente labrados, con piedras sin duda, pues el hierro ó al menos su uso no lo conocian, y terminados en punta con dientes de pescados ó pedernales á ella adheridos. Por la noche todo el equipage se recogió á las carabelas, y era de ver como á la aurora del siguiente dia mayor multitud de indígenas se lanzaba al mar, nadando hasta ellas algunos sin mas buque que su cuerpo flotante sobre las ondas, y los mas en canoas de troncos de árboles tan capaces que dentro de algunas iban hasta cuarenta personas. Su proceder marinero respecto al movimiento de aquellos barcos era tan sencillo como todas sus costumbres: impelíanlas á merced de algunas palas cortas y anchas por el estremo que en la mar se introducia, y si alguna vez volcaban se les veia nadar al rededor

(1) Diario de Navarrete. *Coleccion de Viajes.* Colon. *Historia del Almirante.* Irving. *Viajes y vida de Colon.*

Universidad Internacional de Andalucía

haciendo esfuerzos para volverlas á su natural postura hasta conseguirlo, y del agua que en el restablecimiento quedase, las achicaban ó vaciaban con calabazas.

Asi en estas que hacian frecuentes visitas, como en el trato contínuo de los españoles, en tanto que en aquella isla permanecieron, que fueron escasos tres dias, todos sus habitantes manifestaron vehementes deseos de adquirir en abundancia de aquellas bagatelas que en los momentos del desembarque les habian nuestras gentes regalado; porque las suponian descendidas del cielo, y por lo tanto objetos divinos cuantos por tal conducto recibiesen. Los españoles que nada en sus cambios perdian, tampoco se hacian de rogar gran cosa, tanto menos cuanto que, para satisfacer los deseos de los indios y sustentar la propia codicia, les bastaban fragmentos de vidrio ó cachos de rota vajilla que los indios recibian con muestras inequívocas de maravilloso entusiasmo.

Pasados los cambios, y repetidas en grande abundancia las muestras recíprocas de mútua confianza y cariño, embarcóse Colon en el bote de su nave con la dotacion conveniente de marineros para reconocer el circuito de la isla, y averiguar las condiciones de su conveniencia si por acaso la tuviese. Pusiéronse pues, las proas de los tres bateles al N.-E., y á fuerza de remo caminaron en derredor de la isla lo suficiente para convencerse de que su posesion ó colonizacion no podia mejorar las pretensiones aun no alcanzadas del famoso viaje. El Almirante en su investigacion tuvo lugar de advertir iguales muestras de pacífica hospitalidad en todos los habitantes de la isla, puesto que los de dos ó tres pueblecillos que en la costa vieron, no solo manifestaron el mayor respeto desde la orilla á los dichosos nautas, sino que corriendo paralelamente á los botes, se lanzaron muchos de ellos dentro del mar hasta alcanzarlos, con lo cual fueron bien recibidos y mejor agasajados con regalos de escasa valía, que si no pudieran satisfacer la codicia de avaros comerciantes, al menos cautivaban por completo el ánimo de aquellas gentes incultas.

Continuando el rumbo marcado conforme á las condiciones de la isla, llegaron los bateles á una pequeña península de amenísima frescura y fragante ambiente, llena de vegetacion y de verdura, con muy bellos jardines, y seis chozas indianas que al mas lisongero descanso convidaban: la lengua de tierra que al resto de la isla la unia era tan escasa, que en dos ó tres dias hubiera sido fácil romperla; por lo que no dejó de pensar el Almirante cuánta conveniencia tenia para levantar allí una fortaleza; pero harto convencido por otra parte del escaso partido que en colonizar aquella isla sacaria, dándola ya por suficientemente reconocida, se volvió á las carabelas, habiendo observado en todo el circuito de San Salvador una verdura constante, dando vida á la mas galana vegetacion que por muchas corrientes de agua y un hermoso lago en el centro estaba sin duda sostenida.

Todas las noticias que por señas discordes habia inventado la acalorada fantasía de Colon para dar pasto á sus deseos, le hicieron precipitar su partida de

Universidad Internacional de Andalucía

aquella isla hospitalaria. Por ellas se ratificaba en las cercanías de la costa oriental de Asia, y si bien por las condiciones locales y materiales de San Salvador ya estaba convencido de que aun no habia alcanzado la tierra de Cipango, no dudaba que estaria de la que hollaba bien cerca. Con efecto: segun él pudo comprender del mudo lenguaje de los isleños, habia tierras poderosas con gente de guerra hácia la parte del Nor-Este, y otras muy riquísimas al Sud-Oeste, en que el oro y las piedras preciosas se criaban en grandísima abundancia. Varios indios de San Salvador le mostraron heridas cicatrizadas de combates tenidos con los de la parte del Nor-Este, los cuales bajaban al Sur haciendo escala en aquella isla y otras inmediatas, para cautivar á los naturales; y por unas y otras señales creia firmemente Colon que los hombres de guerra eran los súbditos del Gran Kan, y las tierras del Sud-Oeste la riquísima y famosa isla de Cipango, cuyas fabulosas maravillas habian encantado al Almirante en las brillantes relaciones del veneciano Marco Polo.

Semejante idea, que á tan larga distancia estaba de la verdad, fué acariciada tanto mas por el Almirante, cuanto que al cruzar por entre una infinidad de islas que en su nueva derrota encontró al emprenderla en la noche del propio dia 14 con rumbo al Sud-Oeste, creia que ellas formaban el archipiélago estendido por la costa de Asia, conforme el viajero veneciano las describe, en número de siete mil cuatrocientas cincuenta y ocho.

Pero antes de fijarnos en su situacion y circunstancias, y á la par que seguimos la historia del descubrimiento, prescindiendo en gran manera de especialidades que para la ilustracion del viaje importan desde ahora bien poco, habremos de abordar la cuestion geográfica promovida por el ilustre señor Navarrete en la Coleccion de viajes, y consignar nuestra opinion á favor de la verdad constantemente admitida, y solo por momentos dudada, respecto á la positiva isla del Nuevo-Mundo en que Colon y sus compañeros sentaron primero la planta. Cuestion es esta en que llenos de sentimiento habremos de contrariar las creencias de nuestro sábio publicista: y por cierto que tal no hariamos si no robusteciesen la antigua opinion mejores datos y mas bien cimentados, los cuales trasladaremos á nuestras páginas con escasas variaciones, que apenas merecen, en la propia forma que consignado los ha en un interesante artículo geográfico de aquellas partes, cierto oficial inteligente de la armada de los Estados-Unidos, cuyo nombre no ha permitido dar á la estampa.

Se ha supuesto, pues, hasta ahora, que una de las islas Bahamas, que aun hoy lleva el nombre de San Salvador, y que los ingleses conocen por *isla del Gato*, fué el primer punto en que se puso Colon en contacto con el Nuevo-Mundo; pero dicho señor Navarrete ha querido probar que fuese la isla del Turco, una del mismo grupo, la cual dista nada menos de aquellas que unas cien leguas de 20 al grado, en la direccion del Sud-Este. Para desenlazar esta cuestion con el aplomo debido, se ha consultado detenidamente el diario del Almirante, comparándolo con las alteraciones introducidas por el señor Navarrete y

Universidad Internacional de Andalucía

con los conocimientos prácticos del citado marino á quien debemos la mas completa solucion que pudiera apetecerse.

Colon describe á Guanahaní, en que desembarcó y á que puso por nombre San Salvador, como una bella isla muy grande, llana y cubierta de florestas y árboles frutales, con abundancia de agua dulce, un grande lago en el centro, y habitada por numerosa gente; dice que la costeó con sus botes por considerable distancia; que tendia hácia el N.-N.-E., y que al pasar le visitaron los habitantes de varios lugares por la costa sembrados. La isla del Turco á que el señor Navarrete alude, lejos de corresponder á esta descripcion, no puede estar mas opuesta, como que es un cayo bajo compuesto de arena y rocas que yace al N. y S.; tiene menos de dos leguas de estension, está completamente destituido de bosques y florestas, y no tiene un solo árbol indígeno: carece asimismo de agua dulce, y dependen sus habitantes para surtirse de la que vierten las lluvias y ellos conservan en cascos y cisternas; tampoco hay lagos sino pozas de sal, que es la única produccion de la isla. No pueden aproximarse á las del Turco los buques por el lado del Oriente ó del Nord-Este por impedirlo las rocas que la rodean, ni tampoco tiene puerto, sino una entrada hácia el lado de Occidente, de la cual los buques que están al ancla tienen que salir al mar cuando quiera que hace otro viento que el acostumbrado Nord-Este que sopla sobre la isla; porque es tan rápida la costa que no hay anclage sino pegado á ella; y cuando deja de soplar el viento de tierra, un bajel que estuviese al ancla seria precipitado contra las rocas, y arrojado á tierra por la terrible resaca que entonces ruge: la poca frecuentada caleta del *Nido del Halcon (Hawnk's Nest)*, al S. de la isla, es aun mas peligrosa.

La del Turco, que no es susceptible del menor cultivo, da muy corta subsistencia á pocos caballos y carneros, y sus habitantes reciben de fuera todos los artículos de consumo, á escepcion del pescado y la tortuga, que por ser abundantes allí constituyen el principal alimento de los esclavos que en la esplotacion de las salinas se ocupan. Toda la riqueza de la isla consiste en el producto de dichas salinas y en el provecho que, por medios no siempre lícitos, adquieren de los naufragios que inmediatos suceden. La isla del Turco no podria, pues, estar habitada en un estado primitivo de sociedad, donde sin el comercio de los pueblos cultos tiene el hombre que sacar la subsistencia de la vegetacion, mas ó menos abundante, del propio punto que puebla.

Por otra parte, cuando iba Colon á salir de Guanahaní, dudaba cuál isla visitaria primero entre la multitud de ellas que á su vista se presentaba, y bien notorio es que desde la isla del Turco no hay tierra visible mas que los dos cayos de sal que yacen al Sur de ella, y que forman el grupo á que la misma da nombre.

El diario del Almirante no especifica el rumbo que llevó para ir desde Guanahaní á la Concepcion; pero las sitúa á distancia una de otra de cinco leguas, siéndole en la navegacion de aquella á esta las corrientes contrarias: á la vez

Universidad Internacional de Andalucía

que es doble la distancia del Turco al Gran Caico, supuesto por Navarrete la Concepcion, del Almirante, y la corriente marcha constante al O.-N.-O., entre estas islas, lo cual seria favorable yendo desde la del Turco á la de Caicos.

De la Concepcion pasó la flota á una isla que se divisó al Occidente á nueve leguas de distancia, á la cual puso Colon Fernandina en honor al rey don Fernando: esta cree Navarrete que sea la pequeña Iguana, la cual dista no menos de veintidos leguas al Gran Caico: luego que al ir á la pequeña Iguana es necesario pasar por junto á tres islas, cada una mayor que la del Turco, y de ninguna, como era natural, habla Colon en su diario. Describe el Almirante á Fernandina como dilatándose veinte y ocho leguas S.-E. y N.-E., mientras la pequeña Iguana tiene su mayor longitud de cuatro leguas en la direccion del S.-O., de donde resulta que la descripcion de Fernandina nada tiene de comun con la pequeña Iguana. De Fernandina salió la flota al S.-E. para Isabela, que supone Navarrete fuese la grande Iguana, cuando esta isla está al S.-O. de la pequeña del propio nombre, y su rumbo difiere en 90.° del que siguió el Almirante. Ademas, que refiriendo los sucesos del dia 20 de noviembre, dice Colon que Guanahaní distaba ocho leguas de Isabela, y ya se sabe que de la isla del Turco á la grande Iguana, hay nada menos de treinta y cinco.

Saliendo de Isabela púsose el rumbo al O.-S.-O., para la isla de Cuba, y con él llegó la flota á las Aunas: semejante derrotero tomado desde la grande Iguana vendria á salir á la citada isla de Cuba cerca del Puerto Nipe, y Navarrete supone que Colon llegó inmediatamente despues á los Cayos S. de los Jumentos que están al O.-N.-O. de Iguana, rumbo que difiere en 45.° del que llevaron los buques. Despues de navegar por algun tiempo en las cercanías de Cuba, se halló Colon el 14 de noviembre en el mar de Nuestra Señora, rodeado de tantas islas que era imposible contarlas, y el propio dia le pone el señor Navarrete en el cabo Moa, donde solo hay una pequeña isla distante mas de cincuenta leguas de todo grupo que pueda de modo alguno convenir á la descripcion del Diario. Tambien dice Colon que San Salvador distaba del puerto del Príncipe cuarenta y cinco leguas, y la isla del Turco dista ochenta del punto en que el señor Navarrete sitúa dicho puerto. Al dejar á Cuba observa Colon que habia seguido su costa por una estension de ciento veinte leguas, y deduciendo veinte por haber seguido sus sinuosidades, quedan todavía ciento, mientras el autor de la *Coleccion de Viajes* supone que solo costeó setenta.

Hasta aquí las mas importantes dificultades que la teoría del señor Navarrete presenta (1) y que parecerian insuperables, á no tocar diferentes resultados considerando el rumbo segun Colon lo recuerda en su diario, y con las mejores cartas á la vista. Vamos á examinar ahora como conviene con las opiniones mas

(1) *Coleccion de Viajes*, tomo 1.°, párrafos 64 y 65 de la introduccion.

Universidad Internacional de Andalucía

admitidas la innegable de que fué en la isla actual de San Salvador donde primero tocó tierra la flota que salió del puerto de Palos el dia 3 de agosto.

Nos dice el diario de Colon que el 11 de octubre de 1492 continuó navegando al O-S-O. hasta el sol puesto, cuando volvió á su antiguo rumbo de Occidente, y que hacian los bajeles tres leguas por hora, cuando á las diez de la noche él y varios individuos de su tripulacion vieron una luz parecida á una antorcha que en tierra se movia. Continuó navegando en tal estado cuatro horas mas y habia navegado al parecer otras doce leguas al Occidente (1), cuando á las dos de la mañana se descubrió tierra por la proa, á la nueva distancia de dos leguas; las cuales unidas á las doce que debieron hacer las carabelas desde las diez hasta las dos de la noche, forman un total que corresponde exacta y esencialmente con la distancia de la isla de Watling, que está al Oriente de la de San Salvador; y de aquí se presume que la luz en cuestion, por la que se adjudicó el premio al Almirante, estaba en dicha isla de Watling, por frente de la cual á las diez horas de la noche del 11 de octubre debia estar pasando la flota.

Al ver tierra pusiéronse los buques á la capa hasta la mañana del mismo 12 de octubre, amanecida la cual anclaron en una isla de grande hermosura, cubierta de florestas y en estremo populosa: la llamaban Guanahaní los naturales; pero Colon creyó oportuno cambiarla el nombre por el de San Salvador que inmediatamente la puso, aludiendo al término y solucion feliz de sus peligrosos afanes. Esplorando su costa por donde corre al Nor-Nord-Este, halló un puerto capaz de abrigar muchos bajeles, cuya descripcion corresponde circunstanciadamente con la parte del Sud-Este de la isla conocida como San Salvador, ó *isla del Gato* que yace Oriente y Occidente, doblándose por su estremidad oriental al Nor-Nord-Este, y tiene la misma verde fértil apariencia. Los bajeles llegaron probablemente á la bahía del Sud-Este de San Salvador en la mañana del 12 mientras esperaban la aurora, y Colon no alcanzó á ver mientras permaneció en la isla ni cuando salió de ella, que la que habia creido su entera longitud era nada mas que una vuelta de sus estremos, quedando la parte principal de la isla encubierta á su incompleto exámen, prolongándose al Nor-Oeste.

Desde Guanahaní vió Colon tantas islas que dudó cuál visitaria antes, significándole los indios que eran innumerables, y acomodando nombres propios á mas de un ciento de ellas. En tal situacion determinó pasar á la mayor de las que tenia á la vista, que le pareció estar á cinco leguas de distancia, sin que por esto fuera la mas próxima, creyéndose al presente, segun los principios del buen juicio, que fuese aquella la que hoy se llama de la Concepcion, y las innumerables á que alude en su diario, aquella porcion singular de isletas conocidas con el nombre de La Cadena, dilatándose hasta mas allá de San Salvador en las direcciones de Sud-Este y Nor-Oeste.

(1) Esto en el caso improbable de que los buques no hubiesen acortado velas, como era regular, segun las precauciones con que se debia navegar despues de una novedad tan notable.

Universidad Internacional de Andalucía

Dejando á San Salvador en la tarde del 14 por la isla asi elegida, no sin haber hecho antes provision de agua y leña, y de embarcar en las carabelas siete indígenas para en lo posible tomar lenguas respecto á las novedades que se fueran ocurriendo, se mantuvieron los buques á la capa por la noche y no llegaron á ella hasta ya bien entrado el otro dia, por causa de muy contrarias corrientes que se oponian al rumbo de la flota. No marca Colon en su diario el que siguió en aquella travesía, ni tampoco la situacion que respecto á la de San Salvador ocupaba la nueva isla; solo sí sabemos por sus apuntaciones que la bautizó con el nombre de *Santa María de la Concepcion*, y que en ella desembarcó como en la primera, en busca del oro que los indígenas le habian indicado se usaba allí para adornos en grande abundancia. Durante esta travesía uno de los indios se echó al mar, y entrando en una almadia ó canoa que á la carabela iba atada, comenzó á huir con tal velocidad que ninguno de los botes pudo darle caza; semejante percance bien pudiera haber enagenado las voluntades de los

nuevos isleños, por el miedo que el fugitivo comunicaria, si á la ventura algunos marineros de la Almiranta no hubiesen aprisionado otro que cerca de la costa en distinta canoa caminaba, y puesto en presencia de Colon obtuvo con su libertad tantos obsequios, que inmediatamente sus compañeros gustaron de ponerse en contacto con tan generosos navegantes.

Volviendo á la aclaracion de los lugares que la flota iba visitando, sabemos que en todas aquellas cercanías hay una constante y poderosa corriente hácia

Universidad Internacional de Andalucía

el O-N-O.: y pues Colon las advirtió contrarias en su derrotero, claro está que debia navegar en la direccion opuesta, esto es, al E-S-E. Ademas, cuando estaba cerca de la Concepcion vió otra isla al Occidente, la mayor que hasta entonces habia visto, y no se dirigió á ella por no poder navegar en su rumbo: de todo lo cual se infiere con evidencia que la flota no navegó hácia el Occidente al ir desde San Salvador á la Concepcion, pues por la contrariedad del viento, no pudiendo haber otra causa, le fué imposible tomar aquel rumbo. Ahora, pues, refiriéndonos á la carta hallamos la isla conocida hoy como la Concepcion al E-S-E. de San Salvador, y á la correspondiente distancia de cinco leguas.

Salieron de la Concepcion nuestros navegantes el 16 de octubre dirigiéndose á una isla muy grande que hácia Occidente se veia á nueve leguas de distancia, la cual se estendia hasta veinte y ocho en las direcciones S-E. y N-O.; pero como todo el dia hubiese calma, no llegaron á ella hasta la siguiente mañana del 17. En la descripcion que de cada una de dichas islas hace en su diario el Almirante, resalta el entusiasmo de que se hallaba poseido conforme á los colores de su maravillosa pintura. La tercera en que sentó el triunfante pié, le pareció doblemente hermosa que las ya vistas, y por creerla tal, quiso obsequiar á los monarcas españoles perpetuando en ella uno de sus augustos nombres. Llamóla, pues, Fernandina, y algunas horas despues de bautizarla, agradecido trató de reconocerla curioso, con ánimo á la vez de arribar á Samoet, que era otra isla inmediata donde los indígenas le significaban hallarse grandes criaderos de oro; pero el viento soplaba por el rumbo que él pretendia tomar, que era el de S-E. por S., y habiéndole advertido los indígenas la mayor facilidad de rodear la Fernandina con próspero viento en la direccion del N-O., enderezó á ella las proas de sus buques, y á las dos leguas andadas halló un puerto maravilloso de estrecha entrada, ó mas bien de dos entradas, porque una isla cerraba casi toda su abertura, formando dentro una grandísima concha, muy capaz de contener cien navíos de los de entonces. Saliendo de este puerto por la opuesta entrada al N. O. descubrió aquellas partes de la isla que se dilatan al Oriente y Occidente; pero como los naturales le indicaran que ella era sin embargo mas pequeña que la de Samoet, á la cual seria mejor volverse, y á la par el viento hubiese cambiado soplando del O-N-O. segun convenia para desandar lo andado, el Almirante admitió el consejo haciendo enderezar las proas al E-S-E. para salir á la mar, con ánimo á la vez de correr una tormenta que amenazaba, pero que al fin se disipó en lluvia. Al otro dia, 18 de octubre, anclaron los bajeles enfrente de la estremidad de Fernandina.

El todo de esta descripcion corresponde exactísimamente á la isla de Exuma, que está al S. de San Salvador, y S-O por S. de la Concepcion. La sola inconsecuencia que se advierte en el relato del Almirante, es la de decir este que Fernandina estaba al Occidente de la Concepcion, y que tenia veinte y ocho leguas de largo, cuyo error puede haberse originado por considerar los Cayos de la Cadena como parte de Exuma, segun la apariencia de continuidad

Universidad Internacional de Andalucía

que toman naturalmente vistos desde la Concepcion por estenderse tambien al S-E. y N-O.: su situacion respectiva, vistos desde el mismo punto, es igualmente Oriental y Sur-Occidental. Como prueba de que así era se debe tener en cuenta que despues de haberse acercado á estas islas, en vez de aumentarse á su vista la estension de Fernandina, dice el Almirante que tenia mas de veinte leguas de largo, cuando antes la habia estimado en veinte y ocho; descubrió además que en vez de una isla habia muchas, y alteró su curso para llegar á la mas visible y que de mayores dimensiones se ostentaba.

La identidad de Exuma con la isla aquí descrita se imprime irresistiblemente en el ánimo: la distancia de la Concepcion, el notable puerto con una isla á su entrada y la vuelta de sus costas mas allá hácia el Occidente, están con tanta precision delineadas que parece que la carta se ha dibujado por las descripciones del Almirante.

El 19 de octubre salieron los buques de Fernandina, y tomando al S-E con viento Norte, navegaron por tres horas con este rumbo; pero descubriendo entonces la isla de Samoet al Oriente, pusieron las proas en su direccion y llegaron á la estremidad Norte de ella antes de medio dia. Allí hallaron una pequeña isla rodeada de rocas con otra banda de rocas entre ella y Samoet: dió el Almirante á la de Samoet el nombre de *Isabela*, y á su punta opuesta á la pequeña isla el de *cabo del Isleo:* al cabo de S-O. de Samoet llamó *cabo de la Laguna*, por varias que en sus cercanías tenia la isla, y enfrente de él anclaron los buques. Yace la citada isla pequeña en la direccion de Fernandina é Isabela Oriente y Occidente, y su costa se dilata doce leguas al O. hasta una punta que por su belleza apellidó Colon *Fermosa:* el Almirante creia que esta fuese una isla aparte de Isabela, con otra entre ambas. Desde cabo Laguna, donde permaneció hasta el 20 de octubre, salió la flota al N-E. hácia cabo del Isleo; pero encontrando bancos en la isla pequeña no ancló hasta el dia siguiente: cerca de esta estremidad de Isabela hallaron un lago del cual los buques hicieron aguada. Toda la descripcion de la isla Isabela ó de Samoet conviene tan exactamente con la que hoy llamamos isla Larga, al Oriente de Exuma, que solo se necesita leerla con la carta abierta para que de su identidad nos convenzamos.

Las señales esplicativas con que los indios sustituian para la inteligencia de nuestros navegantes su incomprensible lenguaje, hicieron creer á Colon que en aquella isla habia un rey poderoso que vestia de oro todo su cuerpo: semejante nueva y la hermosa vegetacion de la isla que acrece en gran manera á todas las otras ya visitadas, le hicieron ser mas minucioso en su reconocimiento, con mayor motivo cuanto mas despertaban sus deseos de especular en ella odoríferos árboles de que estaba llena, y que el Almirante juzgaba de especería, bien que á la par manifestase gran pesar por no conocerlos. Al cabo se convenció de que no podia completar el logro de sus esperanzas, puesto que despues de cuatro dias de costeo é investigaciones no alcanzó las preciosidades que buscaba, y como á la par le informasen de otra isla mas abundante en oro y preciosos objetos, lla-

Universidad Internacional de Andalucía

mada Cuba, en la cual se proveian de aquellos adornos todas las inmediatas, resolvió abandonar la Isabela y pasar á Cipango, que tal creyó que debia ser la isla de Cuba.

Salió, pues, la flota de cabo de Isleo en la noche del 23 para amanecer el 24, y dirigió su rumbo al O.-S.-O. El viento continuó ligero con lluvia hasta el mediodia, que refrescó mas, y al anochecer, Cabo Verde, ó sea la punta del S.-O. de Fernandina, esta por el N.-O. á siete leguas de distancia, y porque la noche amenazaba tempestad se mantuvieron los buques á la capa hasta el amanecer siguiente, navegando nada mas que dos leguas, segun la estima del Almirante.

En la mañana del 25 hizo vela otra vez al O.-S.-O. hasta las nueve, á cuya hora habia navegado cinco leguas, y virando entonces al Occidente avanzó once leguas mas, hasta las tres de la tarde que descubrió tierra. Componíase esta de unas isletas en número de siete ú ocho en la direccion de Norte á Sur, como á cinco leguas del punto en que los buques flotaban, y porque ya sus cuidados crecieran lo bastante para no dejar de hacer reconocimiento alguno que útil pudiera serle, dirigióse al Sur de ellas y allí ancló hasta el otro dia. Cuando las hubo reconocido, porque eran bajas y arenosas, con cinco ó seis leguas nada mas de estension entre todas, las llamó en conjunto *islas de Arena*.

La distancia navegada por Colon, añadiéndola á la de su partida de Fernandina, y á la que habia en el momento de descubrirla hasta las islas de Arena, dan un total de treinta leguas, que son tres menos que la distancia positiva desde el punto S.-O. de Fernandina ó Exuma, de donde partió Colon, al grupo de Mucaras, situado al Oriente de Cabo Lobo, en el gran banco de Bahama, el cual corresponde á la descripcion del Almirante. Si fuese necesario responder por esta diferencia en un cálculo en que tanto se saca de conjeturas, fácilmente ocurriria á un marinero que el descuento de dos leguas de navegacion durante una larga noche de tiempo borrascoso es demasiado pequeño. Aunque el curso de Exuma á las Mucaras es S.-O. por O., y el que siguió Colon difiere de este algun tanto, como era su intencion al salir de la Isabela tomar el rumbo de O.-S.-O., y despues lo alteró al Occidente, podemos creer que lo haria así en consecuencia de haber sido impelido fuera de su curso por el Sur, mientras estuvo á la capa la noche antes.

Al amanecer el 27 de octubre se dió al mar otra vez la flota aventurera desde las islas de Arena y Mucaras con rumbo al S.-S.-O. para buscar la de Cuba, segun los informes de los indígenas; y como al anochecer, despues de navegadas diez y siete leguas en aquella direccion, se viese tierra, hubieron de mantenerse á la capa los buques hasta amanecer el dia siguiente. Vueltos á la vela con rumbo al S.-S.-O. en la mañana del 28, entraron en un hermoso rio con un buen puerto, á que puso el nombre de San Salvador el Almirante, repitiendo el de la primera isla descubierta. Supónese, contra la opinion de Navarrete, que sea esta parte de la isla la que hoy se conoce con la denominacion

Universidad Internacional de Andalucía

de *Carabelas grandes*, situada á ocho leguas Occidente de Nuevitas del Príncipe, puesto que su posicion y distancia de las Mucaras, coincide exactamente con el derrotero de Colon, lo mismo que su descripcion, en cuanto puede verificarse por medio de las cartas con la del puerto referido (1).

El 29, sin que sepamos por el Almirante á que hora, alzó la flota sus anclas para navegar á Occidente, y á las seis leguas llegó á una punta de la isla que se dilataba hácia el N.-O., dándole el nombre de *Punta Gorda*, y á las diez leguas otra dilatándose al E., á que llamó *Punta Curiana*. Una legua mas allá descubrió un pequeño rio que denominó de *La Luna*, y despues, á mayor distancia, que no especifica, otro muy mayor que los anteriores, á que puso nombre de *Rio de mares*. Desembocaba este en cierta especie de lago con una atrevida entrada, y tenia por seña particular de tierra dos montañas redondas al S.-O. y un elevado promontorio al O.-N.-O., propio para una fortificacion, y que proyectaba mucho mas adentro. Creemos que sea este el hermoso puerto y rio que está al Oriente de Punta Curiana, porque su distancia segun las horas andadas, corresponde con la que navegó el Almirante desde Carabelas grandes, suponiendo, como parece cierto, que ellas sean el puerto á que Colon repitió el nombre puesto á la primera isla del descubrimiento.

Saliendo del rio de Mares el dia 30 de octubre, siguió Colon el rumbo del N.-O. por quince leguas, cuando vió un cabo á que dió el nombre de *Cabo de Palmas*, y este se cree que sea el que forma la entrada oriental de Laguna de Moron; mas allá de él, y á cuatro jornadas distante de la ciudad de Cuba, segun las confusas señales de los indios, habia otro rio considerable que Colon determinó visitar con su flota. Pasó pues la noche á la capa, y cuando ya era entrado el dia 31 llegó al desagüe del indicado rio, cuya investigacion hubo de abandonar porque la escasez de su caudal no permitia que las carabelas flotasen en sus aguas. Despues de este rio habia un cabo rodeado de bancos y otro proyectaba todavía mas lejos, conteniéndose entre los dos una bahía capaz únicamente de recibir buques pequeños.

La identidad que existe entre la anterior descripcion y la costa inmediata á la Laguna de Moron parece muy clara: el cabo al Oriente de dicha laguna coincide con el cabo de las Palmas, la propia laguna con el somero rio que el Almirante describe, y en la punta occidental de la entrada, con la isla de Cabrion en frente, reconocemos los dos estendidos cabos de que habla, con lo que parece una bahía entre ellos; siendo toda esta una combinacion muy notable, y bien difícil de hallar en otra parte que la aceptada por nosotros no sea. Mas lejos, la costa desde el puerto de San Salvador se torcia al Occidente hasta el rio de

(1) ...Y entró en un rio muy hermoso y muy sin peligro de bajas ni otros inconvenientes, y toda la costa que andaba por allí era muy hondo y muy limpio hasta tierra: tenia la boca del rio doce brazas, y es bien ancho para barloventar; surgió dentro diz que á tiro de lombarda. Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles, todo cercado el rio fermosos y verdes, y diversos de los nuestros... la tierra muy llana... *Coleccion de viajes*, tomo I, pág. 40.

Universidad Internacional de Andalucía

Mares por una estension de diez y siete leguas, y desde aquí volvia por N.-O. en la direccion del Cabo de Palmas; todo lo cual corresponde en la propia forma con lo que se ha supuesto. Habiéndose cambiado el viento al N., y siendo por lo tanto contrario al rumbo hasta entonces seguido, se volvió la espedicion al rio de Mares, donde permaneció anclada hasta el dia 12 de noviembre.

Las noticias adquiridas anteriormente al descubrimiento y costeo de Cuba, obligaron á Colon, siguiendo el vuelo de su fantasía, á saltar en tierra para enviar su embajada al rey ó señor principal de la isla. Dejó, pues, las carabelas sin mas tripulacion que la conveniente guardia, y tuvo gran cuidado de indagar lo primero si por señales positivas era aquella isla tan abundante de oro como sus deseos apetecian, y aunque en los primeros indígenas que á su presencia vinieron no halló vestigio alguno del metal que buscaba; hubo de sostener su esperanza una lámina de plata que cierto indio pendiente de la nariz tenia. Para rectificar con apariencias de juiciosa la resolucion que tomó bien pronto, volvió á su sistema de mudas interrogaciones, las cuales mal interpretadas regularmente por los indios, y no mejor entendidas por los nuestros sus contestaciones, dieron el conveniente resultado de engaños, que esta vez hicieron creer al Almirante que se hallaba en la tierra firme del viejo continente por sus costas mas orientales.

En tal equivocado concepto escogió entre sus soldados los dos mas hábiles, uno Rodrigo de Jerez, natural de Ayamonte, y otro cierto judío converso llamado Luis de Torres, que poseia los idiomas hebreo, caldeo y árabe, los cuales acompañados de un judío de los de Guanahaní, y otro de la costa en que se hallaban para que de intérpretes les sirvieran, partieron la tierra adentro en busca del Gran Kan ó de otro parecido señor, siendo portadores de las cartas credenciales que á Colon habian entregado en propia mano los monarcas de España, y llevando, para mas cómodamente hacer su viaje, porcion de cuentecillas y otras vagatelas que pudieran cambiar por el sustento necesario, y demas necesidades que al objeto de la espedicion debian ser cumplideras.

Entre tanto, y porque el rio hace en la boca un gran lago con singular puerto y magnífica playa para varar las carabelas, dispuso el Almirante que se echaran en tierra para recorrerlas una despues de otra en los seis dias de término que para volver de su comision habia dado á los soldados embajadores; y por lo que habia sucedido en todas las islas hasta allí frecuentadas, estableciόse en la de Cuba el sistema de rescates ó cambios de algodon y hamacas ó redes de la propia materia en que los indios dormian (y que despues fueron de constante uso en la marina de todas las naciones), por nuestras cuentas y cascabeles, etc.; bien que esta vez no se hiciera semejante comercio en tanta abundancia, por haber prohibido Colon todo cambio que por oro no fuese; pero como este no abundase, antes su escasez parecia mayor que en las otras islas, y los indios interrogados al mostrárselo, respondieron contestes señalando al S.-E., aborreció, al fin, el Almirante sus ilusiones concebidas respecto á la tierra en que se

Universidad Internacional de Andalucía

hallaba, y únicamente esperó la vuelta de los enviados al interior para obrar allí segun sus noticias, ó darse á la mar en busca de *Babeque*, isla que los indios le indicaban en la citada direccion como muy abundante de perlas y preciosos metales.

Por fin, en la noche del 5 de noviembre volvieron los enviados bien contentos del recibimiento que les habian hecho en un pueblo de cincuenta casas, el mayor al parecer que entonces habia en la isla, doce leguas distante del rio de Mares; pero harto pesarosos por no haber hallado las riquezas y el lujo que se habian imaginado. Sin embargo, no fué del todo indiferente su viaje á las condiciones del comercio ni al acrecentamiento de las rentas nacionales, puesto que habiendo observado los embajadores cómo tomaban sahumerios por la boca los indios del tránsito á favor de ciertos *mosquetillos* de hojas secas envueltos y encendidos que llamaban tabacos, probaron de la costumbre y se aficionaron tanto á ella que ya no pudieron dejarla, trasmitiéndola á sus compañeros y despues á todo el mundo en la forma sorprendente que hoy se conoce, con maravilloso provecho de especuladores y traficantes.

Bien hubiera querido el Almirante hacerse á la mar el dia 8 de noviembre, segun en su diario decia, no sin tomar antes algunas muestras de almáciga que en la isla habia encontrado; pero se lo impidieron los vientos y hubo de diferir su partida hasta la mañana del 12. Salió, pues, en dicho dia para ir en busca de Babeque, isla que se creia abundante en oro, y que estaba al Este por Sur del puerto que abandonaba; y despues de ocho leguas navegadas con buen viento llegó á un rio en que puede reconocerse el que fluye al Occidente de *Punta Gorda:* cuatro leguas mas allá vió otro, á que puso por nombre *Rio del Sol*, el cual parecia muy grande; pero no se paró á examinarlo porque el viento favorable convidaba á seguir la derrota emprendida: se cree, sin embargo, que fuese el conocido por *Sábana.* Colon iba retrocediendo en su derrota, y habia navegado doce leguas desde el rio de Mares; pero al ir al Occidente desde el puerto de San Salvador al mencionado rio, habia navegado diez y siete leguas, por lo cual San Salvador quedaba cinco leguas al Oriente del rio del Sol, y segun esto, refiriéndonos á la carta, hallamos las Carabelas Grandes situadas á la distancia correspondiente de Sábana.

Habiendo navegado seis leguas desde el rio del Sol, que hacen con las ya dichas diez y ocho desde el rio de Mares, vino Colon á un cabo que llamó de Cuba, probablemente por suponer que fuese la estremidad de aquella isla, el cual corresponde con precision en distancia desde Punta Curiana con la isla menor Guajaba, situada cerca de Cuba, y entre la que, y la Grande Guajaba, al ir al puerto de San Salvador, debió pasar el Almirante. Regularmente no lo advertiria por ocupar toda su atencion la magnífica isla que tenia delante, ó lo que es tambien muy posible, flotaron sus bajeles por el pasage que tiene dos leguas de ancho, mientras estuvieron á la capa la noche antes que á San Salvador llegasen.

Universidad Internacional de Andalucía

El 13 de noviembre, habiendo estado los bajeles toda la noche al pairo, pasaron por la mañana una punta de dos leguas de estension, y entraron despues en un golfo que se inclinaba hácia el S-S-O., creyendo Colon que separaba á Cuba de Bohio ó Babeque, y en cuyo interior habia un grande lago entre dos montañas. No se pudo averiguar por entonces si era aquel un brazo de mar; porque no hallándose abrigo contra el viento N., tuvo que darse otra vez mar adentro. Aparece de aquí que debió Colon navegar en parte alrededor de la pequeña Guajaba, la cual pensó que fuese la estremidad de Cuba, sin saber que algunas horas de navegacion le hubieran llevado por aquel canal al puerto de San Salvador, su primer descubrimiento en esta isla, y del mismo modo al rio del Sol que habia pasado el dia antes. De las dos montañas vistas en ambos lados de esta entrada, la principal corresponde con el pico llamado *Alto de Juan Daune*, á siete leguas Occidente de Punta de Maternillos. Continuando el viento al N. tomó al Oriente catorce leguas del Cabo de Cuba, que hemos supuesto fuese la pequeña Guajaba; y aquí se hace evidente que la punta de la pequeña Guajaba la creia Colon la estremidad de Cuba, porque habla de la dicha tierra situada al Sotavento del golfo espresado como de la isla de Bohio, y dice que descubrió veinte leguas de ella navegando al E-S-E. y O-N-O.

El dia 14, habiendo pasado á la capa toda la noche con viento N-E., determinó buscar un puerto, y si no lo hallaba, volver á los que habia visitado en la isla de Cuba; porque debe recordarse que él suponia fuese Bohio todo el Oriente de Guajaba: al efecto navegó seis leguas al Este por Sur, y luego se dirigió á tierra. Vió muchos puertos é islas; pero como hiciese viento fresco y estuviese

la mar muy alta, no se atrevió á entrar, sino que siguió la costa N-E. por O. hasta diez y ocho leguas, al cabo de las cuales tuvo ocasion de reparar en un

Universidad Internacional de Andalucía

puerto de espaciosa entrada para el que se dirigió S-S-O., y despues S-E., siendo toda la navegacion clara y abierta. Allí vió Colon tantas islas que era imposible contarlas, altas y cubiertas de árboles, poniendo al mar vecino *Mar de Nuestra Señora*, y al puerto que cerca de la entrada de estas islas habia llamó *Puerto del Príncipe*, sin entrar en él hasta el domingo siguiente, que fué despues de cuatro dias pasados. Allí levantó una cruz el Almirante sobre una colina que se elevaba no lejos del puerto, con la doble tendencia de consignar la toma de posesion de aquella parte, y de familiarizar á los isleños con el sagrado signo en que fué redimido el género humano.

Al llegar á este lugar se advierte cierta oscuridad en el testo correspondiente al diario del Almirante, con varias anticipaciones que pudieran atribuirse al estravagante gusto de mezclar al copiarlo otras cosas inconexas. Sin embargo, parece evidente que mientras se mantuvo á la capa la noche anterior con viento N-E. habian flotado los bastimentos hácia el N-O., llevándolos la corriente poderosa del canal de Bahama en la propia direccion á muy larga distancia. Así cuando quisieron volver á los puertos que habian dejado en la isla de Cuba se los encontraron á sotavento; pero en cambio descubrieron el numeroso grupo de islas, cuya principal se conoce al presente con el nombre de *Cayo Romano*. Ahora bien; la corriente del mencionado canal bastaria por sí sola para haber impelido los buques á veinte leguas de distancia al Occidente, que es cabal la que habian navegado hácia Oriente desde que dejaron el cabo de Cuba ó Guajaba, porque habia obrado en la flota durante un período de treinta horas: ademas, no puede dudarse la identidad de aquellos cayos, puesto que los que rodean el principal, *Cayo Romano*, son los únicos de las cercanías de Cuba que no son bajos y húmedos, sino grandes y elevados, circuyendo una navegacion libre y abierta con abundancia de muy capaces puertos, en los cuales se refugiaban poco há porciones de piratas, que hallaban seguridad y secreto para ellos y sus presas en los recesos de tan levantados cayos.

Segun la descripcion de Colon, debieron haber entrado los bajeles por entre las islas de Baril y Pacedon, y navegando por junto á Cayo Romano con rumbo al S-E., alcanzaron al dia siguiente su antiguo crucero en las cercanías de la menor Guajaba. Tampoco nos dice aquí el Almirante á donde surgió entre aquellos cayos, ni menos habla de haber por entonces dado fondo hasta volver de la primera inefectiva busca de Babeque; por lo cual parece evidente que no anclaron los bajeles esta vez en el Puerto del Príncipe; pero no es menos cierto de que su distancia seria muy moderada, respecto á que Colon fué desde su carabela en un bote á colocar una cruz á la entrada, como queda dicho, el dia 18 de noviembre. Por otra parte, la descripcion que de dicha entrada hace el Almirante, inclina fuertemente á creer que el puerto á que se refiere el relato, y el que hoy se conoce con el nombre de *Nuevitas del Príncipe*, son seguramente uno mismo.

El 19 de noviembre se dieron otra vez á la mar las carabelas en busca de

Universidad Internacional de Andalucía

Babeque, advirtiendo que al sol puesto se hallaba el Puerto del Príncipe á siete leguas de distancia en la direccion del S-S-O.: y habiendo navegado toda la noche al N-E. por N. hasta las diez de la mañana siguiente, estimaron una distancia andada de quince leguas en aquel rumbo. Bien hubiera deseado continuarlo el Almirante; pero de pronto comenzó á soplar con no escasa fuerza el viento de la misma parte donde Babeque se suponia, y porque á la vez se cerró mucho el tiempo, determinó Colon volver á tomar puerto en el del Príncipe, distante ya sobre veinte y cinco leguas. Sin duda que con mayor facilidad hubiera podido arribar á la Isabela; pero su escasa distancia de ocho leguas á la isla de San Salvador, y el deseo que manifestaban de volver á sus hogares los indios de esta parte que Colon llevaba para intérpretes, le aconsejaron navegar doble distancia para encontrar contra la tempestad seguro puerto. Ademas que hubo de observar no muy lejos hácia el Sur dos isletas y quiso tentar á visitarlas, por mas que luego varió de pensamiento.

Se ve por lo dicho, que al salir al N-E. por N. desde cerca del Puerto del Príncipe, se habia aproximado la flota á una corta distancia de Isabela, cuya isla estaba entonces, segun los cálculos de Colon, á treinta y siete leguas de dicho Puerto del Príncipe, y San Salvador á cuarenta y cinco. La primera suposicion difiere ocho leguas, y la segunda nueve de la verdad, ó sea de la distancia positiva que hay de Nuevitas del Príncipe á San Salvador y á Isla larga. Ademas de esto recordemos el rumbo seguido por Colon al ir de Isabela á Cuba, primero O-S-O.; luego O.; y despues S-S-O.; y considerando las diferentes distancias que navegó en cada uno, se sacará un derrotero medio que apenas difiere del S-O.: navegando despues por este rumbo desde Isabela, llegó á alcanzar el puerto de San Salvador en la costa de Cuba; y saliendo luego al N-E. por N. desde cerca del Puerto del Príncipe, ya se vió como iba en la direccion de Isabela. De aquí se deduce que el puerto de San Salvador en la costa de Cuba yace Occidente del Puerto del Príncipe, enlazándose y estableciéndose toda la combinacion por semejante forma. Las dos islas que se vieron por la flota á las diez de la mañana del mismo dia 20 de noviembre, cuando el temporal la obligó á variar el rumbo emprendido en busca de Babeque, debieron haber sido algunos de los cayos que están al Occidente de los Jumentos. Volviendo al Puerto del Príncipe, llegaron á él por la noche las carabelas, y Colon pudo observar entonces que las corrientes le habian impelido hácia el O., probándose con esto la fuerza impulsiva de la de Bahama, porque deberá recordarse que el viento para ir á Cuba le habia sido favorable.

Antes de pasar adelante en la cuestion geográfica que vamos ventilando, conviene hacer mencion de un suceso punible que tuvo lugar en la espedicion al cerrarse la noche del dia 21. En todo él, por los deseos que el Almirante alimentaba de encontrar á Babeque, se mantuvieron los bastimentos bordeando enfrente de la costa de Cuba, sin querer tomar tierra; pero al cabo fué tanto lo que los vientos arreciaron al ponerse al sol, que Colon varió de pensamiento, é

Universidad Internacional de Andalucía

hizo las convenientes señales para acogerse á puerto. Como era consiguiente por lo que á las leyes de la obediencia se debia, no tardó la Niña en poner la proa hácia la costa, navegando á par de la Almiranta; pero la Pinta, lejos de imitar las maniobras que se la indicaran, continuó un largo separándose de la flota sin causa legal, puesto que el viento favorecia las órdenes del Almirante. En vano se continuaron repetidas las señales aun durante algunas horas de la noche por medio de los faroles, como en las ordenanzas estaba prescrito, puesto que el capitan de la Pinta hasta entonces muy apreciable Martin Alonso Pinzon, dió suelta rienda á su propósito torciéndose, malaventurado, de las vias de la justicia.

Achacóse á envidiosas tendencias semejante porte, que no otro orígen pudiera alimentar tan bastardos procederes; porque Pinzon, harto celoso de la gloria que circundaba la espaciosa frente de Colon, pensó en mal hora amenguarla, bien descubriendo con anticipacion los criaderos del oro que se buscaban, segun entendió por señales de los indios que en su carabela llevaba, ó mejor anticipando su regreso á la Península Ibérica, para gozar por si solo el triunfo debido únicamente al coloso de aquel brillante suceso.

Por tan siniestra aventura se mantuvieron á la capa toda la noche ambas carabelas; siempre con alguna esperanza de que la Pinta se reuniese; pero como la luz del sol alumbrase desierto el mar que la vista alcanzaba, verificóse el arribo ordenado con muestras visibles de pesar en todos los rostros leales de las tripulaciones. La mermada flota dió esta vez fondo en un puerto hasta entonces no

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

DON JUAN DE AUSTRIA.

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

frecuentado por ella, pero que no distaba gran cosa del de el Príncipe, y al cual bautizó Colon con el nombre de Santa Catalina, para hacerse otra vez al mar el dia 23 con rumbo al S-S-O., sin apartarse de la costa de Cuba. En fin, despues de luchar cuatro dias, del 19 al 24, con vientos ligeros, contra la fuerza de contrarias corrientes, llegó enfrente de la isla Llana, de donde habia partido la semana anterior en busca de la tan deseada Babeque.

Asi sabemos por accidente que el punto de donde salió Colon para ir á Babeque fue la misma isla de Guajaba la chica, que yace al occidente de Nuevitas del Príncipe; mas al principio no se determinó á entrar por la abertura de las dos montañas: porque parecia que la mar se quebraba sobre ellas; pero habiendo enviado un bote por la proa á manera de práctico, le siguieron las carabelas al S-O. y luego al O., y entraron en un hermoso puerto. La isla Llana estaba al N., y con otra inmediata formaban todas un seguro tazon capaz de dar asilo, como dice el propio Almirante, á toda la armada española: por consiguiente, esta isla Llana se resuelve en nuestro antiguo cabo de Cuba, que se ha supuesto ser la pequeña Guajaba, y su entrada oriental se identifica con el golfo arriba dicho, que yace entre dos montañas, una de las cuales hemos supuesto sea el alto de Juan Daune, y cuyo golfo parece como que divide á Cuba de Bohio.

Desde aquí el derrotero comparativo para aclarar la cuestion geográfica se hace mucho mas inteligible. El 26 de noviembre al amanecer salió Colon de Santa Catalina y se dirigió al cabo de S-E., al cual puso por nombre *Cabo del Pico*, siendo fácil reconocer en este promontorio el ya mencionado alto de Juan Daune: desde cerca de este vió otro cabo distante como unas quince leguas, y cinco leguas aun mas allá otro, á que nombró *Cabo de Campanas;* de los cuales debe ser el primero el que se conoce hoy como *Punta del Padre*, y el segundo que lleva la denominacion de *Punta de Mulas*. Sus distancias desde el alto de Juan Daune son mayores de lo que estimó el Almirante; pero no es poca la esperiencia que se necesita para estimar con exactitud las distancias de los osados promontorios de Cuba, vistos á través de la pura atmósfera que rodea aquella isla, en la cual tuvo á la vez ocasion de admirar, como resultado de su soberbia vegetacion, algunas canoas de una sola pieza, cuya capacidad se estendia á contener en sí sobre ciento y cincuenta personas.

Habiendo pasado la Punta de Mulas por la noche, observó el Almirante la profunda bahía que hay al S-E. de ella; y viendo el promontorio que se interna en el mar entre puerto Nipe y puerto Danes con las anchurosas bahías de ambos lados, supuso fuese un brazo de mar que dividia unas tierras de otras con una isla entre ambas. Desembarcó en Faco por un corto tiempo y llegó en la noche del 27 á Baracoa, habiendo antes proyectado su desembarco sobre la costa, por haber observado gran número de indios que en son de guerra y armados de azagayas acudian á las orillas del mar como queriendo evitar la aproximacion de nuestras carabelas. Es verdad que tan pronto como algunos pocos soldados se aproximaron en un bote con ánimo de sosegarlos, mas bien que de

Universidad Internacional de Andalucía

batirlos, aquellos medrosos indígenas se apartaron á todo correr, dando feroces alaridos, hasta perderse en la espesura de sus bosques (1).

Conviene advertir, antes de continuar la navegacion de las carabelas para llevarlas á la isla de Babeque, tan buscada por sus tripulaciones, que desde el Cabo del Pico, hasta *Puerto Santo* ó Baracoa, distancia de sesenta leguas, segun relacion del Almirante, no pasó menos de nueve puertos buenos y cinco caudalosos rios hasta Cabo de Campanas, y de aquí á Puerto Santo ocho rios mas, cada uno con su puerto (2), coincidiendo esta descripcion con la que en la carta puede advertirse entre el alto de Juan Daune y Baracoa.

Desde el 27 de noviembre hasta el 4 de diciembre entretuviéronse los espedicionarios en la investigacion de las tierras inmediatas, con muy escasa comunicacion de los naturales; porque menos sencillos y por lo tanto mas recelosos que los de las otras islas hasta entonces visitadas, si alguna vez se presentaron á la vista de los españoles en grande número, pero en ademan nada pacífico, se alejaron tambien presurosos y tímidos cuando el brillo de nuestras armaduras iba á herir sus pupilas, no acostumbradas á tan siniestros resplandores. Con todo; como los vientos se mostraban contrarios al rumbo que el Almirante trataba de seguir, y ademas el tiempo estaba desabrido con fuertes aguaceros y síntomas de recios temporales, hubieron de permanecer allí malgastando aquellos dias respecto al objeto de la espedicion, mas no para el recreo de los sentidos, puesto que de aquellas tierras hace Colon tan gratísimas descripciones, que no parece sino que habia llegado á penetrar los términos del Paraiso (3). Allí encontraron algunos marineros ciertas piedras al parecer minerales en el fondo de un rio, con vetas y granos de oro, y no muy lejos del puerto, en una casa abandonada un panal de cera, todo lo cual se trajo como muestra á España cuando Colon llegó á dar cuenta de su viaje ante los Reyes Católicos.

Saliendo de Puerto Santo ó Baracoa la espedicion el 4 de diciembre, hubo de montar el cabo oriental de Cuba al siguiente dia, y entonces no dejó de embarazarse la imaginacion del Almirante con la duda natural que sobre el rumbo mas conforme á sus deseos le convendria; porque si de una parte le halagaba la ilusion de encontrar por la vuelta del S-E. las regiones mas abundantes y civi-

(1) M. S. de la casa de Veraguas. Navarrete; *Coleccion de Viajes*, tomo 1.° Irving. *Vida y Viages de Colon*. tomo 1.°, y en las *Ilustraciones*, tomo 4.°

(2) Y vido luego al pié de aquel cabo de Campana un puerto maravilloso y un gran rio, y de allí á un cuarto de legua otro rio, y de allí á media legua otro rio, y dende á otra media legua otro rio, y dende á una legua otro rio, y dende á otra otro rio, y dende á otro cuarto otro rio, y dende á otra legua otro rio grande, desde el cual hasta el cabo de Campana habria veinte millas y le quedan al Sueste: y los mas destos rios tenian grandes entradas y anchas y limpias, con sus puertos maravillosos para naos grandisimas, sin bancos de arena ni de peñas ni restingas. Navarrete, *Coleccion de Viajes*, tomo 1.°

(3) Y certifico á Vuestras Altezas que debajo del sol no me parece que las puede haber mejores en fertilidad, en temperancia de frio y calor, en abundancia de aguas buenas y sanas, y no como los rios de Guinea que son todos pestilencia; porque, loado Nuestro Señor, hasta hoy de toda mi gente no ha habido persona que le haya mal la cabeza ni estado en cama por dolencia, salvo un viejo de dolor de piedra, de que él estaba toda su vida apasionado, y luego sanó al cabo de dos dias. *Diario de Colon*, *M. S. de la casa de Veraguas*.

Universidad Internacional de Andalucía

lizadas de la India Oriental, podia mucho en la balanza de su interesada curiosidad el descubrimiento de la ponderada Babeque, que al parecer le indicaban los indios en la direccion del N-E. En semejante perplejidad acudió á ayudar su resolucion la vista de ciertas tierras muy altas hácia el S. E., para donde hizo poner en seguida las proas de sus carabelas, ansioso de alcanzarlas por la magnífica perspectiva de valles y montañas que al parecer ostentaban, merced á la atmósfera transparente de los trópicos que á muy largas distancias hace visibles distintamente los objetos. Parece que los indígenas que Colon llevaba consigo no pudieron menos de aterrorizarse al descubrir dichas tierras; y viendo que la espedicion á ellas se encaminaba, no faltaron algunos que trataron de arrojarse al agua para volverse á Cuba, repitiendo con pánico terror la palabra *Bohio*. Colon creyó que tal era el nombre de las tierras del S-E., y hubo de comprender por señales de los indios que sus naturales eran de feroz condicion y rudos procederes, que no tenian mas que un ojo en medio de la frente, y que se alimentaban con carne de los isleños que alcanzaban á cautivar en sus piraterías. Sin duda toda esta fábula forjó la acalorada fantasía de los navegantes, puesto que en nada se parecian las verdaderas condiciones de los haytianos á las que entonces se supusieron por gestos y señales en realidad mal comprendidas. El Almirante á pesar de las muestras de terror manifestadas por los indios, y ansioso de recibir nuevas impresiones, continuó el rumbo á la supuesta Bohio, bien que acortando velas por la noche, como en aquellos mares acostumbraba por no conocerlos, y en la tarde del 6 tomó puerto en uno á que llamó de *San Nicolás*, sobre el estremo occidental de la isla que por largo tiempo llevó el nombre de *Santo Domingo*.

Al separarse de Cuba, dice Colon en su diario que habia costeado en dicha isla una distancia de ciento y veinte leguas, de las cuales, si rebajamos por ejemplo veinte que podemos atribuir á las ondulaciones de la costa, las ciento restantes medidas desde la punta Maysi caen exactamente sobre el cayo Cabrion que hemos supuesto límite occidental de sus descubrimientos.

Las observaciones astronómicas del Almirante no pueden servir de contrariedad á la doctrina sentada, porque él mismo dice que el instrumento que usaba para medir la altura meridional de los cuerpos celestes estaba descompuesto y no merecia crédito (1). Asi vemos que sitúa su primer descubrimiento, esto es, la isla de Guanahaní, á que dió nombre de San Salvador, en la latitud de la isla del Hierro que viene á ser de unos 27.° 30' Norte: la que hoy conserva dicho nombre de San Salvador está sobre los 24.° 30' de la propia latitud septentrional, y la del Turco, que quiere el señor Navarrete sea la primera pisada por los españoles, está á los 21.° 30'. En ambas se advierte una considerable diferencia respecto á la situacion que señaló el Almirante; pero al menos

(1) *Diario del Almirante*, M. S. de la casa de Veraguas. Navarrete. *Coleccion de Viajes*, tomo 1.°

Universidad Internacional de Andalucía

inteligente se le alcanza la mayor facilidad que hay en comprender y enmendar un error de tres que otro de seis grados, cuando ambos se refieren á un mismo objeto.

Prescindiendo ya de las demostraciones geográficas, bien será torcer el discurso á los recuerdos históricos para ver si convienen con la sentada opinion, de que la actual isla de San Salvador y no otra alguna fue el primer punto á donde se puso Colon en contacto con el Nuevo-Mundo.

Herrera, cuyo crédito de historiador verídico es uno de los mas robustos pilares en que se apoya la sólida reputacion de sus escritos dió á la estampa su *Historia de las Indias* por primera vez en el año que despedia el gran siglo de nuestras glorias; y al describir el viaje de Juan Ponce de Leon á la Florida en 1512 hace la observacion siguiente: *Dejando aguado en Puerto-Rico viraron al Nor-Oeste por Norte, y en cinco dias llegaron á una isla llamada el Viejo, en latitud 22.° 30' Norte. Al otro dia llegaron á una pequeña isla de los lucayos llamada Caicos. Al octavo dia surgieron en otra isla llamada Yaguna en 24.° al octavo dia desde Puerto-Rico. De allí pasaron á la isla de Mamega en 24.° 30', y al undécimo dia llegaron á Guanahaní que está á 25.° 40' Norte. Esta isla de Guanahaní fue la primera descubierta por Colon en su primer viaje, y á la cual le puso San Salvador* (1).

Tal es la sustancia de las observaciones de Herrera, concluyente sin duda alguna por lo que concierne á la situacion de la primera isla por Colon descubierta: es verdad que las latitudes están todas mas altas de lo que debieran para concordar con lo positivo, siendo tal la de San Salvador que no corresponde con la de ninguna otra tierra que no sea con las conocidas hoy por Islas de Berry, que distan setenta leguas de la costa mas próxima de Cuba, en tanto que el Almirante en su diario dejó consignado que solo distaba Guanahaní cuarenta y cinco del Puerto del Príncipe. Pero téngase en cuenta que en aquellos primeros dias de la verdadera navegacion, los instrumentos para medir las alturas de los cuerpos celestes y las tablas de declinaciones para deducir su latitud, debian ser tan imperfectos que pusieran al navegante mas científico de entonces bajo el mas mecánico de los que hoy surcan los mares.

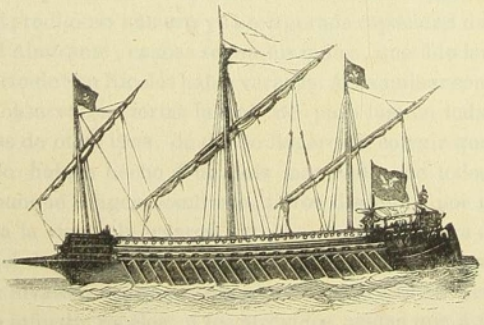
La segunda isla á que llegó Ponce de Leon por su rumbo al N-O. fue una de los Caicos; y aquí podriamos ya hacer punto en la cuestion, solamente considerando que están estos harto mas septentrionales por Occidente que la isla del Turco: pero como no podemos variar el derrotero de Ponce, habremos de admitir que la primera isla en que tocó desde Puerto-Rico fué la del Turco, á que el señor Navarrete hace muy gratuitamente la Guanahaní primera del descubrimiento: y en tal caso sirvió de tercera escala al navegante que nos ocupa la

(1) Herrera, *Historia de Indias*, Dec. 1, lib. 9, cap. X, y el mismo, en el primer capítulo de la descripcion de las Indias, que sirve como de apéndice á su obra, refiere otra escala de las islas Bahamas que está en completa armonía con la precedente, bien que empiece al lado opuesto, es decir, al N-O. para bajar al S-E.

Universidad Internacional de Andalucía

Mariguana; de cuarta la isla de Cooked y de quinta la isla Larga, todas salpicaban en el rumbo mas racional de San Salvador, partiendo de Puerto-Rico. De otro modo, admitiendo la resolucion geográfica del señor Navarrete, ¿dónde hallariamos las islas que Herrera nombra, con sus respectivas latitudes tan aproximadas á las que segun los cálculos de entonces tanto se parecian á las que nosotros suponemos? No es de creer que como tales acepte el señor Navarrete los bancos que en la carta se marcan enfrente del cabo francés y de Guarico, por el N. de la isla de Hayty ó sea de Santo Domingo.

Sobre todo lo dicho, acude á robustecer nuestra opinion, conforme con las antiguas creencias, la consecuencia que hasta el dia han guardado y guardan los nombres de *San Salvador*, *Concepcion* y *Puerto Príncipe*, acomodados por el famoso nauta á los parages que nosotros creemos sean los mismos que hoy los conservan, sin que pueda influir en nuestra mente contra pruebas tan palpables y concienzudas la no existencia de la laguna que en la isla de San Salvador tanto fijó la atencion de nuestros navegantes: que al cabo han pasado hasta el presente tres siglos y medio, y á nosotros no nos consta cuáles circunstancias pudieron haber cambiado la faz inculta de aquella isla, desde entonces habitada por gentes mas emprendedoras y acostumbradas á trastornar las leyes de la naturaleza. Dígannos si no los que así aislada no admiten esta especie, si corresponde exactamente á la que hizo Hernan Cortés, la descripcion topográfica que hoy se hace de la célebre Méjico, especialmente en lo que á sus lagunas concierne: y si por invisibles no admitieran de pronto las teorías por las cuales se esplican semejantes cambios en las condiciones locales de un terreno cualquiera, tampoco nos seria difícil hacerlas completamente aceptables por medio de una disertacion físico natural, que fuera un tanto agena del capítulo que aquí terminamos, fijando la situacion geográfica de la verdadera isla de Guanahaní, hoy poseida por los ingleses con el nombre de San Salvador que Colon le acomodara, á 24.° 30' latitud N. y 70 de longitud al Occidente.



Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

CAPITULO XI.

Señales positivas de mayor cultura que se comienzan á advertir en los bastimentos de la Isla Española.—Dificultades que se ofrecen para establecer la comunicacion necesaria con los naturales.—Sale del puerto de *San Nicolás* la flotilla y costea la isla en la direccion de Oriente.—Soberbia vegetacion de aquella tierra deliciosa, y maravillosos efectos que ciertos términos de comparacion causan en los ánimos españoles.—Descubrimiento y arribo al *Puerto de la Concepcion*.—Causas que inspiraron á Colon para la que visitaba el nombre de *Isla Española*.—Espedicion al interior y primera comunicacion con los naturales de la isla; agasajos mútuos y muestras singulares que dan los indios de amor y de respeto.—Descubrimiento de las patatas: uso que de ellas se hacia en el Nuevo-Mundo.—Continuacion del viaje en busca de Babeque.—Descubrimiento y visita á la *Isla de las Tortugas*.—Encuentro en alta mar con un indio, buen trato que le hace el Almirante y felices resultados.—Primeras ideas de autoridad y sumision que se advierten en el Nuevo-Mundo: superioridad de los caciques.—Visitas y embajadas.—Vuélvese á la mar la espedicion: arribo al *Puerto de Santo Tomás* y mensage especial del Gran cacique Guacanagari, superior entre todos los de la comarca.—Nuevos y raros presentes.—Salida de Santo Tomás y naufragio de la carabela Almiranta: buenos oficios de los indios y salvacion completa de la tripulacion y efectos.

Entre las muchas y variadas impresiones que hubieron de sentir nuestros marineros al tocar la nueva isla que se ofrecia á sus descubrimientos, como la mas galana en topografía y vegetacion de cuantas allí habian examinado, chocóles favorablemente el prodigioso número y la exagerada capacidad de ciertas almadías, como dice el Almirante, canoas segun los indios, que á lo largo de la playa dentro del puerto de San Nicolás habia varadas. Al examinar con detenimiento algunas de ellas observaron ciertas labores de puro lujo en toda su estension como no tenian las de otras islas, de donde llegaron á colegir que su arribo en aquella ocasion lo habian hecho á un pais mas culto que todos los otros ya abandonados; y aunque ningun hombre pudieron distinguir por toda la estension que alcanzaba la vista, observaron á trechos, y por la tierra adentro grandes fogatas como si de señales comunicativas sirvieran á los hombres del pais que á rechazar la invasion se apercibian, lo cual si á gentes menos animosas pudiera muy bien infundir recelos, á los atrevidos nautas que á Colon seguian les facilitaba la mayor espansion en sus deseos de gloria y aventuras.

Universidad Internacional de Andalucía

Bien hubo de acariciar el Almirante en su imaginacion la idea natural de hacer un desembarque y tomar lenguas por la tierra adentro, aun cuando para ello hubiera de detenerse algunos dias, porque siempre creyó desde el primer momento de aportar en aquella isla, que en ella habia de encontrar bastantes objetos para colmar los deseos con que su viaje se alimentaba; pero como el puerto en que habia fondeado estaba á un estremo occidental de la isla, y esta le pareciese muy estensa, no menos de doscientas leguas, juzgó mas oportuno orillar, costeándola, alguna parte de las dificultades que comenzaban á presentarse por la ausencia de los naturales, suponiendo que al fin por cualquier accidente le seria fácil apoderarse de alguno en su escursion, y sembrar la confianza en todos por los medios que hasta entonces habia empleado.

Levó, pues, las anclas y se hizo á la mar desde el puerto de San Nicolás, cuando apenas el sol comenzaba á alumbrar la mañana del 7 de diciembre, poniendo las proas al N-E. con el objeto de aprovechar todo el viento que del S-O. soplaba. Pero asi que por tal rumbo habia navegado sobre dos leguas torció paralelamente en la propia direccion que seguia la isla, esto es, de Occidente á Oriente para reconocerla con detenimiento, segun lo practicó, teniendo oportunidad de observar en toda su estension magníficos valles de lozana verdura con campos como de cebadas, bordando las faldas de arrogantes colinas y jigantescas montañas, muy semejantes á las que caracterizan el aspecto de nuestro territorio.

A vista de aquel delicioso pais rayó en locura el entusiasmo de las tripulaciones por lo que de su patria les recordaba, que siempre es grato al viajero hallar en apartadas tierras algunos términos de comparacion con el pais en que abrió los ojos á la luz primera, y ya se deja conocer cuánto semejante ilusion acreceria los recuerdos tras de un viaje de tan especiales y dudosas condiciones.

A la una del dia, cuando ya se habian apartado las carabelas muy largo trecho del cabo occidental en que primero fondearan, se hallaron á la altura de un puerto de espaciosa embocadura y cómodo surgidero, bien resguardado de los vientos por el abrigo que le presta desde quince millas enfrente por el N. la isla de la Tortuga. Avaro de novedades mas bien que por el deseo de suspender su navegacion, dió el Almirante las órdenes oportunas para que ambas carabelas entrasen, y asi que lo verificaron, antes de recoger las velas, hubieron de entretenerse algunos marineros en echar al mar las redes, para aumentar las ilusiones con que su fantasía ya se habia refrescado, puesto que en aquellas hubieron de sacar algunos peces como hasta entonces no habian visto por aquellos mares, en un todo semejantes á las *lisas*, á los *lenguados*, *salmones*, *albures* y á otros de los mas sabrosos que en nuestras costas se alimentan.

Visto el puerto y sus condiciones lo bastante para formar de él su capacidad y conveniencia, el concepto marinero que Colon necesitaba para consignarlo en su diario, tratara de volver á la mar con el objeto de seguir el propio rumbo que hasta allí habia traido; pero el cielo comenzó á cerrarse con mal caris y grandes

Universidad Internacional de Andalucía

señales de fuertes aguaceros, y por la esposicion que pudiera tener en medio de la tempestad el exámen de una costa desconocida, se determinó á echar las anclas y esperar en el *Puerto de la Concepcion*, que así puso al que á la sazon le daba abrigo, á que los horizontes se despejaran. Entonces se aparejaron los botes respectivos para ir á tierra sobre las márgenes de un manso rio que alimentaba con sus linfas la mas hermosa vegetacion del mundo, al decir del Almirante (1), y lo que en aquellos climas no habia sucedido, oyeron por primera vez sobre las copas de frondosos árboles, tambien á los nuestros parecidos, el gorgeo de pintadas aves que daban al viento sus arpadas voces con la propia deliciosa armonía de nuestros ruiseñores. ¡Cuántas impresiones agradables, cuántos recuerdos nacionales, cuántos suspiros y cuántas lágrimas refrescarian la mente de nuestros nautas! á la consideracion se deja de todos aquellos que siquiera una vez hayan llorado la ausencia de su querida patria, impelidos en un largo viaje por las lonas de amigo ó contrario bastimento. Y como el sábio Almirante que así manejaba los efectos de sus compañeros, no podia ser estraño á tales muestras de natural ternura, completó el entusiasmo dando á tan preciosa tierra el querido nombre de *Isla Española*. Los naturales la llamaban *Hayti*, que en su rudo é incompleto lenguaje significa *tierra alta*, y con efecto, la aplicacion de semejante frase no podia ser mas oportuna, por las señales características que marcan de dicha isla sus condiciones topográficas. El *Bohio* ó *Babeque* continuaron los indios de San Salvador señalándolo en la direccion del Sud-Este, y jamás hubo ocasion de encontrar semejantes tierras, á no ser que se admita la suposicion de que en su estado primitivo así se llamase la Jamáica, segun quiso indicar en su *Historia de las Indias* el P. Fray Bartolomé de Las Casas.

Durante la primera permanencia de las carabelas en el puerto de la Concepcion, que fué nada menos que de siete dias, por lo que los tiempos se encrudecieron, costó gran trabajo á los españoles hablar con persona viviente de la isla, puesto que de gran cantidad de indios que en la mañana del 12 divisaron, por dar todos á huir, apercibiéndose con gran ligereza, no fué posible dar caza mas que á una muger jóven y hermosa como la que mas de aquella tierra; la cual fué llevada al Almirante, y regalada y agasajada por este, y luego puesta en libertad, para que fuese á dar cuenta á sus parientes y connaturales de la liberalidad y buen porte que usaban los espedicionarios.

Acompañáronla tres marineros bien provistos de armas, con órden espresa de llegar hasta la poblacion que ella por señas manifestaba no estar lejos de la playa; pero aquellos regresaron á la carabela sobre las tres horas de la madrugada del 13 sin haber cumplido su encargo de comunicar con los indios del cercano pueblo, bien fuese por el temor natural que pudiera inspirarles el viaje nocturno entre gentes fugitivas y recelosas, ó bien por la confianza de que bastarian los presentes de cuentas, cascabeles y sortijas, hechos á la muger para

(1) En su diario M. S. de la Casa de Veraguas. Las Casas. *Historia de Indias*. Navarrete. *Coleccion de Viajes etc.*

Universidad Internacional de Andalucía

que se apresuraran los demas indios como en las otras tierras á llegarse á las carabelas para ofrecer sus rescates. Así lo manifestaron, pues, al Almirante, que únicamente se tranquilizó por los resultados que obtuvo despues de rayar la nueva aurora. La impaciencia por comunicar con gentes de aquella isla no le permitió esperar á que sus naturales viniesen, y en este como en todos sus acuerdos harto acertado anduvo, puesto que aquellos no solo no se daban traza de venir á la playa, pero ni aun quisieron esperar en la poblacion á nueve soldados españoles que á visitarlos iban con presentes del Almirante. Por fortuna habia tenido este la precaucion de enviar tambien un indio de los de San Salvador para intérprete, y sus oficios cerca de los de la Española fueron tales que bien pronto acudieron, no sin recelos, alrededor de los nueve soldados españoles, hasta dos mil de aquellos, con tardo paso y llevando las manos sobre las cabezas en señal de adoracion y respeto, porque el intérprete les habia comunicado ya su error de que eran bondadosos huéspedes bajados del cielo.

Cuando los recelosos habitantes del pueblo inmediato al puerto de la Concepcion (1) se tranquilizaron respecto á las tendencias pacíficas de los españoles, dieron rienda suelta á su alegría, y no escasearon las manifestaciones en todos

(1) Segun los geógrafos mas autorizados, parece que este lugar era el que en tiempos mas recientes se conocia con el nombre de *Gros Morne*, situado en las márgenes del rio á que pusieron los franceses de *Trois Rivieres*, que desemboca á media milla del *Puerto de Paz* por Occidente. La poblacion constaba entonces de unas mil casas de regular construccion y estremada limpieza, y parece como que en ellas moraban sobre tres mil hombres, sin contar mugeres y niños.

Universidad Internacional de Andalucía

conceptos: en particular el que al parecer era marido ó mas interesado pariente de la muger cautiva y obsequiada el dia anterior, se manifestaba tan reconocido á la honra de los españoles, como no podia menos de hacer el hombre que habia alcanzado por semejante medio para su muger las mayores distinciones, como que los demas indios la paseaban en triunfo con grandes voces de amor y de alegría. Así acudieron unos y otros á la presencia del Almirante, que nunca mas completo resultado pudiera apetecer en semejante propósito, llegando á solazarse un tanto su pensamiento con la vista de algunos sarcillos y planchas de oro que hubo de observar pendientes de las narices y de los lábios de los indios. Estos, que al parecer nada poseian que comun no fuese, guardábanse poco de dar lo que tenian sin retribucion de ninguna especie, bien que tomasen con muestras de singular aprecio las bagatelas con que los espedicionarios les obsequiaban (1). En particular se mostraron muy pródigos de sus alimentos, habiendo presentado á nuestros soldados y marineros gran cantidad de pescado y pan de *mames*, que eran unas raices, como dice Colon, parecidas á los rábanos grandes que siembran y nacen y plantan en todas sus tierras, segundo descubrimiento importante que la espedicion produjo, pues no siendo otra cosa que las batatas, de las cuales hacian su pan mas sabroso los indígenas de Hayti, harto se sabe cuantos bienes produjo á la humanidad ese antídoto del hambre, manantial de fecundos resultados aun en los paises mas favorecidos de la naturaleza. Tambien porque el Almirante y varios individuos de la tripulacion manifestaron vivos deseos de poseer algunos loros de que los naturales de la isla Española tenian abundancia domesticados, acudieron á semejantes deseos con la propia generosidad que en todos los demas artículos habian mostrado.

(1) Describiendo Colon la bondad de aquella isla, y mas particularmente de sus naturales, en una carta que escribió á Santangel, de quien ya hemos hecho especial mencion en este libro, se esplica en los términos siguientes: *Es verdad que despues que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tan sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creerán sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan pidiéndosela jamás dicen de no; antes convidan á la persona con ello y muestran tanto amor que darian los corazones, y quier sea cosa de valor, quier sea de poco precio, luego por cualquiera cosa de cualquier manera que sea que se les dé por ello son contentos.* Llegando á tal estremo esta verdad, que Colon se vió forzado por su conciencia en ocasiones á poner coto entre sus gentes á los cambios desiguales que se hacian de cachos de escudillas rotas y hasta pedazos de arcos de pipas, etc., por considerables porciones de oro. (Véase á Navarrete en la *Coleccion de Viajes*, tomo 1.º, páginas 169 y 170.) Pero aun es mas agradable la descripcion que de los habitantes de la Española hace el célebre Pedro Mártir de Angleria en su Década 1.ª, libro III, tomada, segun su palabra, de las conversaciones que tuvo con el Almirante. *Es cierto, dice, que es la tierra tan comun entre aquellas gentes, como el sol y las aguas; y que el mio y el tuyo, semillas de tantos males, no tienen lugar con ellas. Se contentan con tan poco, que en aquel estenso pais mas bien tienen superfluidad que escasez; así están en el mundo dorado sin trabajo, y viviendo en abiertos jardines, no atrincherados con diques, ni divididos con valladares, ni con muros defendidos. Comercian justamente unos con otros sin leyes, sin libros y sin jueces. Creen hombre malo y perjudicial, solo al que se complace en hacer daño á otro; y aunque no gustan de cosas supérfluas, hacen sin embargo provision para el incremento de aquellas raices de donde sacan el pan, contentos con esta simple comida, con la cual se conserva la salud y se evitan las enfermedades.* (Véase á Washington Irving, en la *Vida y Viajes de Colon*, tomo 1.º) Si como tenemos obligacion de creer, la pintura precedente es exacta, ¡qué graves cargos no resultan de ella contra las leyes de la civilizacion que establece el derecho de propiedad, la diferencia de condiciones, la ostentacion del lujo, la aglomeracion de necesidades, y con todas estas circunstancias sociales, las pasiones mas desordenadas y los crímenes mas inauditos, concluyendo por hacer completamente imposible la rehabilitacion del principio de la fraternidad entre los propios hijos del primer hombre!

Universidad Internacional de Andalucía

Con tan recíprocas muestras de cordial afecto, obligados naturales y estrangeros, hubieron de despedirse porque el Almirante no torcia sus afanes del suspirado arribo á la isla de Babeque, donde por dar crédito á los informes esperaba seguro encontrar la region privilegiada del oro y de las riquezas. Así, pues, en la mañana del 14 de diciembre se hizo á la vela, no sin haber levantado en el puerto de la Concepcion una soberbia cruz formada con dos grandes troncos, en señal de posesion por la corona de Castilla; pero aunque su intento se dirigia á navegar en la direccion del Oriente, los vientos se lo impidieron, y se vió en tal caso precisado á visitar la isla que en frente del puerto de la Concepcion hemos ya situado.

Las impresiones en aquel maravilloso viaje se sucedian siempre en progresion ascendente, y Colon las recibió tan fuertes esta vez, que hubo de bautizar á uno de los valles de aquella isla, con el poético y atrevido nombre de *valle del Paraiso;* pues no de otra suerte pudiera haberse comprendido la hermosura de sus condiciones naturales. Tambien puso á uno de los rios que por allí alimentaban la vegetacion, el nombre privilegiado de *Guadalquivir*, en vista de lo que al de nuestra Península se parecia en lo frondoso y abundante, y porque en todo lo que visitó de la isla vió gran cantidad de tortugas, no quiso privar al territorio de aquel carácter especial, y con el nombre de estos animalitos quedó marcado en sus apuntaciones.

Por la noche regresó al puerto de la Concepcion, y al dia siguiente hubo de ir otra vez á la Tortuga, de cuya isla salió el 16 con rumbo al N.-E. para continuar su reconocimiento por la costa de Hayti; pero como en el tránsito hubiese encontrado á un indio solo en una canoa que difícilmente podia manejar contra la impetuosidad de los vientos y de las corrientes, hizo que se le recogiese con su bastimento en la carabela y se le fué á desembarcar en un cómodo surgidero sobre la playa, á unas diez y seis millas mas al Oriente de la tierra que hasta entonces habia visitado, y cerca de la cual se advertia un pueblo cuyas casas eran todas al parecer recien construidas. La curiosidad natural de los espedicionarios les obligó á estender en aquel parage sus investigaciones, y al efecto no vaciló el Almirante en tirar las anclas al mar, tan cerca de la playa las carabelas, que con facilidad se podria entrar en ellas sin ayuda de botes ni canoas.

Las nuevas que el indio agradecido hubo de esparcir entre sus compatriotas causaron tan maravilloso efecto en aquella parte de la isla, que bien pronto se vió la playa cubierta de ellos, ansiosos de examinar por sí mismos tan raro y sorprendente suceso; pero esta vez caracterizó la concurrencia de los indígenas una circunstancia, como hasta entonces no se habia echado de ver en la continuacion de aquellos descubrimientos. Observaron con efecto los españoles como aquellos indígenas rodeaban con muestras de singular respeto á un indio jóven de veinte años ó poco mas, de agradable aspecto y escasamente mas adornado que los otros, pero sin duda de mayor autoridad, por la que en el acto con sus palabras ejercia: llamábanle *cacique*, así los isleños de Hayti como los que á Colon

Universidad Internacional de Andalucía

desde San Salvador acompañaban; de donde se hubo de inferir, que semejante palabra era nombre sustantivo de cargo ó superioridad, llevándola tan al estremo que la igualaron á la que de rey se dá en nuestro continente de cada nacion al primer magistrado.

Por lo que á tan alta autoridad se debia, envióle Colon solemne embajada con esmerados presentes y entendidos intérpretes, los cuales por mas que trasladaban á su idioma las palabras de los enviados españoles, ni podian creer ni eran creidos que de otra parte que del cielo hubiesen bajado tan sobrenaturales viajeros. De todos modos, el cacique los recibió grave y benignamente en presencia de dos ancianos que al parecer interpretaban sus gestos con el mayor acatamiento, y se ofreció con todo su poder á servir gustoso á los espedicionarios; y por si acaso las protestas de su amistad no hubieran sido bastante poderosas por embajada, se trasladó á la carabela del Almirante en la tarde del propio dia, y allí con soberano respeto fué recibido como el mas poderoso de los monarcas.

Ya en aquel parage de la isla fueron mas abundantes las porciones de oro que en granos, aretes y planchillas, se recogieron por nuestros navegantes, y á la par mas ciertas las noticias que pudieron adquirir respecto á los criaderos de aquel metal precioso, sin salir de la propia isla, por cuya razon sin duda no volvió á gestionar el Almirante el hallazgo de la tan suspirada Babeque.

Hasta el dia 19 permanecieron las carabelas fondeadas en aquella playa, siempre visitadas y agasajadas sus tripulaciones por multitud de indígenas que tan alto favor se disputaban; pero como al cabo se persuadiese Colon de que era necesario navegar mas al Oriente, para encontrar la tierra de promision que buscaba, levó anclas en la mañana de dicho dia 19, y se dió á la mar con ánimo de continuar aquel rumbo hasta encontrar las regiones del oro. No favorecieron sin embargo, los vientos su derrota, y por lo tanto se vió precisado la tarde del 20 á tomar de nuevo puerto, haciéndolo esta vez en uno tan capaz y cómodo como el mejor de cuantos hasta allí habia frecuentado. Púsole por nombre *Santo Tomás*, por la festividad del siguiente dia, que hoy se conoce por bahía de Acul, é inmediatamente desde aquella noche comenzaron las visitas y los obsequios de la gente de tierra.

En especial recibió mensage el Almirante de varios caciques, y el dia 22 abordaron á la carabela Santa María muchos indios en una muy larga canoa con embajada del principal cacique y señor de todos aquellos contornos, el gran Guacanagarí, con pretensiones de que la flota se acercase algunas leguas mas al Oriente, para llegar cerca de su residencia. Obligaba el cumplimiento de su solicitud con algunos presentes, entre los cuales sobresalia un cinto ó tahalí preciosamente labrado, que en lugar de bolsa tenia una careta, cuyas orejas y lengua eran de finísimo oro; pero como los vientos siguieran oponiéndose pertinaces á semejante navegacion, hubo de contentarse el Almirante por entonces con recompensar sus obsequios al gran cacique por medio del Escribano Escobedo,

Universidad Internacional de Andalucía

el cual, bien acompañado de gente de guerra, como á la escelsitud de su mision correspondia, ofreció solemnemente á Guacanagarí, en nombre del Almirante, que las carabelas irian cerca de su residencia, así que Dios lo permitiese. Estaba aquella asentada en un pueblo mayor y mas bien edificado de cuantos hasta allí se habian visto, sobre las márgenes de cierto rio, en lo que se llamó entonces *Punta Santa* y al presente es *Punta Honorata*.

Recibió el cacique la embajada española en una espaciosa y bien dispuesta plaza, acompañado de multitud de indígenas que á la par de guardarle honraban su persona; y cuando á esta llegaron nuestros mensageros, no hubo obsequio posible que no recibieran, ni afecto que gustaran. Esmerábanse los naturales en su agasajo, y despues que Guacanagarí comenzó por regalar á cada huésped un mando de algodon, continuaron aquellos dándoles cuanto creian bastante, que no fué poco, para satisfacer sus deseos. Allí gustaron de frutas esquisitas y variados refrescos con la mas cordial franqueza; y finalmente, al despedirse del cacique recibieron considerables presentes para el Almirante, compuestos en su mayor parte de pintados papagayos y finísimas planchas de oro.

Entretanto no se interrumpieron un solo instante las visitas de los indios á las carabelas: todos por lo regular acompañaban su concurrencia con gratos presentes del metal codiciado, y todos á la vez concordaban en que no lejos de la costa, hácia el interior sobre la parte de Levante, habia una region á que ellos llamaban *Cibao*, cuya abundancia era tal, que hasta el cacique tenia banderas de oro labrado. La fantasía torció en semejante interpretacion la inteligencia de los espedicionarios, puesto que tales banderas no existian, así como torció igualmente la exactitud de los cálculos del Almirante, el cual llegó á suponer que Cibao no era mas que una palabra corrompida ó degenerada de Zipango, y por lo tanto se creyó muy próximo á la magnífica region descrita por el viajero veneciano.

Al fin, porque los vientos calmaron, y por los deseos que se despertaron en el ánimo del Almirante, en virtud de tan gratas cual quiméricas noticias, salió de Santo Tomás el dia 24 de diciembre antes que el sol saliera en aquellas regiones, á comunicar la luz con que al propio tiempo estaba desde su cenit alumbrando las nuestras. El rumbo que tomaron las carabelas fué como en busca del dia, esto es, hácia Oriente, y el viento que soplaba era de tierra, pero tan escaso, que apenas alcanzaba á llenar la mas pequeña lona, cuando todas iban desplegadas en ambos bastimentos. Fué por consiguiente bien escasa la distancia que pudieron avanzar hasta las once de aquella noche, en que se celebra el Nacimiento del Hijo de Dios por todo el orbe cristiano, y en la cual aconteció á la espedicion el mas siniestro percance que pudiera conmover el ánimo de nuestros marineros.

Era costumbre invariable del Almirante no apartarse un momento del castillo de popa cuando de noche navegaba, para llenar la mas exacta vigilancia que en desconocidos mares convenia; pero en aquella, por los informes recibidos de

Universidad Internacional de Andalucía

los indios prácticos, que aseguraron no haber por allí inconvenientes marineros, y por lo que las calmas le abonaban, se retiró á descansar un momento, no sin encargar al timonel la mas completa sustitucion de sus cuidados. Pero como la confianza de un esperimentado caudillo no puede menos de comunicarse hasta el mas ínfimo soldado, el timonel encomendó el gobernalle á un grumete, y echándose á dormir dió fácil ejemplo á los marineros de guardia, que otra cosa no deseaban para entregarse al mas abandonado descanso.

Mientras el descuido caracterizaba, contra toda costumbre, la fisonomía particular de la carabela Almiranta, las corrientes que fluyen con velocidad en las aguas de *Santo Domingo*, la impelieron á un banco de arena, sin que el pobre grumete se apercibiera hasta que la carabela habia encallado. Entonces, cuando la concusion del gobernalle y el tumulto de las olas ya no dejaban dudar el peligro, comenzó á gritar pidiendo socorro, y como el sueño de Colon no era natural, conforme á la costumbre seguida hasta allí, fué su persona la primera que descolló sobre cubierta para comenzar el ya imposible remedio. Ordenó inmediatamente echar al agua el bote y con él llevar una ancla fuera por el lado de la popa para contrariar el empuje de las corrientes; pero los marineros y el mismo patron iban confusos con el estupor natural que embarga nuestros sentidos cuando en medio del peligro despertamos, y en vez de hacer lo que el Almirante mandado habia, bogaron con fuerza para dar cuenta y refugiarse en la otra carabela, que estaba distante sobre media luega á barlovento.

No hubo queja del buen porte que en momentos de tal apuro mereció el Almirante al honrado capitan de la *Niña* y á la gente que la tripulaba, puesto que todos á la vez reprocharon el cobarde proceder de los fugitivos, obligándoles á volver al escollo donde encallara su carabela, y la mayor parte se echó al bote propio para acudir igualmente al lugar del naufragio. Ya entretanto Colon porque habia observado el escandaloso porte de sus gentes, no disculpable con la nobleza de corazon que hasta allí las habia distinguido en tan aventuradas correrías, se entretuvo en picar los mástiles de su bastimento y aligerarlo todo lo posible para hacer mas fácil su vuelta á la mar; pero esta se hubo de retirar un tanto del banco cuando la carabela estaba ya caida de costado y con los vacíos de las costillas abiertos, y por lo tanto no quedó mas recurso que trasbordar á la *Niña* ambas tripulaciones, y sin apartarse mucho del mar del peligro, temporejar á la capa hasta la venida del dia siguiente.

Cuando el alba alumbró la catástrofe, fué el primer cuidado del Almirante enviar cuenta de lo sucedido al gran cacique de la próxima tierra, el cual tuvo tanto sentimiento como no fuera posible esperimentar entre la mas afectuosa hospitalidad de nuestros dias: de suerte que mientras los españoles se estaban ocupando en los preparativos indispensables para salvar los efectos de la encallada carabela, el indígena Guacanagarí, con lágrimas de hondo pesar en los ojos, amonestaba y ordenaba con precipitacion y acierto á los suyos, lo bastante para hacerles acudir al lugar del naufragio en multitud de canoas, en tanto que sobre

Universidad Internacional de Andalucía

la playa y en el lugar de su residencia, se disponia cuanto era cumplidero al depósito y custodia de los efectos y á la comodidad de los nautas.

Todos los indios se esmeraron á porfía en contribuir con todo el caudal de sus fuerzas, á la salvacion de cuanto á sus venerados huéspedes pertenecia, en cuya operacion se empleó la mayor parte del dia de Pascua ; y hubo de advertirse esta vez, para mayor escarnio de las gentes cultas, que entre los salvajes de la isla Española ni siquiera habia el mas lejano síntoma de esa pasion infernal que hace á los hombres mortales enemigos por la posesion de una cosa misma. Con efecto: incomparable era el aprecio que los indígenas hacian del objeto mas insignificante de los que á los españoles pudieran haber pertenecido, porque juzgando á estos como seres sobrenaturales, sin duda adivinaban muy portentosas virtudes en las insignificantes vagatelas con que se concertaban los rescates del oro: ni otro valor que moral no fuese, podia tener cosa alguna en un pais donde el comercio era ignorado por la comunidad absoluta de bienes que allí existia. Pues á pesar de todo, se custodió con tal religiosidad por los indios cuanto de la carabela hubo de salvarse, que ni un solo clavo se permitieron tomar, que los españoles espontáneamente no les diesen.

Así, reparado el percance cuanto era posible, y mitigada la pena de los náufragos con los asíduos consuelos que los isleños se esmeraban en prodigarles, ya con modales de amantísima fraternidad, bien con regalos de valía donde el oro abundaba, se dió al reposo la gente española, asegurando en el nuevo puerto el único bastimento de que podia disponer para regresar un dia á su patria querida, y aprovechándose los soldados y marineros que en la Niña no tenian acomodo, del franco albergue que en distinguidas casas les ofrecieron los súbditos del gran cacique.

Por lo demas, no fué del todo perdido para la historia de la navegacion aquel desgraciado suceso; del cual aprendió la hidrografía las necesarias precauciones para navegar por aquellos mares en sucesivas espediciones, porque Colon tuvo gran cuidado de anotar en su diario las observaciones respectivas, y la ciencia del mando pudo hacerse cargo de cuanto es peligrosa la estremada confianza aun en los tiempos, parajes y acontecimientos mas inocentes.

Universidad Internacional de Andalucía

CAPITULO XII.

Muestras de continuado afecto con que el cacique Guacanagari procura desechar de la mente del Almirante la idea de la desgracia que venia de acontecerle.—Recibense por los espedicionarios muy prósperas noticias sobre los cercanos abundantes criaderos que en la isla se encontraban.—Efectos que semejantes noticias producen en el ánimo de los españoles.—Alojamiento del Almirante y demas españoles en la inmediata poblacion del gran cacique.—Alardes recíprocos de cordialidad.—Danza de los indios.—Ejercicios militares de los españoles.—Primeras noticias de los caribes.—Invencion, traza y obra de nuestra fortaleza en las inmediaciones del puerto de la Trinidad.—Soldados voluntarios para quedarse.—Recibense algunas noticias de la Pinta.—Vanas investigaciones para encontrarla.—Dispónese Colon para regresar á España.—Prevenciones á los españoles que en la Española se quedaban.—Amonestaciones á los indios para la continuacion de la amistad mútua que hasta entonces se habia observado.

Dirigiéronse los mas asíduos cuidados del gran cacique á tranquilizar el espíritu sumamente agitado de Colon, por la inmensa pérdida que de sufrir venia, esmerándose al efecto aquel en sus visitas y regalos, tanto que alguna vez el Almirante hubo de dar gracias á la Providencia, suponiendo que tan adverso acontecimiento no era mas que el lazo celestial con que en su comercio recíproco se habian de unir los estremos del mundo. Afirmábase tanto mas en su mente la sobrenatural idea, cuanto mejores informes recibia por los cambios recíprocos de la abundancia de oro que habia en aquellas partes de la isla, los cuales llegaron á su apogeo en la tarde del 26 de diciembre, con ocasion de venir á la amiga playa una canoa muy provista de láminas de oro, para cambiar por cascabeles. Y como el semblante de Colon se animase por la noticia en presencia de Guacanagarí, que á la sazon se hallaba dentro de la carabela, fueron tales los informes que hubo de dar respecto á los abundantes criaderos de aquel metal en la inmediata region de Cibao, siempre supuesta Cipango por el Almirante, que algunos gestos hicieron creer en la existencia de montañas enteras con que satisfacer los deseos de tan intrépidos esplotadores.

Con esto hubo de disiparse grandemente la motivada melancolía del Almirante, el cual no adivinaba sin embargo cuánta cantidad de interés que no de gloria pudiera suponerse habia de mermar el percance en sus futuros descubri-

Universidad Internacional de Andalucía

mientos, puesto que al nombre de otros aventureros harto menos merecedores hubieron de adherirse los mas importantes del Nuevo-Mundo.

Para que en el hospedaje ninguna comodidad ni distraccion echara de menos nuestro gran caudillo, dispúsole Guacanagarí un alojamiento en la mejor casa de la poblacion, provista de todos los manjares que al apetito brindaban sus tierras, así como pescados, *utias* ó conejos, algunas raices, pan de patatas y cantidad de diversas frutas, y adornada con varias máscaras de madera toscamente labradas, en cuyas facciones habia entallados pedazos de oro, y por sillas ciertos escaños de ébano y por alfombras gran cantidad de hojas de palma, sin olvidar la correspondiente hamaca para su descanso: es verdad que de todo se aprovechaba muy poco el Almirante, porque haciendo justo alarde de buen caudillo, jamás pasaba la noche que no fuese en la cámara de su carabela, mecido por las olas y arrullado por la voz potente de los mares. En cambio los dias eran deliciosos, cuando á la recreacion de los sentidos cedia su lugar la solitaria pasion de los cuidados. Unas veces, acompañado del gran cacique y rodeado por una multitud que como á Dios le tenia, se ensanchaba su espíritu en la frondosidad de aquellas arboledas, ya respirando el embalsamado ambiente de los jardines mas caprichosos que la cultura hubiese inventado, ya escuchando la armonía del conjunto de la creacion en la morada celestial del Paraiso. Y cuando el afan de los naturales llegaba á su colmo, avaro de proporcionar á sus huéspedes mas agradables sensaciones, entrelazábanse por sus manos formando una especie de círculo, que al compás de toscas armonías por medio de la voz es-

Universidad Internacional de Andalucía

presadas, y de rudos tambores formados de huecos troncos sin otro parche que su natural corteza, giraban danzando en derredor, en la propia forma que debieron hacerlo aquellos primeros hombres que inventaron la imitacion para remedar el canto de las aves y los caprichosos remolinos del viento, dando espansion á los sentidos y fácil distraccion á los graves cuidados de la vida.

Bien distinto por cierto fué el espectáculo que ofrecieron los españoles á tan inocentes pasatiempos, aunque la intencion no pasase entonces de devolver obsequio por obsequio. Hízoles con efecto el Almirante saltar en tierra provistos y aderezados de todas armas, desembarcando á la vez algunas *lombardas* (1), y por hacer alarde tambien de la destreza de sus soldados, mandóles evolucionar sobre la playa al compás de algunos atabales y clarines, cuya armonía llenaba de gozo á los pobres isleños, los cuales en su natural simplicidad hubieron de figurarse que los bélicos ejercicios de sus huéspedes, no eran otra cosa que las danzas que se usaban en el cielo. Despues continuó el manejo de las armas, y al dispararse algunas flechas advirtieron los indígenas á Colon, que de semejantes instrumentos hacian uso ciertos *caníbales* ó *caribes*, que en ocasiones solian venir á la isla á cautivar para comerlos á sus habitantes, en prueba de lo cual algunos hombres enseñaban crueles heridas ya cicatrizadas: y finalmente, para desarrollar todo el prestigio que su poder militar le comunicaba en aquellas pacíficas regiones, mandó el Almirante disparar varios arcabuces y tambien dirigir contra algun objeto sensible las *pelotas* ó balas de piedra de las lombardas, que desgajando las ramas y tronchando el tronco del árbol mas robusto, dió con su ruido y naturales efectos tal espanto á los indios, que todos cayeron en tierra espantados de la tempestad de rayos y truenos que en medio de la diafanidad del mas brillante sol de los trópicos, habian inventado aquellos entes sobrehumanos contra todas las condiciones de la naturaleza.

¡Qué diferencia en los alardes! De una parte los indios enseñando en el estado salvaje de la creacion la espansion del alma y los afectos mas tiernos de la vida, y por la suya los hijos de la civilizacion manifestando los instrumentos de dominio y los destructores agentes de la muerte!...

Para moderar los efectos de terror que tantas sensaciones bélicas habian causado en los indígenas, Colon les aseguró que nunca contra ellos servirian aquellas armas, antes por el contrario los españoles las emplearian constantes en su servicio contra los caribes que en lo sucesivo fueran osados de acercarse á la isla que él con sus gentes pisaba; de suerte que si hasta entonces el afecto de los indígenas no era otra cosa que una consecuencia natural de su carácter hospitalario, desde aquel momento hubo de alimentarse con el deseo de la propia conservacion y las leyes morales del agradecimiento.

Con tal motivo la armonía entre ambas razas llegó al mayor apogeo que imaginarse pudiera, puesto que á cierto tiempo echó raices á par de otras pasiones

(1) Llamábanse así ciertos cañones de artillería muy comunes en los últimos años del siglo XV.

Universidad Internacional de Andalucía

hasta el gérmen del amor; y por la fuerza de los afectos en su estado primitivo y la comodidad de la vida donde la sentencia de Dios contra los hijos de Adan no habia alcanzado (1), no faltaron españoles en abundancia que prefirieron connaturalizarse allí mas bien que regresar á la querida patria que tantos suspiros les habia costado. Acercáronse, pues, al Almirante los náufragos de la *Santa María* ponderando las dificultades con que habria que luchar para volver en tan largo regreso dentro de una sola carabela el equipaje que á dos bien provistas pertenecia, y aquel por su parte no se hizo rogar mucho, puesto que en su mente ya habia acariciado semejante pensamiento.

Para llevarlo á cabo en sus mejores condiciones juzgó necesaria la traza de alguna fortaleza en que los españoles quedasen recogidos, no tanto por el temor que los naturales pudiesen inspirar respecto á intentona de ningun género contra sus huéspedes, cuanto por dejar á estos en buena disciplina recogidos y siempre sujetos á la vista y voz de un superior, mas bien que por el pais derramados y en libre ejercicio de todas sus inclinaciones. Al efecto hubo de disponerse toda la madera que de la *Niña* se habia recogido, así como su jarcia, clavazon, pertrechos de guerra y provisiones, con cuyos elementos y con el trabajo de los indios mezclados con los españoles, bastaron muy pocos dias para que la obra quedase en toda forma terminada, sin olvidar el foso correspondiente ni las piezas de artillería que se juzgaron bastantes para una formal y vigorosa defensa. De provisiones de boca se almacenaron suficientes para un año; y respecto á la fuerza en hombres escogió el Almirante treinta y nueve de los mas honrados y prudentes, para que bajo las órdenes de un Diego de Arana, sirvieran en la isla de Hayti de fundamento á la dominacion española, de avanzada á la esplotacion y al comercio, y de amantísimos y celosos protectores á los pacíficos y bondadosos isleños.

Así terminada la fortaleza fué bautizada por el Almirante, como igualmente la comarca, puerto y poblacion adjuntas, con el nombre de la *Navidad*, conmemorando el dia en que fué forzada la gente de la *Niña* á saltar en tierra, ya desprovista de bastimento en que pudiese continuar con alguna comodidad el misterioso viaje que hasta allí se habia hecho.

Mientras aquella se levantaba á favor de los restos del naufragio, hubieron de aportar á la playa en que estaban los españoles, algunas canoas cuyos tripulantes indios, por consiguiente, afirmaban por señales harto inteligibles la existencia de otro buque parecido á la *Niña*, con hombres de la propia condicion que los españoles, que ellos habian visto algunas leguas mas al Oriente. Ya se deja suponer la alegría que semejante nueva causaria en el ánimo de Colon, apesadumbrado doblemente por la desercion de la *Pinta*, que no otro buque podia ser el que los indígenas decian, y por el naufragio de la *Almiranta*, como que entregado por sí solo á las eventualidades de un largo regreso, no se le es-

(1) .....*Y el pan que comas será amasado con el sudor de tu frente.* (Vide Génesis.)

Universidad Internacional de Andalucía

condia la muy fácil posibilidad de un contratiempo que podia sepultar para siempre la gloria de su espedicion en las revueltas ondas del Occéano. Así, pues, reservando los agravios con el envio de sinceras saludes, obtuvo de Guacanagarí una canoa tripulada por indios, y con un marinero español la hizo partir en la direccion indicada, remitiendo á Pinzon una carta, en que lejos de reprochar su pasada conducta se felicitaba únicamente de las buenas nuevas que de él tenia, y le ordenaba que se le reuniese; pero la canoa anduvo bagando durante tres dias por todos los puertos inmediatos, y porque mas luces no pudo adquirir respecto á la existencia de la *Pinta*, regresó al de la *Navidad* para volver la pesadumbre al ánimo de Colon en doble cantidad que hasta allí lo habia trabajado, que tal sucede siempre que columbramos para que se desvanezca otra vez el término de nuestros sinsabores.

Al fin se resolvió definitivamente el regreso de la *Niña* á las costas españolas; pero antes de abandonar aquellas playas hospitalarias, quiso Colon rendir un tributo de justo reconocimiento á sus naturales, dando lecciones teóricas de buena moral á las gentes que allí dejaba. Primeramente reunió en torno de sí á los soldados de la fortaleza, para hacerles la mas razonada manifestacion que de prudencia humana pudiera esperarse, ya ponderándoles cuanto es conveniente la armonía y recíproca amistad entre los que han de mancomunar los respectivos intereses, ya presentando la ingratitud con los mas horribles colores, ya, en fin, haciéndoles ver cuán peligrosa seria su situacion especial, si por consecuencia de escesos punibles se enagenasen la voluntad de los indígenas. Para que el buen porte cerrara la entrada á semejantes contratiempos, recordó á todos el respeto que se debia á la persona que en su lugar quedase representando la régia autoridad de que se hallaba revestido en tan apartadas tierras, cuya persona ya se ha dicho ser la de Diego de Arana, natural de Córdoba, que iba por escribano y alguacil de la escuadra; y á fin de atajar asimismo las discordias que pudieran surjir de cualquier evento natural que atajase la carrera de nuevo caudillo, nombróle por sustitutos sucesivos á Pero Gutierrez, repostero de estrado del rey, y á Rodrigo de Escobedo, asi como tuvo cuidado de dejar entre la guarnicion del fuerte, para los trabajos y asistencia que pudieran ocurrir durante su regreso, á un físico, un carpintero náutico, un calafate, un tonelero, un sastre y un armero, todos hábiles maestros en sus profesiones respectivas. Tambien para que tuviesen ocasion de aprovecharse de la pesca como artículo de primera necesidad en aquellas partes incultas, les dejó el Almirante el bote de su carabela: ya de que por falta de objetos no pudiera interrumpirse el comercio del oro, entregó igualmente al nuevo caudillo todos cuantos le sobraban de los rescates que hasta allí se habian hecho. Con todo lo dicho, y con recomendar muy especialmente á Diego de Arana y á sus otros lugar-tenientes que con las precauciones debidas se procurasen los mas exactos conocimientos respecto á los criaderos del oro, y á la par el reconocimiento de la costa inmediata por si hubiese otro puerto menos peligroso por su entrada de bancos y rocas que el que

Universidad Internacional de Andalucía

á la sazon ocupaban, creyó el Almirante cumplidos los deberes que estaban impuestos á su dignidad respecto á los españoles. Despues, torciendo el discurso á los naturales, abrazó repetidas veces al gran cacique, confundiéndose las lágrimas de ambos personajes, y suplicó á todos que continuasen por la buena senda de la fraternidad que hasta allí habian seguido, como único medio de asentar entre ambas naciones un comercio recíproco de iguales ventajas y una paz deliciosa y duradera.

Respecto á la despedida que medió entre los españoles que allí se quedaban y los que á las costas de su pais natal volvian, considérela el espíritu que imágenes bellas sepa inventar; si pueden serlo tanto que retraten la verdad de tan tierno espectáculo, donde á los afectos de la codicia que á algunos aconsejara su permanencia en tan delicioso clima, sustituian en aquel momento sublime los inefables goces de la familia y los santos recuerdos de la patria. A nosotros únicamente nos falta decir que en la noche del 3 de enero del año 1593 se apartaron unos y otros con lágrimas en los ojos para no volverse á encontrar jamas sobre la superficie de la tierra.

Universidad Internacional de Andalucía

CAPITULO XIII.

Sale á la mar con rumbo al Este la carabela *Niña*.—*Puerto de Guarico*, su reconocimiento y el de *Cabo Santo*.—Promontorio y bahía de *Monte-Cristi*; surge en aquella y se detiene dos dias.—Vuelve á la mar con el propio rumbo.—Hallazgo de la *Pinta* y prudente disimulo del Almirante.—Tránsito de dicha carabela desde su desercion.—Reparacion de algunas averías y descubrimiento del *Rio del Oro*.—*Cabo del Cabron*; su reconocimiento y el del *golfo de Samaná*.—Estancia que en este último hacen ambas carabelas.—Comunicacion con los indios de Samaná; noticias características de esta raza.—Primer combate entre indios y españoles.—Paces asentadas entre ambas partes por medio de mútuos obsequios.—Nuevas noticias de la isla de los caribes y de la de Mantinino, solamente habitada por mugeres.—Salida de la espedicion del golfo de Samaná, llamado por Colon *de las Flechas*.—Indecisiones; mal aspecto de los españoles.—Decidido rumbo á España.

Dejando el puerto de la Navidad á los 20° de latitud septentrional sobre los 66° de longitud al Oeste, se hizo á la mar la *Niña* remolcada por su bote en la mañana del dia 4, no impulsada á tal sistema de navegacion por calmas ó contrarios vientos, sino para mejor evitar los peligros que por algunas millas de estension ofrecen la entrada é inmediata costa de aquel paraje. De suponer es que así como sus velas se desplegaron se puso la proa en la direccion del Oriente, bien que sin abandonar la costa, pues á favor de su continuacion por dicho rumbo queria el Almirante practicar algunos reconocimientos antes de apartarse de ella definitivamente.

En tal concepto vió el puerto del *Guarico*, á cuyo cabo llamó *Santo*, y algunas millas separado mas al Este el famoso promontorio á que puso y conserva el nombre de *Monte-Cristi*; y porque el viento arreció por la proa, de suerte que la navegacion era difícil, juzgó conveniente el Almirante recogerse al puerto que del lado occidental de dicho promontorio existe, en el cual hubo de entretenerse hasta cuarenta y ocho horas.

Hízose al mar otra vez la carabela cuando el sol comenzaba á dorar los topes en la mañana del 6 de enero, habiendo ordenado Colon que un marinero subiese á la gata ó cofa del palo mayor como constante vigía para avisar de los peligros que la costa ofreciese. De pronto el viento, que por el tránsito de algunas

Universidad Internacional de Andalucía

millas habia soplado favorable, volvió á cambiarse por la proa; pero cuando iban á comenzarse los sinsabores de semejante desventaja, otro acontecimiento regocijó los ánimos de la tripulacion, anunciado por el marinero que vigilaba los escollos, el cual gritó entusiasmado que por la proa se acercaba á todo trapo una carabela, que no podia ser otra que la *Pinta*. Cuanta espansion recibió con semejante nueva el comprimido espíritu del Almirante no hay para qué decirlo: baste saber que reprimió cuanto cabe en humano disimulo su bien fundado enojo, y que recibió á Martin Alonso con las muestras mas simpáticas de verdadero afecto, sin desechar ni siquiera en la apariencia las estudiadas palabras con que el marino español trató de disculpar sus bastardos procederes. Es verdad que no de otro modo pudiera obrar el Almirante, cuando por mas que su autoridad se respetase no hubiera sido fácil borrar las naturales afecciones que tan apartados lugares ligaban á los hijos de una misma patria, la cual no era la suya; y por lo tanto el inmediato castigo tras de inoportuno hubiera sido peligroso, y al comprenderlo así el Almirante y al aparentar en su semblante muy distintos afectos de los que en su alma devoraba, dió una prueba mas del tino especial que le caracterizaba en todas las circunstancias difíciles de su azarosa vida.

Porque el viento continuaba soplando del Este con bastante fuerza, siguiendo la propia condicion de los constantes que por allí reinan con mas frecuencia en las estaciones de otoño é invierno, ordenó el Almirante la vuelta á la bahía de Monte-Cristi, donde reproducidas y aceptadas de una parte á otra las disculpas necesarias sobre el apartamiento de la *Pinta*, solo trató de oir Colon cuáles habian sido los resultados de sus esploraciones. Estos no adelantaron nada á los del Almirante, puesto que la carabela de Pinzon al separarse no habia hecho otra cosa que vagar por aquellos mares en busca de la supuesta Babeque, hasta que los indios que llevaba consigo le condujeron á la costa mas oriental de la isla Española: allí hubo de adquirir ciertas cantidades de oro, que repartió el capitan por mitad, adjudicándose á sí una parte, y la otra divisible entre todos sus súbditos, y tomando ademas en otro puerto cercano, sobre quince leguas de la Trinidad, á varios indígenas y dos muchachas á que el Almirante tuvo por conveniente dar libre suelta, bien vestidas y agasajadas para que á su morada se volviesen.

En los dias que ambas carabelas permanecieron dentro de la bahía de Monte-Cristi, que fueron desde el 6 al 9 de enero, ni se distrageron los cuidados ni las manos se dieron al descanso; puesto que habiéndose advertido algunas averías en el casco de la *Niña*, ordenó el Almirante que se calafatease cuanto permitian los utensilios existentes, y las seguridades desear pudieran. A la par tambien dispuso que se hiciese doble provision de agua y leña, y como al efecto subiesen los botes por el rio que los naturales llamaban Yaque, y observase el Almirante en sus arenas muchas partículas del metal codiciado, lo bautizó con el nombre de *Rio de Oro*, de la propia manera que se habia hecho con otro muchos años antes en las costas occidentales de Africa. Al presente aquel caudal no se llamaba sino *Rio*

Universidad Internacional de Andalucía

de Santiago. Tambien consignó en su diario la cándida credulidad del Almirante, que en aquella estancia habia visto sobre las ondas tres sirenas, no tan bellas como la antigua fábula las describe; pero el P. Las Casas juiciosamente opina que semejantes animales no serian otros que los *Manaties ó vacas marinas* (1) descritas por el naturalista é historiador Gonzalo de Oviedo.

Al fin, en la tarde del 9 se hicieron de nuevo al mar ambas carabelas, y despues de haber costeado y hecho escala en algunos puntos donde Pinzon se habia detenido á comerciar, montaron el *cabo del Enamorado*, que hoy se llama *del Cabron*, no sabemos por qué analogía, y surgieron un tanto mas allá en una dilatada bahía á manera de golfo de mas de tres leguas de ancho, y muy estendida tierra adentro, con una isleta en el centro.

Bien hubiera querido volverse al mar el Almirante en la mañana del 13, sin mas que haber anclado allí la noche antes, porque no contemplaba en tan abierta bahía, que no era otra cosa que el *golfo de Samaná*, suficiente seguranza contra los percances de una tormenta; pero el viento de tierra le faltaba, y en tal caso hubo de echar botes á la playa para tomar lenguas, si fuese posible, respecto á las condiciones locales del pais que á la vista se presentaba.

Saltaron en tierra con efecto algunos marineros y soldados españoles, é inmediatamente se presentaron á su vista varios hombres de la isla, de bien distintas condiciones que todos los que hasta allí habian tratado. Eran, en primer lugar, de desabrido continente y fiero ademan, que hacian mas imponente por el sucio adorno con que se desfiguraban, puesto que todo el rostro y mucha parte del cuerpo pintado de carbon tenian, con los cabellos largos y ásperos mal recogidos sobre las espaldas, y ciertos prendidos de plumages brillantes á manera de penachos. Su siniestro aspecto se aumentaba con la circunstancia de venir armados, cosa no vista aun en aquellas partes por los nautas españoles; y sus armas consistian en arcos y flechas de delgados juncos, tan sútiles como duras y ofensivas, y de ciertas espadas de madera de palma, tan dura y pesada como el hierro, no afiladas sino anchas con dos pulgadas de espesor y capaces de enterrar con un golpe el yelmo de un guerrero hasta los sesos (2).

Escaso temor hubo de comunicar semejante espectáculo á los soldados españoles, y no era estraño que tal sucediese á los hijos de la guerra que habian medido sus armas, siempre triunfantes, con el bélico poder de los moros de Andalucía: asi fué, que sin otras precauciones ni mas alimento que la codicia, dirigieron sus primitivos cuidados á la pregunta consabida respecto á la existencia del oro; y porque los informes hubieron de halagar sus tendencias, pasaron á suplicar á uno de los indios que se trasladase á la carabela *Niña* para comunicar sus buenas noticias al Almirante. Hízolo con efecto el mas apuesto de aquellos

(1) Las Casas, *Historia de Indias*.—Oviedo, *Historia Natural de las Indias*, cap. 85.

(2) Id. id. cap. 77 del libro I. Irving. *Vida y Viajes de Colon*, tomo 1.° En la *Coleccion de Viajes* del señor Navarrete no se dicen las condiciones de dichas espadas por causa de un claro que se advierte en el original que le sirvió de pauta. Vide, tomo 1.°, página 135.

Universidad Internacional de Andalucía

salvages, el cual, en presencia de Colon, con gran desenvoltura esplicó á su manera que seria fácil coger en su pais pedazos de *Auob* (así nombraba el oro) tan grandes como toda la popa de la carabela. Con esto el Almirante le dió algunos manjares y bebidas que el indio tomó de buen grado: le colgó al cuello algunas cuentecillas, y bien agasajado y mejor servido se le volvió á la playa, sin que en su rostro se advirtiesen otras señales por semejantes demostraciones que las de la mas inalterable indiferencia. Con todo, al saltar en tierra previno á sus amigos que dejasen sus armas en señal de paz, asegurándoles de la bondadosa intencion de sus huéspedes.

No dejó el Almirante de recelar algun percance entre tan estrañas gentes, que desde luego supuso pertenecian á los caribes, y por lo tanto hizo prevenciones muy repetidas á los que á tierra iban de los soldados en número de siete, y dióles por guia ó caudillo á uno de sus pilotos, hombre de gran prudencia y no descorazonado en los casos de la guerra. Llevaban por especial encargo los españoles apoderarse, por via de cambios, de todas cuantas armas pudiesen de las que usaban aquellos indios, los cuales de buena voluntad vinieron en ceder hasta dos arcos y no mas: antes por el contrario, así que nuestros soldados hubieron de manifestar deseos de adquirir otros, se retiraron recelosos los indios al parage donde las habian depositado, y tomándolas apresurados volvieron en son de acometida contra los españoles, profiriendo en su idioma terribles amenazas.

A tan brusca insinuacion nuestros hombres de guerra contestaron con la espada desnuda, y otros disparando alguna ballesta, que de las armas de fuego no

Universidad Internacional de Andalucía

hicieron uso en aquella jornada, con lo cual los indios, no obstante ser allí en séstuple número, dieron á huir porque vieron herido en los pechos á uno de los suyos por una saetada: siguiéronlos en el alcance los españoles é hirieron á otro de una cuchillada en las nalgas; y mataran sin duda muchos de ellos á no oponerse el piloto que por caudillo iba interpretando dignamente las órdenes del Almirante, el cual, si por una parte hubo de sentir semejante rompimiento, no le pesaba del todo por las seguridades de respeto que tan suave victoria ofrecia á los que en el fuerte de la Trinidad habian quedado.

Al amanecer del siguiente dia se vió sobre la playa inmensa multitud de indígenas todos armados, como al parecer era su ordinaria costumbre, y al apercibirse Colon envió á tierra la barca con gran golpe de gente bien dispuesta á la pelea; pero esta vez los indios se acercaron con señales amistosas y comunicaron sin ódio ni temor con los españoles, en especial el que antes habia estado en la carabela, que á la sazon venia como práctico en la comitiva de cierto poderoso señor, que era el cacique de aquellas gentes (1). Manifestó este deseos de visitar al Almirante, que mejor resultado de aquella jornada no pudiera apetecer, y así fué conducido á la carabela con todo respeto, y allí obsequiado como era costumbre con personas de su rango. Ofreciéronse mútuas satisfacciones de una y otra parte, cambiáronse objetos, tomáronse informes repetidos que dieron por resultado algunas equivocadas noticias, y así llegó el momento de la despedida que tuvo lugar entre las mayores muestras de afecto.

Bien quisiera el Almirante salir inmediatamente de aquel malhadado golfo, siquiera considerando que en sus playas se habia derramado la primera sangre de los indígenas al impulso de las armas europeas, precisamente en el propio dia 13 que se cumplia un mes en que se habian echado con harto mejores auspicios los fundamentos de la comunicacion apacible entre isleños y españoles; que así la Providencia sella con un propio signo prósperos y adversos sucesos como si quisiera advertirnos por semejante medio la volubilidad y escasa consistencia de cuanto física y materialmente se ofrece á la contemplacion de nuestro cálculo. Pero los vientos contrarios le entretuvieron hasta el dia 16, en cuya mañana las brisas de tierra le favorecieron un tanto, dándose por consiguiente á la vela para abandonar el golfo de Cumaná, á que por la reyerta allí habida bautizó con el nombre de *Golfo de las flechas*.

No obstante que era el ánimo irrevocable de Colon el de continuar la vuelta de España, cuyas playas deseaba pisar para asegurar eternamente el fruto de tantos años de afanes y disgustos, todavía quiso visitar la isla de los caribes que los naturales de Cumaná le habian indicado hácia el Sud-Este, como tambien la isla de *Mantinino*, que por la mala inteligencia de los indios que la esplicaban

(1) Créese que era el que algunos años despues aparece en la historia de la isla Española con el nombre de *Mayonabex*, conduciendo en los trances de guerra, como principal y mas animoso caudillo, á los indios *ciguayanos*. Irving. *Vida y Viages de Colon*, tomo 1.°

Universidad Internacional de Andalucía

y de los intérpretes que la repetian, se supuso poblada únicamente de mujeres (1). Pero aunque algunas veces torció las proas de sus buques dispuesto á buscar ambas originales moradas, con ánimo de presentar á los Reyes Católicos habitantes de una y otra; como quiera que los vientos se negaran en ocasiones á facilitar su navegacion, y además la intranquilidad de espíritu cundiese entre las tripulaciones ya dominadas por la idea constante de resucitar en el antiguo mundo, abandonó aquellos propósitos, que en todo caso no hubieran hecho mas que adelantar el descubrimiento de la isla de Puerto-Rico.

Por lo demás, las dos carabelas hacian agua en abundancia, de suerte que el peligro crecia á medida que el regreso se dilataba, y la *Pinta* se resentia tambien de tener roto el palo mayor, con lo cual habian declinado grandemente sus mejores condiciones marineras: de suerte que echando Colon en la balanza de sus encontrados deseos tan considerables circunstancias, viró decididamente con rumbo á nuestra península en el mes de enero, con lo cual renació la confianza en los semblantes y se conjuró la tempestad que comenzaba á anunciarse en los celajes de la duda, que empañaban el adusto semblante de marineros y soldados.

(1) Para esplicar semejante fenómeno dicen los historiadores que admitian entre ellas á los caribes una vez cada año, y si el fruto que de su comunicacion resultaba era varon, luego se lo llevaban á la isla en que sus padres vivian, pero si era hembra quedaba con las mujeres.

Universidad Internacional de Andalucía

CAPITULO XIV.

Espansion de afectos sentidos por las tripulaciones al poner las proas al Oriente.—Calmas y vientos contrarios en la region de los fijos.—Diversos resultados en los cálculos de los pilotos y exactitud en los del Almirante.—Terribles tempestades.—Desaparicion de la Pinta entre la tormenta mas espantosa.—Promesas y clamores.—Destino de Colon en los sorteos de romerías religiosas.—Repónese la aguada de la Niña con agua salada, y efectos de esta medida.—Continúa la tempestad infundiendo graves temores de un próximo naufragio.—Precauciones del Almirante para hacer llegar á noticia de los Reyes Católicos los resultados inmensos de su viaje.—Descúbrese tierra por la proa; grandes dificultades de alcanzarla.—Arribo á la isla de Santa María.—Siniestro proceder de sus habitantes.—Esplicaciones y amenazas.—Continúa la tempestad y se da al mar la carabela con solo la mitad de su equipaje.—Segunda recalada en Santa María.—Diverso proceder de los isleños; recupérase la gente detenida.—Vuelve al mar la carabela en medio de un temporal deshecho.—Nuevos cuidados al avistarse la costa portuguesa.—Feliz arribo al puerto de Rastello en las aguas del Tajo.

Desde que comenzó á declinar el dia 16 de enero, puede decirse que emprendió el Almirante su derrota á España con ambas carabelas, pues hasta entonces todavía sus inclinaciones se dirigian mas ó menos á la curiosidad, segun se le despertaban los indios con su mudo y casi siempre equivocado lenguaje. Al poner definitivamente las proas en la direccion de Oriente, fué inesplicable el gozo de los equipajes: marineros y soldados manifestaron su entusiasmo con lágrimas de gozo, y unos levantando el corazon á Dios, y otros poniendo en los objetos mas queridos de la vida el agitado pensamiento, dieron gracias simultáneamente al Supremo espíritu que dirige las intenciones, y al bondadoso Almirante que secundaba sus deseos.

Continuóse pues la deseada navegacion bajo la influencia de los vientos constantes, cuya direccion tan favorable habia sido á la flota cuando al descubrimiento navegaba, pero que al presente no podia menos de retrasar por algunos dias el ansiado arribo á las costas españolas. Al fin, sin ocurrencia notable en el tránsito, y despues de haber subido hasta los 38.° de latitud N., venciendo el considerable trecho en que dichos vientos fijos imperan, las brisas comenzaron á mostrarse mas prósperas á la navegacion, y pudo marcarse el rumbo á España mas directo y desembarazado. Fué esto cuando los primeros dias de febrero estaban pasan-

Universidad Internacional de Andalucía

do, de suerte que en la mañana del 4 las proas marcaban con toda exactitud el rumbo de Occidente á Oriente, y en todo aquel dia no avanzó la espedicion menos de diez y nueve leguas desde sol levantado á sol puesto, no obstante las calmas con que hubieron de sustituirse los vientos constantes de los trópicos.

Mientras que mayores cuidados no cautivaron los ánimos de pilotos y marineros, fué el objeto constante de la travesía comparar el resultado que arrojaban de sí las observaciones astronómicas y los cálculos de estima, para inferir el punto que los bajeles ocupaban en la estension del Occéano. Y por los cambios frecuentes de rumbo que se habian operado hasta fijarlo directamente á las costas españolas, advirtióse tal desconcierto en los resultados distintos de las respectivas observaciones, que apenas hubiera sido posible á ninguno de los mas espertos navegantes de la flotilla volver con seguridad al punto de donde habian salido. Unicamente Colon, siempre atento al curso de los astros, á las señales características de las aguas, á la direccion de los vientos y á cuantos objetos en semejantes observaciones ofrecen punto de partida al esperto marinero, que no al alcance de la gente vulgar pudieran ofrecerse, apuntó con tanta exactitud las distancias y las situaciones, que bien pudiera con su libro de estima haberse trazado la mas verdadera carta que en aquellos tiempos se hubiera conocido.

Con semejantes auspicios continuaron su navegacion sin otra novedad hasta el dia 12 de febrero, en que la mar comenzó á levantarse y los vientos hubieron de soplar con estremada violencia. No podia convenir gran cosa á las dos carabelas semejante percance por el mal estado de su respectivo buque y aparejos harto averiados despues de tan largas y constantes travesías; pero sin duda habia de cumplirse el destino en todas sus condiciones, como si pretendiera amenazar á los atrevidos nautas por haber quebrantado el secreto constante de tantos siglos con inconveniencia de la humanidad, bien que á los progresos de la civilizacion hubiesen comunicado maravilloso impulso. En todo el dia 12 se acrecentaron las zozobras, bien que por no chocarse, opuestos los arranques del mar ni la impetuosidad del viento, continuaran sin perder el rumbo ni otros cuidados que los de acortar velas tanto como el temporal aconsejaba; pero al declinar la tarde fueron ya mas características las señales de próxima tempestad, anunciadas por el N.-N.-E. con tres relámpagos, al parecer mensajeros de próxima muerte, en pró de los cuales se amontonaron sobre tan frágiles bastimentos inmensas quebradas montañas de agua que amenazaban sepultarlos para siempre en los abismos del Occéano. Y como los vientos se agitasen furiosos y encontrados, de suerte que todo rumbo era imposible, dejáronse correr las carabelas á palo seco en aquella terrible noche á merced de la tempestad, que las trabajó implacable en alas de su infernal desenfreno.

Por fin al amanecer del dia 13 dejaron los abismos de agitarse para ascender á la superficie, y las carabelas hubieron de reposar un tanto de los fuertes temores; pero cuando apenas la mente comenzaba á calcular los peligros pasados, se reprodujeron mayores, por lo que fueron mas pertinaces, pues duraron hasta la

Universidad Internacional de Andalucía

mañana del 18, sin permitir á los tripulantes de aquellos frágiles bastimentos el mas ligero descanso.

Cuantos sustos y contratiempos, ofertas é invocaciones tuvieron lugar en ambas carabelas en tantas horas de zozobra, fuera difícil esplicar por lo difícil que es á la vez recoger tantas y tan variadas sensaciones: bastará decir, que toda esperanza humana se perdió entre el grito de muerte que las encrespadas olas proferian á coro con los encontrados vientos, y que si se levantó á Dios la consideracion del precito, sin duda fué para obtener preferente lugar en la mansion de los justos, cuando el espíritu se desprendiese audaz del cuerpo en el crítico trance de la muerte, que como infalible se esperaba.

Sin embargo; en las tempestades y en los naufragios siempre hay una esperanza sublime que mitiga la tribulacion de las víctimas: el consuelo de la religion, que como el flotante mástil sirve de ayuda para alcanzar una playa salvadora. Dirigiéronse, pues, los ánimos á la suprema Providencia, que de justa blasonaria dando seguro puerto á los afligidos equipajes, siquiera por lo que de nuevo tenian las circunstancias de aquella espedicion, y apenas hubo desde entonces un solo marinero que no creyese infalible la próxima apetecida bonanza y el arribo seguro al inspirado puerto. En tal estado propuso el Almirante *sortear un romero* (1) entre los que su carabela tripulaban, para ir en santo tributo á ofrecer un cirio de cinco libras á la vírgen de Guadalupe; y como todos se conviniesen, luego se pusieron dentro de un gorro tantos garbanzos como hombres habia embarcados en la Niña, marcando en uno de aquellos la señal de la cruz, para que el que lo sacase cumpliese la penitenciaria oferta. Por mas autorizado hubo de ser primero el Almirante, quien metió la mano en el gorro con tal destino, que á él cupo el garbanzo cruzado, como si por la osadía de su atrevida concepcion impusiera el cielo á su propia persona el desagravio de las culpas que mas tarde habian de cometerse en la tierra vírgen.

Siguiéronse otras varias ofertas, que en el peligro se prodigan siempre, y finalmente, toda la tripulacion se comprometió ante Dios solemnemente á ir en pública procesion descalzos y desnudos á dar gracias á la Santísima Vírgen, donde quiera que tomasen tierra, á la primera iglesia en que se venerase la imágen de aquella inmaculada señora. Ya se deja conocer, por la abundancia de ofrecimientos piadosos, cuanto acrecerian los peligros en aquellos dias de prueba, como que el mar se levantaba de su natural asiento en gigantescas montañas, como en las tierras mas altas no se conocian, rompiéndose con estrepitoso rugido al rededor de aquellos frágiles maderos, y los vientos soplando encontrados con una violencia infernal, los arrancaban de su líquido elemento algunas veces para precipitarlos despues con mayor furia contra las sañudas ondas.

En la noche del 13 se pronunciaron mas frecuentes las rachas del Sur, con tanta fuerza, que ningun trapo era posible conservar en los trabajados mástiles:

(1) Así dice el original de la relacion del obispo Fr. Bartolomé de Las Casas, que existe manuscrita en el archivo de los duques del Infantado. Por el testo ya se deja conocer su actual significado.

Universidad Internacional de Andalucía

con todo, la carabela del Almirante trató de conservarse cuanto pudo manteniendo el rumbo N.-E., á fin de aproximarse á las costas españolas, y lo mismo hubo de ordenar por medio de faroles á la Pinta; pero esta por debilidad de su palo trinquete no pudo mantener el viento, y tuvo que correr con el temporal hácia el N., perdiéndose sus luces bien pronto en la espantosa oscuridad de aquella larguísima noche. En vano tendió la vista el Almirante por aquella larga estension del Atlántico, tan pronto como la luz del dia se dejó sentir en los cansados ojos: el mar estaba desierto, sin mas compañía que la tempestad, y todos los marineros de la frágil carabela enjugaron una lágrima de pesar por el supuesto naufragio de la Pinta.

Cuando sobre las elevadas cumbres de aquellas líquidas montañas comenzó á levantarse el sol en la mañana del 14 de febrero, arreciaron los huracanes tanto como puede comprenderse despues de la mas exagerada violencia, de manera que los ánimos declinaron suponiendo que la constancia del temporal duraria todo el tiempo necesario para que la carabela al fin se sumergiese. En tal estado, y para esforzar en lo posible la humana resistencia, ordenó Colon que se repusiese la aguada del buque llenando las pipas vacías de agua salada; y en verdad que semejante recurso, llevado á cabo con imponderables trabajos, mejoró grandemente las condiciones del bastimento, cuya falta de lastre se habia dejado sentir de una manera harto peligrosa. Terminada esta operacion se subió el Almirante al castillo de popa, y tomando la resignacion necesaria en tan apurado trance, quiso escribir compendiada la historia de su descubrimiento para hacerla sobrevivir al ya esperado naufragio. Dirigíala en una carta escrita á los Reyes Católicos, con tan confusa aglomeracion de pensamientos como suele tener el reo á quien se conceden apenas algunos instantes para despedirse de todos sus mejores afectos. Allí se acordó de la gloria que circundaba su nombre, de la orfandad de sus hijos, del sarcasmo de sus detractores y del fruto perdido de tantos trabajos: pensaba en la tierra vírgen, arrancada á los secretos de la naturaleza en un momento de feliz inspiracion, para adornar como su perla mejor la diadema que brillaba en las sienes de Isabel I, y perdida para siempre en el entonces proceloso mar de sus mejores esperanzas. En fin; terminada la carta y con ella una súplica muy reverente para que el que la encontrase se sirviera, sin abrir el sellado pergamino, presentarla á los Reyes Católicos de España, no sin ofrecer por semejante servicio, un premio considerable en nombre de la corona de Castilla; lo envolvió primero en un pedazo de hule, despues en una torta de cera, y finalmente en un barril vacío y perfectamente calafateado, el cual arrojó al mar con la seguridad de que algun dia una mano bondadosa llegaria á recogerlo. Pero por si acaso tal memoria no tuviese la dicha de alcanzar feliz destino, la repitió incontinenti con las propias condiciones, y colocó el segundo barril sobre el castillo de popa, para que en el caso esperado de zozobrar el buque quedara flotante el segundo mensaje, con cuyas precauciones descargó grandemente su pensamiento el Almirante, y volvió con serenidad á los cuidados de la tormenta.

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

D. LUIS DE REQUESENS

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

Cuando empezó á rayar el crepúsculo matutino del dia 15, Ruiz García, marinero de la tripulacion, gritó *tierra por la proa,* en ocasion en que la carabela seguia el rumbo de E.-N.-E. Y ¿cómo podríamos interpretar el entusiasmo que semejante nueva comunicó á aquellas gentes atribuladas?... Baste decir que casi abandonando las maniobras todos alzaron con el pensamiento las manos á Dios en accion de gracias por el beneficio que les dispensaba, mostrándoles en tan apurado trance los estremos del viejo mundo que con singular osadía habian abandonado.

Mientras así manifestaban su gozo los simples marineros y soldados, se agitaban hácia la popa del buque los cálculos mas discordes respecto á la tierra que delante se tenia, como que entre los pilotos se dividió la opinion, creyendo unos que estaban delante de la isla de la Madera, y otros en frente de la roca de Cintra cerca de Lisboa. Mas exacto el Almirante supuso bien que sobre los 38.° de latitud occidental á que habia ascendido en su derrota, la tierra en cuestion no podia ser otra que una de las islas Azores; y con efecto su cálculo se justificó cuando á fuerza de trabajos pudo surgir el dia 18 dentro de una cala que ofrecia contra la consecuente tempestad harto inseguro puerto: como que al enviar el bote á tierra se averiguó que estaba la combatida y tan mermada espedicion en la isla de Santa María.

Allí fueron los escesos de admiracion que sus habitantes manifestaron, primero al considerar la maravillosa salvacion de un buque tan débil en medio de

Universidad Internacional de Andalucía

un huracan tan espantoso, y despues cuando supieron la índole de tan singular viaje; trastornaron con efecto á preguntas á los marineros que en el bote acertaron á ir á tierra, y despues se ofrecieron gustosos con sus provisiones para refrescar las ya bien escasas de la carabela. Por la tarde tres isleños acudieron á ella con mensage del gobernador de la isla, Juan de Castañeda, portugués de siniestra intencion, que en las protestas de su amistad no enviaba otra cosa al almirante que la seguridad de su infamia, ofrecia trasladarse en persona á dar el parabien al famoso nauta cuando la mañana del 19 se levantase, y entre tanto le brindaba con todo lo que en la isla se poseia. A fuer de agradecido hospedó y obsequió el Almirante por toda aquella noche á los tres mensageros, y al amanecer del dia siguiente los despidió satisfechos con sínceras muestras de reconocido afecto. La cordialidad que debian esperar los españoles en aquella isla hospitalaria bien pronto hubo lugar de averiguarla, para mengua del gobernador que tan siniestramente procedia, y no gran crédito de los civilizados hijos del viejo continente. Singular contraste ofrece á la consideracion filosófica la despedida fraternal y no mentido sentimiento que aconteció al separarse Colon de la Isla Española entre sus indígenas y nuestras gentes, y el franco recibimiento que se hacia á los hijos de una madre comun, en las dependencias de su propia tierra.

Prestó la ocasion aquel voto que en el rigor de la tormenta habian hecho los tripulantes de la Niña, de ir descalzos y desnudos á dar gracias á la Vírgen en la primera tierra que pisasen, cuya promesa quiso Colon que se cumpliese inmediatamente, como buen cristiano y reconocido marino. Al efecto salió á tierra en la forma susodicha mitad de la tripulacion, dirigiéndose á un santuario que no muy lejos de la playa habia, al cual ya de antemano habia acudido un sacerdote para decir misa á los espedicionarios; pero cuando estos estaban con todo recogimiento en lo mejor de sus oraciones, se vieron cercados y rendidos por algunas gentes de la isla, á quienes el mencionado gobernador acaudillaba. Entretanto aguardaba impaciente el Almirante que la mitad de sus súbditos regresase á la carabela para dar él con la otra mitad completo término á la religiosa promesa; pero como ya hubiesen pasado algunas horas y su gente no volviese, temió con fundamento alguna mala accion, por la enemiga que los portugueses de la córte le habian cobrado en sus primeras negociaciones.

El crédito de su cálculo no tardó mucho en apoyarse sobre sólidos fundamentos, como que varios hombres armados se acercaron luego en el bote de la carabela, y Colon dió las oportunas órdenes para recibirlos dispuesto á los percances de un choque sangriento. Entre los tripulantes del bote venia el gobernador Castañeda que á muy larga distancia tuvo la osadía de exigir seguridades personales para él y para los que le acompañaban: ofreciólas el Almirante con tal doblez como con él se usaba; pero el gobernador no quiso por entonces desmentir su natural portugués, todo receloso, y á las amistosas demostraciones se siguieron las esplicaciones primero de poder á poder, y luego, por la estravagante arrogancia de Castañeda, los insultos y las amenazas. Con esto el bote se volvió

Universidad Internacional de Andalucía

á la playa: y el Almirante, falto de brazos para hacer frente á los cuidados de la tormenta, que otra vez volvió á arreciar en la mañana del 20, tuvo que darse á la mar con direccion á las islas mas septentrionales de aquel grupo, por si en ellas podia alcanzar mejor surgidero.

Al fin, despues de tres dias contínuos de zozobras tornó la carabela al anclage de Santa María en la tarde del 22 de febrero, y no bien fué vista por los de la isla, cuando el bote se le aproximó trayendo á bordo dos sacerdotes y un escribano. Despues de las formalidades que las circunstancias exigian subieron á la carabela, y con modo harto mas compuesto que en la anterior entrevista, suplicaron á Colon que les mostrase las patentes y órdenes de los reyes de España; porque si ellas fueran tales que bastasen á borrar ciertas sospechas que por allí se tenian de siniestras gentes, el gobernador estaba dispuesto á devolver, con las mayores satisfacciones y agasajos, los prisioneros que en su poder tenian. No se ocultó á Colon cuanto aquel mensage envolvia de arrepentimiento; y así, reprimiendo su indignacion, vaciló poco en satisfacer la curiosidad de los isleños, con lo cual recobró inmediatamente sus marineros y su bote, mas algunas provisiones de que ya tenia muy sensible falta.

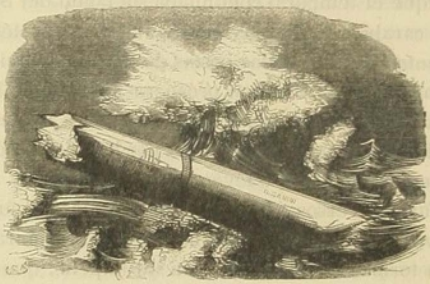
Con esto y porque el temporal continuaba soplando del Sur sin permitir segura estancia á la carabela en la playa de Santa María, antes bien, que pudiera favorecer un tanto su rumbo á las costas de España, volvió á darse á la mar aquel frágil bastimento el dia 24, con próspera navegacion hasta el 27; pero como si aun no estuviera bien purgada la osadía de los nautas, ó mejor porque la Providencia quisiera castigar su regreso por los resultados que de producir habia, comenzó de nuevo la mar á levantarse estrepitosa, y los vientos volvieron á soplar con furia adversos ó encontrados. Torcióse el ánimo otra vez á las plegarias, y otra vez se sortearon romerías en que el Almirante salió penitenciado, mientras la tormenta continuaba con tal ímpetu, que en la noche del 2 de marzo una ráfaga hirió súbitamente el buque rasgándole todas sus velas, de suerte que durante muchas horas tuvo que correr aquel mar proceloso á palo seco, en medio de otro mar que del cielo se desprendia, formando siniestro concierto con prolongados truenos y continuadas exhalaciones.

Al fin, en medio de tanto desconsuelo, y cuando la noche del 3 comenzaba á cerrarse, algunos marineros á la par gritaron *tierra;* pero esta novedad que en otra ocasion hubiera calmado todos los cuidados, en la presente no sirvió mas que de doble peligro por los que debian temerse de ser estrellados contra alguna roca de la costa. Así fué que el Almirante mandó recoger la poca vela con que el buque navegaba, y hacerse á la mar cuando fuera posible; hasta que en la mañana del dia 4 se reconocieron en frente de la roca de Cintra, á la entrada del Tajo. Todavía en tan favorable situacion fueron infinitos los trabajos con que toda la tripulacion hubo de conseguir el arribo en frente de Rastello, el cual tuvo lugar á las tres de la tarde en medio de las mas vivas aclamaciones de los habitantes de aquella playa, muchos de los cuales habiendo observado desde

Universidad Internacional de Andalucía

primera hora los peligros de la carabela, no quisieron apartar la vista del bastimento ni de Dios el corazon, hasta que la vieron completamente en salvo.

Así volvió á sentar la planta en el viejo mundo, el hombre eminente que mas ilustró el reinado de la primera Isabel, á los siete meses cabales de haberlo abandonado, sufriendo en su viaje de ida á la tierra vírgen todos los disgustos de la duda y de la insubordinacion, como si un poder sobrenatural se opusiera al descubrimiento; y en el de regreso los sinsabores y peligros de los mas turbulentos huracanes, que semejaban á celestiales amenazas. Con todo: el destino habia marcado la hora de la universal comunicacion, y por el arribo de la Niña á las costas de Portugal, no tardó en derramarse la gran novedad de la época por todos los ámbitos del mundo.



Universidad Internacional de Andalucía

CAPITULO XV.

Sorprendente efecto que causa en Portugal el arribo de Colon y las noticias de su descubrimiento.—Envia este embajadas á los reyes Católicos y á D. Juan II.—Repetidas visitas que recibe la carabela.—Honores dispensados al Almirante por los dignatarios portugueses.—Envia el rey D. Juan mensage á Colon, y este se resuelve á pasar á la córte lusitana.—Honores y distinciones reales que se le prodigan.—Vuelve á su carabela el Almirante.—Siniestros é innobles consejos que el rey D. Juan escucha á los émulos de las glorias españolas.—Preparativos de una espedicion portuguesa contra las tierras descubiertas.—Sale de Portugal la carabela con rumbo al S., y con próspera travesía monta el cabo de San Vicente y dá fondo en la barra de Saltes.—Arribo de la Pinta al mismo puerto de Palos.—Noticias relativas á Martin Alonso Pinzon.—Regocijo y manifestaciones públicas.

Todos los cuidados del tránsito tornáronse satisfacciones tan luego como cundió la voz de arribo de la carabela, de las condiciones del viaje y de la calidad de su gefe. No obstante los muchos años que habian trascurrido desde que Colon abandonara fugitivo los estados del rey don Juan II, apenas habia un portugués entre los navegantes que no tuviera noticias mas ó menos exactas de aquel famoso proyecto, cuya estravagancia era proverbial desde que el bastimento enviado secretamente á esplorar el Atlántico, habia vuelto escaso de nuevas sensaciones y abundante de averías. En tal concepto ya se deja suponer cuanta curiosidad provocarian las nuevas y efectos del descubierto territorio, y cuanto necesitarian los incrédulos tocar por sí mismos la realidad para no persistir en su añeja desconfianza. Visitaron con efecto al Almirante tantas y tan variadas gentes como no podia contener la carabela sin grave riesgo de zozobrar en el mismo puerto que á su salvacion se habia ofrecido. Pero entre tantas satisfacciones hubo de llamar á la puerta de sus cuidados un mensaje que nada de particular tenia, y que sin embargo se ofreció ofensivo á su dignidad y á su rango. Existia en la bahía de Rastello un gran navío de guerra perteneciente á la corona de Portugal, y su capitan don Alonso de Acuña, hubo de requerir á Colon para que se trasbordase á él con ánimo de interrogarle. La contestacion del Almirante, tan digna como decorosa, torció

Universidad Internacional de Andalucía

inmediatamente el rumbo de la cuestion á muy satisfactorios resultados, pues no bien se hubo enterado el capitan portugués de la calidad de Colon como Almirante de SS. MM. los reyes de España, empavesó su navío, y guarneciendo su bote de escogida honorífica escolta, tuvo por muy justo trasladarse á la humilde carabela para ofrecer sus respetos al mas esperto marino que en el mundo se hubiera imaginado. El Almirante se esmeró á la vez en recibir con las mayores atenciones al digno huésped que á su bastimento venia, y los acordes de algunos clarines, pífanos y atabales que consigo llevaba el capitan portugués, prestaron doble armonía á los que se cruzaron, finos saludos y obsequiosos ofrecimientos.

Entre tanto, y como primer cuidado del famoso nauta, marchaban ganando horas dos mensajes que habia dirigido, uno á sus reyes y señores adoptivos los monarcas de España, dando cuenta de su milagrosa llegada, y otro al rey de Portugal suplicándole el competente permiso para trasladarse con su buque al puerto de Lisboa.

El rey don Juan no pudo menos de admirar el acontecimiento con singular entusiasmo, bien que á la par acometiese á su alma gran caudal de remordimientos, por haberse despojado tan incautamente de la parte de gloria que en él debiera haberle cabido, pues no hay duda que todos los descubrimientos hasta entonces verificados por sus súbditos quedaban eclipsados ante la inmensa trascendencia del que Colon habia ofrecido antes á él que á ningun monarca de la Península. La grandeza de espíritu que le caracterizaba apartó sin embargo de su sorprendido ánimo toda pasion que noble no fuese, y con muestras de muy especial afecto, en una su carta real consignadas; contestó al Almirante suplicándole que fuese á verle á la córte de Valparaiso, donde á la sazon residia, á unas nueve leguas de Lisboa. Al propio tiempo el célebre monarca portugués espidió las órdenes convenientes para que en el tránsito se prodigaran las mayores deferencias y cuidados á su ilustre huésped, el cual, acompañado del portador del pliego, caballero D. Martin de Noroña, salió para la córte lusitana en la tarde del 8 de marzo.

Su entrada en Valparaiso al siguiente dia fué régia, como que la flor y nata de los caballeros portugueses salió á recibirle, y entre sus filas fué conducido al palacio real, no sin obtener en el tránsito las mayores muestras de veneracion y respeto. Por lo que hace á la entrevista con D. Juan, no pudo ser mas decorosa: el rey salió á recibirle á la puerta de su cámara, y no permitió escuchar la narracion de su viaje sin que antes el Almirante hubiese tomado asiento á su lado. De cuando en cuando, y para no perder ninguna circunstancia especial de las que caracterizaban aquel feliz descubrimiento, interrumpia el monarca la narracion con preguntas oportunas que justificaban el buen concepto de entendido que entre los sábios de su época gozaba; pero en una de ellas hubo de revelar algo mas que una mera curiosidad, puesto que provocando la cuestion de límites, respecto al dominio que recientemente le estaba concedido por una bula pontificia, hubo de dar á conocer el deseo que le acosaba de adjudicar á su co-

Universidad Internacional de Andalucía

rona alguna parte considerable de aquel feliz descubrimiento (1). Así fué que sus preguntas se encaminaron muy directamente al conocimiento de la situacion geográfica de los nuevos paises, y por mas que Colon se esmeró en afirmarle con claros argumentos cuánto se apartaban de los concedidos á Portugal por la bula de Martino V, no se tranquilizó el ánimo real en semejante cuestion por todo el resto de su vida, no obstante haber dicho graciosamente á Colon que no habria menester de terceros para resolverla en buena armonía.

Con todo: habia en la córte del rey D. Juan, como en todas las córtes, embozados enemigos de la grandeza real, que mas la humillan cuanto mas fingen ensalzarla por medio de siniestros consejos al monarca dirigidos, y estos que en gran número eran de los antiguos opositores al proyecto, se esmeraron al presente en ponderar la arrogancia insultante de Colon, á la par que fomentaban la seguridad de los derechos á la nacion portuguesa adheridos. El rey, por su parte, mal curado del pesar que los celos de semejante grandeza le causaban, daba oidos favorables á cuantos proyectos se inventaban para hacerse dueño y señor de las tierras descubiertas, bien que rechazase como inícuo el asesinato de Colon, que hubo de proponerle con villanas palabras alguno de sus torpes consejeros. Por lo pronto se adhirió al de enviar inmediatamente una poderosa escuadra bien provista de armas y pertrechos, por si acaso, como era probable, tenia que afrontar los percances de una guerra con los soldados de España; y en tanto que el Almirante caminaba satisfecho de regreso á su carabela, y visitaba de paso á la reina de Portugal en el monasterio de San Antonio de Villafranca, se cruzaban las disposiciones mas terminantes del armamento, se daban patentes de pension y se nombraban capitanes para concurrir á la mas injusta agresion que en palaciegos conciliábulos pudiera concebirse: esto con el secreto que en las torpes negociaciones suele guardarse, para que ni aun remotamente pudieran apercibirse los españoles hasta que el golpe estuviese asegurado.

Volviendo la atencion al objeto principal de nuestro relato, que no en siniestros manejos debemos parar la mente como no sea para condenarlos, conviene saber que el Almirante se dió á la mar el dia 13 de marzo á las ocho de su mañana, el propio dia precisamente en que se cumplia un mes que se habia perdido *La Pinta;* dos que se verificara el primer combate entre indios y españoles; tres

(1) A instancia y solicitud que el célebre infante D. Enrique de Portugal habia hecho á Roma pocos años antes de su muerte, ocurrida en el año de 1460, el papa Martino V concedió que todo lo descubierto y que se descubriese desde el Cabo de Bojador hácia el Mediodia, hasta las Indias Orientales, fuese de la corona de Portugal, cuyo breve confirmaron despues otros sumos pontífices. (Véase á Barros *Da Asia*, década I, lib. I.—Martinez de la Puente, *Comp. de las hist. de la India*, lib. II, cap. II.—Freire, *Vida del Infante*, lib. III y IV, etc.) Despues, en 1479, cuando se concertaron paces entre las coronas de Castilla y Portugal, para dirimir las diferencias que se habian suscitado respecto á la posesion de las islas Canarias, se acordó que el trato y la navegacion de la Guinea y de la Mina del Oro y la conquista de Fez, quedasen esclusivamente para Portugal, y todas las islas Canarias conquistadas y por conquistar, para la corona real de Castilla. (Zurita, *Anales de Aragon*, part. I, lib. X.—Viera, *Historia de Canarias*, lib. VII.—Montero, *Historia militar de las islas Canarias*, tomo I.) Como se sigue de lo dicho, en nada se rozaba el descubrimiento de las Indias Occidentales con las concesiones pontificias hechas á los portugueses: sin embargo, objeto fué aquel de largos litigios, que en ocasiones hubo necesidad de resolver con la fuerza de las armas.

Universidad Internacional de Andalucía

cion de alta política la oportunidad con que los monarcas españoles precipitaban el envio de nuevas fuerzas á las tierras descubiertas, para prevenir y contrarestar los procederes de cualquiera nacion rival que quisiera anticiparse, renunciando á las inmediatas brillantes narraciones que en otra cualquiera córte hubieran cautivado esclusivamente la atencion, ligando los brazos á los mas urgentes procederes.

Al fin, Colon cumplió en Sevilla los primeros mandatos de los Reyes Católicos en medio del concierto universal, manifestando mas particularmente en el entusiasmo con que todo el mundo concurria á la felicitacion del armamento; y cuando juzgó que su presencia no era indispensable á los trabajos, se puso en camino para la capital de los antiguos ponderados condes, acompañado de una muchedumbre de caballeros y sirvientes, con seis de los indios en las carabelas traidos, y todos los objetos raros importados del Nuevo-Mundo.

Las manifestaciones que recibió en el tránsito el Almirante, fueron tales cual personaje alguno pudiera obtenerlas: y no de otro modo nos seria lícito espresarlas á la inteligencia, que trasladando á nuestras páginas la elocuente narracion que de aquel viaje nos hace un autor muy ilustrado y frecuentemente verídico. «Habia resonado, dice, por toda la nacion la fama de aquel suceso; y como el célebre nauta pasaba su camino por algunas de las mas bellas y pobladas provincias de España, parecia su viaje el de un soberano. Por donde quiera que iba llenaban los habitantes de los paises circunvecinos los campos y los pueblos, y en las grandes ciudades las calles, las ventanas y los balcones, estaban cubiertos de espectadores entusiasmados que herian los aires con sus aclamaciones. Impedian de contínuo la prosecucion de su viaje las multitudes que le rodeaban, deseosas de ver á él y á los indios, escitando la apariencia de estos tanta admiracion como si fuesen naturales de otro planeta. No podia satisfacer la viva curiosidad que por todas partes le asediaba con innumerables preguntas, porque el rumor popular habia, como suele, exagerado la verdad, llenando el recien hallado mundo de toda especie de maravillas.» (1).

Al fin, entró Colon en Barcelona el dia 3 de abril, cuando ya pasaba de un mes que en aquella residencia provisional de los monarcas se estaban haciendo régios preparativos para recibirle con pompa de soberano, á la que concurrió con sus encantos un dia brillante de la mas suave primavera. Precedian los indios la comitiva con los adornos salvages de toscas pinturas que solian ostentar en su cuerpo, y algunas láminas de oro; despues varios pages y escuderos eran conductores de los pájaros mas raros de las Indias descubiertas: de diademas, brazaletes, caretas de oro y demas objetos de lujo que los caciques de la Española habian regalado al Almirante, y de varias plantas que por esquisitas se habian tomado: y por último, cercado de una brillante comitiva que de todas partes se apresuraba á felicitarle, cerraba la marcha Colon con grave apostura y aunque

(1) Irving. *Vida y viajes de Colon*. Tomo I, traduccion española de García de Villalta, pág. 360.

Universidad Internacional de Andalucía

digno, modesto continente, prodigando saludos con natural bondad á cuantos en su inmensa gloria se interesaban con públicos obsequios en calles, plazas, balcones y tejados; que por parte alguna pudiera estar vacía, donde el campo dilatado ofrecia estrechos límites á la inmensa multitud que se derramaba ansiosa por todas las veredas que conducen á la capital del principado (1).

(1) Hace algunos años que entre varias personas ilustradas de la culta Barcelona se levanta, cual sordo rumor de lejana tormenta, la equivocada opinion de que jamás en aquella capital hubo de sentar la planta el gran descubridor del Nuevo-Mundo, desde que su fama era pregonada por ambos hemisferios. Apóyanse, los que tal especie acarician como veridica, en el silencio absoluto que guardan sobre la entrada régia de Colon en Barcelona cuantos diarios allí se llevaban, que no eran pocos, públicos y privados. Bien conozco que en nada, semejante alteracion de los hechos, pudiera amenguar la escelsa reputacion del intrépido marino; como que estando asentada sobre la realizacion veridica de un pensamiento sobrenatural entonces, de poco sirve el lugar en que apareció á dar cuenta de su inmortal descubrimiento ante los reyes de España. Con todo; para desvanecer en lo posible semejante rumor, siquiera en pro de la verdad histórica, me hube de entretener durante algunas semanas en la investigacion escrupulosa y detenido reconocimiento de cuantos diarios coetáneos en Barcelona se sabe que existen, y por ellos no he aprendido de la cuestion inaugurada mas que una verdad lastimosa, á saber: que el orgullo marítimo de los célebres catalanes aconsejó malamente á los hombres cultos en quienes consistia la fama de los sucesos, un silencio tan absoluto en que al triunfo de Colon se referia, que bien se puede asegurar hasta la circulacion verbal de las necesarias órdenes para que tan feliz acontecimiento no pasase á sucesivas generaciones en ninguna clase de escritura. Estaba tan reciente la union de las coronas aragonesa y castellana, y tan viva la emulacion de ambas naciones, que el proceder se comprende tanto como merece condenarse. Calló el suceso la diputacion; lo calló la municipalidad, y callárónlo tambien los magnates que particular diario de públicos actos llevaban; pero con tan marcada intencion que en algunos se pasan en claro varios meses, sin duda con propósito de dar cumplimiento á la prohibicion y disculpa justificable á sus procederes. Tal se advierte por ejemplo en el Comes: *De sucesos notables*, manuscritos del siglo XVI que en la casa de la Ciudad se custodia, y aun en los mismos *Dietariis* de la propia casa. En los de la Diputacion se lee en el dia 3 de abril de 1493 la vuelta de un oidor *Mosen Luis de Voira*, á Barcelona, con lo cual se prueba la parcialidad estudiada ó prevenida, puesto que quitando el lugar al acontecimiento mas grande de los siglos, lo adjudican á novedad tan insignificante. Mi respetable amigo el señor D. Manuel de Dofarull, actual archivero de la corona de Aragon, tambien me aseguró la consecuencia del silencio que sobre la cuestion se guardaba en un dietario particular que en su casa conserva, é iguales noticias tengo respecto al de la casa que allí posee el señor duque de Medinaceli. El archivo de la catedral, donde fueron bautizados los indios de San Salvador, no tuve ocasion de verlo; pero un amigo, el señor D. Juan Vivó, que tuvo la bondad de ayudarme en la investigacion, me aseguró, con referencia al venerable eclesiástico que lo custodia, que tampoco allí podria aclararse la verdad, puesto que no existe el libro de bautizados de aquel año.

No hay duda que hasta aquí parece como que llevan la mejor parte en la cuestion, los que tan lastimosamente desperdician la verdad de los libros por tributar á los documentos inéditos un culto exagerado, sin hacerse cargo que así la parcialidad puede existir en la pública biblioteca, como en el recóndito empolvado archivo. Para desvanecer aquella naciente opinion que en cuenta no tendria si de baja procedencia se levantase, habré de insistir en la marcada intencion de los encargados de los diarios en la fecha del suceso: en la parcial manera que los mismos usaban en sus apuntaciones, segun el negocio ó persona de que trataban, y finalmente en las verdades que facilitan contra la emulacion local los mas acreditados autores. Parcial manera digo en lo de apuntar los sucesos, porque autorizado me considero: que no de otra suerte me fuera lícito atentar á la buena fama de respetables corporaciones. En el dietario de la Diputacion que corresponde al trienio de 1491 á 1493, al folio 44 tercero, donde está apuntado el dia 7 de diciembre de 1492, que fué cuando al rey D. Fernando hirió un catalan al salir de la audiencia, nada se dice en la foja del libro; y únicamente hay á ella mal pegada una tira de papel que dice: *divendres á VII de decembre, vigilia de la Concepció de nostra Dona Sancta Maria se seguí lo cas en la persona de la Magestat del S. Rey, al qual nostre Senyor Deu done longua vida*, con cuyo papel parece que se llena la obligacion, pues se apunta el suceso, y se salva la honra no diciendo que caso haya sido. No me esforzaré en amontonar otras pruebas de parcial intencion, que bastante es la consignada, y así hareme cargo en seguida de los autores coetáneos de mas autoridad que la entrada de Colon en Barcelona aseguran. En primer término aparece Pedro Mártir, cuya fama le releva de pruebas respecto á su veracidad: era amigo del Almirante y se halló presente á su triunfo, segun él mismo afirma en sus *Decadas*. El cura de los Palacios en el cap. 131 de su *Historia de los Reyes Católicos* dice: *Los que de aquellos indios que trajo vinieron presentó con las cosas de oro que trajo al rey é la reina, de los cuales él fué muy bien recibido*..... É ESTUVO DESTA VEZ EL ALMIRANTE EN LA CÓRTE..... y como la córte permaneció en Barcelona desde el 24 de octubre de 1492, en que todavía Colon andaba descubriendo islas, hasta el 4 de octubre de 1493, en cuya fecha ya habia emprendido su segundo viaje, no hay duda que en Barcelona habia de ser donde el Almirante estuviese *en la córte*, segun afirma el cura de los Palacios, y donde pre-

Universidad Internacional de Andalucía

Para que la felicitacion fuera tan solemne como el acontecimiento merecia, quisieron los Reyes Católicos que la ceremonia participase de la mayor publicidad posible, y al efecto colocóse el trono real bajo rico dosel de brocado de oro, en un espléndido salon preparado en público parage, y ambos monarcas, vestidos de gala con el príncipe D. Juan á su lado, y una inmensa comitiva de la mas florida nobleza de ambas coronas, descendieron de su alto lugar para recibir en sus brazos al hombre que á la sazon estaba causando en las ideas y en los hechos la mas grande revolucion que los siglos habian contemplado.

Para llegar hasta las Magestades descendió Colon de su caballo, y lo mismo hicieron cuantos su comitiva formaban; y despues, tomada la venia para besar las reales plantas, atravesó con magestuoso porte bajo el rico pabellon de banderas y estandartes, emblemas de todas las provincias españolas, que los Reyes Católicos habian mandado preparar en manos de elevados personages, á fin de comunicar á aquel acto una grandeza tal cual mayor no se hubiera ostentado en la opulenta Roma allá en los famosos tiempos de sus mejores triunfos. Cuando el Almirante quiso postrar en tierra la reverente rodilla, no pudieron los monarcas tolerar tal muestra de humildad en súbdito que tanto valia, y levantándose presurosos le tomaron de la mano para impedir el acto, y le sentaron gozosos á su lado en tanto duró el relato de su viaje, con todos aquellos episodios que mas caracterizan la fisonomía especial de tan famosa cuanto singular empresa.

sentara los indios á los monarcas. Gonzalo Fernandez de Oviedo, á quien si no adornasen otras dotes literarias ninguno pudiera apostrofar de inverídico, dice: *y en aquel mismo año descubrió Colon estas Indias, y llegó á Barcelona en el siguiente de 1493 años en el mes de abril, y falló al rey assaz flaco, pero sin peligro de su herida. Aquestos notables se han traido á la memoria* PARA SEÑALAR EL TIEMPO EN QUE COLON LLEGÓ Á LA CÓRTE; EN LO CUAL YO HABLO COMO TESTIGO DE VISTA..... Don Hernando Colon, en la historia de su padre, tambien refiere la entrada en Barcelona, en ocasion que él se hallaba en la córte en calidad de page, y sucesivamente afirman el suceso cuantos de las cosas de Indias trataron, y en tales fuentes bebieron, facilitando algun escritor catalan notables pruebas á nuestro axioma de nacional parcialidad, tales como se desprenden de los *Anales de Cataluña* que Feliu ha escrito, en los cuales, ya que no se atreve á negar la entrada de Colon en Barcelona, pretende sustentar, con ridícula é incierta erudicion, que fueron catalanes cuantos á Colon en su primer viaje acompañaron: suposicion absurda y harto desacreditada con las relaciones nominales de aquella tripulacion, que en nuestro archivo de Indias se conservan, por las que resulta que catalan ninguno asistió al descubrimiento: y hé aquí mejor esplicado el motivo de tanto silencio en los dietarios y demas comprobantes de Barcelona. En nuestros dias un escritor novel y poco autorizado ha publicado un libro que se titula *Guia Cicerone de Barcelona*: en él, á la página 113, se habla de haber estado en el palacio de aquella ciudad un genovés, llamado Cristóbal Colon, que iba á ofrecer al rey un nuevo mundo, y dice tambien que este genovés *iba acompañado de varios ciudadanos* en ocasion en que se acercaban á la magestad tres embajadores del rey moro de Granada, cuyos nombres dice: pero como cita este acontecimiento en el año de 1492, precisamente cuando ya en Granada tremolaba el signo de la redencion con los pendones castellanos, y cuando Cristóbal Colon andaba gozando el placer de su descubrimiento por los mares de las Antillas, ningun crédito merece la noticia, que además no está apoyada en autoridad respetable; bien que el autor á que aludo se haya valido de muchos datos inéditos que por su destino maneja, y haya trastornado, con intencion ó sin ella, las fechas de ambos sucesos: en cuyo caso bien podria creerse en la existencia recóndita de algun documento que bastara á imponer silencio á los que, por fanático apego á la historia inédita en esparcidos antecedentes, se atreven á poner en discusion sus mas conocidas verdades. Si de todo lo dicho no se siguiera con tanta claridad la prohibicion de consignar el suceso en escritura alguna que á la posteridad llegase, habrá de autorizarla tambien la circunstancia que he advertido de que tampoco en los dietarios se dice cosa alguna respecto á los embajadores estrangeros que á la córte de España acudieron en albricias del descubrimiento; y negar tambien estas verdades seria atentar á los irrecusables testimonios ya indicados, y á la veracidad que ha caracterizado á Allegretii en su *Diari Senesi*; á Muratori, en *Ital. Escript*; á Foglieta, en su *Istoria di Génova*; á Hackluyt, en la *Collection de Voyages*, y á otros varios que de dichas embajadas y acontecimientos se ocupan.

Universidad Internacional de Andalucía

Cuando la relacion del viaje se hubo concluido, no hay que dudar á cuales influencias se atribuiria el suceso en la córte de España eminentemente católica, como que todos los sucesos prósperos se consideraban allí especiales favores que la Divina Providencia derramaba sobre nuestros monarcas por la terminacion feliz de la conquista de Granada y estincion en toda la península del aborrecido culto de Mahoma. En tal concepto, y por un objeto de general simpatía, cayeron de rodillas á par de los Reyes Católicos, cuantos circunstantes el acto presenciaban: y al compás de la música de la real capilla, entonaron millares de voces el mas solemne *Te-Deum* que al cielo se dirigió en ocasiones de entusiasmo. Terminada la ceremonia y no sin besar las manos á los reyes y al príncipe, se retiró Colon á su posada en medio de la multitud y todos los magnates de la córte, que por mandato real le acompañaron para mayor lucimiento de su persona; y fuera oficioso manifestar cuanto fué objeto de la curiosidad y del entusiasmo público el famoso Almirante, en tanto que permaneció en Barcelona, donde mas particularmente si á la vista ansiosa de los curiosos y admiradores se ofrecia, era en compañía de los Reyes Católicos ó de sus mas privilegiados caballeros, que honrándole y sirviéndole al presente tanto como sus fuerzas permitian, se esforzaban en borrar de su memoria la mala impresion de los pasados sarcasmos, cuando por un loco era tenido el que á la sazon como Semi-Dios estaba considerado (1).

Los reyes entre tanto, no escasearon todo género de favores y mercedes en pró del súbdito que tan inmensos los tributaba á su corona; y á la par que confirmaban en todos sus estremos el tratado de Santa Fé, privilegiaban al Almirante con el uso de un escudo de armas en que las reales se acuartelaban alternando con un grupo de islas en campo de gules rodeado de olas, al que se añadió mas tarde el siguiente mote:

POR CASTILLA Y POR LEON
NUEVO MUNDO HALLÓ COLON:

le pensionaron con los treinta escudos prometidos al que primero viese la tierra,

(1) Entre los grandes que mas agasajaron á Colon por el resultado de su brillante empresa, hubo de distinguirse el gran cardenal Mendoza, que antes habia sido uno de los que mas se apartaran de sus creencias. Dícese que por via de satisfaccion le dió un banquete á que asistió lo mas florido de la nobleza de las dos coronas, y que en él tuvo lugar la tan popularizada anécdota del huevo. La reproduccion de su relato bien podria ser agena de este lugar, entre otras causas, siquiera por la escasa autoridad que alcanza entre sábios y eruditos; pero como ella, á ser cierta, tanto caracteriza el espíritu sereno de Colon, y su fácil solucion á las cuestiones mas difíciles, y por otra parte envuelve en sus tendencias de trivialidad, un ejemplo de elocuente reprension contra los que aun trataban de amenguar sus talentos, queremos hacer mencion de ella para entretenimiento de curiosos y correctivo de arrogantes. Un ligero cortesano, mal avenido con los honores que á Colon se tributaban, por la envidia de tanta gloria, hubo de preguntarle, sin oportuno motivo, si creia que en caso de que él no hubiese descubierto las Indias, faltarian otros hombres capaces de acabar la misma empresa. A esto no dió el Almirante respuesta inmediata; pero en cambio tomó un huevo, y exigió de los circunstantes que lo hicieran mantener derecho sobre una de sus puntas. En vano hicieron todos las mas cuidadosas pruebas, hasta que Colon dió fuertemente con él sobre la mesa, y rompiendo aquella que habia de servir de base, lo dejó perfectamente derecho con la facilidad que es consiguiente, indicando por tan sencillo proceder, que despues de haber descubierto el Nuevo-Mundo nada habia mas fácil que aprender su camino.

Universidad Internacional de Andalucía

la segunda espedicion al Nuevo-Mundo, no se descuidaron los Reyes Católicos en ordenar todo lo cumplidero á tan privilegiado negocio, tanto mas cuanto que faltando aun el convenio de los límites, conforme á las condiciones que mas tarde se asentaron como queda dicho, toda dilacion pudiera fácilmente complicar aquella causa hasta el estremo de llegar á las manos españoles y portugueses: que tal se llegó á temer en los preliminares de las negociaciones. Por consecuencia, y para con mayor desembarazo é independencia trabajar en cuanto á los negocios de Indias concerniese, hubieron los monarcas de encomendar la superintendencia al arcediano de Sevilla, D. Juan Rodriguez de Fonseca, que mas tarde alcanzó las dignidades episcopales de Badajoz, Palencia y Burgos y el patriarcado de las Indias, hombre entendido en los bélicos armamentos, de activo proceder y muy dado á las cosas políticas que anteponia con frecuencia á las que mas correspondian á su sagrado carácter: ambicioso en las inclinaciones y vengativo en los procederes: grande amigo de la gracia real y lleno de sagacidad para conservarla por mas de treinta años: enemigo implacable de Colon, á quien hizo gustar en distintas ocasiones todo el veneno de su rencor, amargando completamente los que debiera prometerse mas felices dias de su afanosa vida.

Adjuntos á Fonseca nombraron los monarcas á Francisco Pinelo como tesorero de las contrataciones, y por contador á Juan de Soria, fijándoles para residencia ordinaria la ciudad de Sevilla, bien que su especial vigilancia hubiera de estenderse al inmediato puerto de Cádiz. En este se estableció una aduana para intervenir las nuevas importaciones con que tan rápido vuelo iba á tomar el comercio de Europa, y con tales fundamentos quedó establecido el *Supremo Tribunal de Indias*, que mas tarde alcanzó tan alta importancia. En el año de 1503 se le acomodó el nombre de *Casa de la Contratacion* y el de *jueces oficiales* de la misma á los tres individuos que en ella funcionaban. Por real cédula de 7 de octubre de 1557 se dió á aquellos un *presidente*, y en 25 de setiembre de 1683 se erigió ya en *Tribunal Supremo* con su respectiva sala de justicia compuesta de tres *oidores*. Tuvo y gozó esta institucion muy grandes facultades, privilegios y prerogativas, estando admitida y declarada por *Audiencia Real* igual á las chancillerías de Valladolid y Granada, y ejerciendo omnímodamente su jurisdicion en todo lo perteneciente á las Indias (1).

(1) Mucho holgariamos de ahorrar aqui el espacio que ocupen las reales instrucciones que dieron al Almirante los Reyes Católicos, con ocasion de su segunda empresa; pero ellas aclaran tanto los diversos asuntos de que se trata en el presente capítulo, que no podemos menos de copiarlas íntegras como se custodian testimoniadas en el archivo del señor duque de Veragua. Omitiendo el proemio dicen asi las tales instrucciones:

«Primeramente, pues á Dios Nuestro Señor plugo por su alta misericordia descubrir las dichas islas é tierra firme al Rey é á la Reina nuestros Señores, por industria del dicho D. Cristóbal Colon, su Almirante, Visorey é Gobernador dellas, el cual ha fecho relacion á sus Altezas, que las gentes que en ellas falló pobladas, conosció dellas ser gentes muy aparejadas para se convertir á nuestra Santa Fé Católica, porque no tienen ninguna ley ni seta, de lo cual ha placido y place mucho á sus Altezas, porque en todo es razon que se tenga principalmente respeto al servicio de Dios nuestro Señor, é ensalzamiento de nuestra Santa Fé Católica: por ende sus Altezas deseando que nuestra Santa Fé Católica sea aumentada é acrescentada, mandan é encargan al dicho Almirante, Visorey é Gobernador, que por todas las vias é maneras que pudiere, procure é trabaje atraer á los moradores de las dichas islas é tierra firme, á que se conviertan á nuestra Santa Fé Católica; y para ayuda á ello, sus Altezas envian allá al doc-

Universidad Internacional de Andalucía

Con esto se partió de nuevo Colon camino de Sevilla, en cuya plaza entró á los primeros de junio para dar calor á la espedicion que bajo su conducta habia de hollar la tierra vírgen del nuevo continente y desde luego comenzó á dictar órdenes tan ámplias y terminantes como el caso requeria, y segun se hallaba auto-

to P. Fr. Buil, juntamente con otros religiosos quel dicho Almirante consigo ha de llevar, los cuales por mano é industria de los indios que acá vinieron, procuren que sean bien informados de las cosas de nuestra Santa Fé, pues ellos sabrán é entenderán ya mucho de nuestra lengua, é procurando de los instruir en ella lo mejor que ser pueda; y porque esto mejor se pueda poner en obra, despues que en buenhora sea llegada allá el armada, *procure é haga el dicho Almirante que todos los que en ella van, é los que mas fueren de aquí adelante, traten muy bien é amorosamente á los dichos indios, sin que les fagan enojo alguno, procurando que tengan los unos con los otros mucha conversacion é familiaridad, haciéndose las mejores obras que ser pueda; é asi mismo el dicho Almirante les dé algunas dádivas graciosamente de las cosas de mercaderias de sus Altezas que lleva para el rescate, é los honre mucho: é si caso fuere que alguna ó algunas personas trataren mal á los dichos indios en cualquier manera que sea, el dicho Almirante, como Visorey é Gobernador de sus Altezas, lo castigue mucho por virtud de los poderes de sus Altezas que para ello lleva:* y porque las cosas espirituales sin las temporales no pueden luengamente durar, terná el dicho Almirante é Gobernador en las otras cosas la órden siguiente:

«Primeramente para su camino debe buscar las mejores carabelas que hallare en el Andalucia, é los marineros é pilotos dellas sean los que mas saben del oficio y mas fiables: *y pues que en el poder que sus Altezas dieron al Almirante y á D. Juan de Fonseca para facer esta armada, se contiene que puedan tomar los navios que quisieren para ella, escójanlos á su voluntad los que mas viere el Almirante que conviene.*

«Toda la gente que fuere en los navios, si ser pudiere, sean personas conocidas é fiables, é todos se han de presentar ante el dicho Almirante de las islas, *como Capitan General de la dicha armada*, é ante el dicho D. Juan de Fonseca, é por ante Juan de Soria que los contadores mayores envian allá por su lugar-teniente para esta armada *ante el cual se ha de facer la dicha presentacion, como ante lugar-teniente de los contadores mayores, y ha la de sentar en su libro, é el pagador ha de pagarles el sueldo que hobieren de haber por las nóminas é libramientos firmados de los dichos Almirante, é D. Juan de Fonseca, é del dicho Juan de Soria, é non en otra manera.*

«Todos los asientos que se hicieren con cualesquier capitanes, é marinos, é oficiales, é otras personas que fueren en la dicha armada; é otrosí, todas las compras que se hobieren de facer asi de navios como de mantenimientos, é de pertrechos, é armas, é mercaderias, é otras cualesquier cosas para la dicha armada, é los navios que se fletaren se haga por los dichos Almirante é D. Juan de Fonseca, ó por las personas que para ello nombraren, é en presencia del dicho Juan de Soria como lugar-teniente de los dichos contadores mayores, para que faga libro dello: é otrosí, en presencia de otro escribano, si quisiere poner por si el dicho Almirante: esto para las compras que se ficieren en los lugares donde ellos estovieren; y las que se hobieren de facer en otros lugares se fagan por las personas que los dichos Almirante é D. Juan de Fonseca enviaren para ello, é por ante escribano público; é el que toviere cargo de hacer la paga para esta armada, pague los maravedis que en todo lo susodicho montare por nóminas é libramientos firmados de los dichos Almirante é D. Juan de Fonseca, é del dicho Juan de Soria, como contador.

«Las cuales dichas armas, é mantenimientos, é pertrechos, é mercadurias, é otras cosas que se compraren, se entreguen á las personas que el dicho Almirante nombrare, y á aquellos haga cargo dellas el dicho Juan de Soria *é faga libro é cuenta dello: uno para traer á sus Altezas, é otro para enviar al contador que ha de estar en las islas con poder de los dichos contadores mayores.*

«Al tiempo que la dicha armada haya de partir en buen hora, todos los capitanes, é pilotos, é marinos, é gente de caballo é de pié, é oficiales, é otras personas que fueren en ella, hayan de registrar todo lo que llevaren por ante el dicho Almirante é D. Juan de Fonseca, ó ante las personas que ellos nombraren, é por ante el dicho Juan de Soria como lugar-teniente de contador, porque se sepa las personas que van, é de que calidad é oficio son cada una dellas; *é todos hayan de facer é fagan juramento é pleito homenaje al Rey é á la Reina nuestros señores, para los servir en este viaje fielmente,* é que asi en el camino á la ida, como despues de llegados á las islas é tierra firme, é á la vuelta, en todo lo que se ofresciere en dicho, ó en fecho, ó en consejo, guardarán el servicio de sus Altezas é pro de su hacienda como fieles é verdaderos vasallos é súbditos de sus Altezas, é donde vieren su servicio lo allegarán, é si el contrario vieren, lo arredrarán á todo su poder, ó lo harán saber á sus Altezas, si vieren que cumple á su servicio, ó lo harán saber al dicho Almirante é Capitan General para que lo remedie; *é asimismo, que en todo y por todo estarán á obediencia del dicho Almirante, como Almirante de sus Altezas en la mar, y en la tierra como Visorey é Gobernador de sus Altezas; de manera que todos estén conformes con él para lo susodicho, é ninguno pueda facer lo contrario;* lo cual todo sus Altezas les mandan por esta presente instruccion que fagan é cumplan asi, so las penas en que caen los que quebrantan los semejantes pleitos homenajes.

«Otrosí; sus Altezas mandan que ninguna, ni algunas personas, de las que fueren en la dicha armada, de cual-

Universidad Internacional de Andalucía

rizado para proceder con cédulas reales. Entre estas poseia una por la cual era dueño de embargar para el servicio de la espedicion cuantos buques estuviesen anclados á la sazon ó anclasen en los puertos de Andalucía durante los preparativos, medida cuyo uso no tuvo aplicacion forzosa por la abundancia de bastimen-

quier estado ó condicion que sean, non lleven, ni puedan llevar en la dicha armada, ni en otros navios, mercaduras algunas para facer rescate alguno en las dichas islas é tierra firme, porque ninguno lo ha de hacer, salvo para sus Altezas, como adelante será contenido.

«Al tiempo que en buen hora llegaren á las islas é tierra firme, donde han de desembarcar, el Almirante, como Visorey é Gobernador de sus Altezas de las dichas islas é tierra firme, ha de mandar que todos los capitanes, é gente, é navios, hagan alarde é presentacion, asi de las personas, como de los navios, é armas, é pertrechos, é mantenimientos, é otras cosas que llevaren; é porque ninguna, ni algunas personas, non han de llevar mercaduras algunas para facer rescate alguno de oro, ni de otras cosas en todas las dichas islas é tierra firme, sin mandamiento de sus Altezas, como dicho es, *si acaesciere llevaren mas de lo que manifestaron al tiempo que de Castilla partieron segun fuere asentado en el libro que ha de llevar el que fuere por teniente de los dichos contadores mayores, que ha de residir en las dichas islas que lo pierdan, é ge lo faga tomar el dicho Almirante é Visorey, ó quien su poder hobiere, é lo entregue á la persona que por sus Altezas ha de tener allá la mercaderia que sus Altezas envian, en presencia del dicho teniente de los contadores, porque él le faga cargo dello.*

«Item: *Que cualquier rescate que se ficiere lo haga el Almirante ó la persona que por si nombrare, y el Tesorero de sus Altezas que allá ha de estar, é no otra persona alguna* ó que lo faga en presencia del dicho teniente de los dichos contadores ó ante el oficial que para ello el pusiere, por quel les faga cargo de ello, é lo asiente en el libro que ha de tener de los dichos rescates; y porque podria ser que el rescate se haya de facer en diversas partes, é adonde no pudiere ir el tesorero, envie otro en su lugar, juntamente con la persona que el dicho Almirante nombrare, é en presencia del dicho teniente de los contadores ó de su oficial, é non de otra manera.

«Despues que llegare el dicho Almirante, Visorey é Gobernador, por virtud de los poderes de sus Altezas que para ellos lleva, *ha de poner Alcaldes, é alguaciles en las islas é tierra donde él estoviere, y la gente que lleva é otras cualesquier gentes de las que van con el dicho Almirante, é en su Armada*, para que oigan los pleitos que hobiere, asi ceviles y criminales, como los acostumbran poner los otros Visoreyes é Gobernadores, donde quiera que sus Altezas los tienen; é el dicho Visorey é Gobernador, oiga y conozca de las apelaciones, ó de primera instancia, como entendiere que mas conviene, é segun lo acostumbran hacer los otros Visoreyes é Gobernadores de sus Altezas.

«Item: Que si fuere menester nombrar regidores é jurados, é otros oficiales para la administracion de la gente, ó de cualquiera poblacion que se hobiere de facer, *que el dicho Almirante, Visorey, é Gobernador, nombre tres personas para cada oficio, como está sentado con sus Altezas, é que dellas tomen sus Altezas una para cada oficio é asi por provision de sus Altezas sean proveidos;* pero porque por este camino no se puede proveer los dichos oficiales de esta manera, que por esta vez los nombre el dicho Almirante é Visorey é Gobernador en nombre de sus Altezas.

«Item: Que cualquier justicia que se hobiere de facer diga el pregon: *Esta es la justicia que mandan facer el Rey é la Reina nuestros Señores.*

«Item: *Que todas las provisiones é mandamientos, patentes que el dicho Almirante, Visorey, é Gobernador, hobiere de dar vayan escritas por Don Fernando é Doña Isabel Rey é Reina, etc.*, é firmadas del dicho D. Cristóbal Colon, como Visorey é sobreescritas é firmadas del escribano que tobiere, en la forma que lo acostumbran los otros escribanos que firman cartas de los otros Visoreyes, *é selladas en las espaldas con el sello de sus Altezas*, como lo acostumbran facer los Visoreyes que ponen sus Altezas en sus Reinos.

«Item: Que luego en llegando, Dios queriendo, *mande el dicho Almirante, é Visorey, que se faga una casa de Aduana, donde se pongan todas las mercaderias de sus Altezas*, asi las que de acá fueren como las que allá se hobieren para enviar acá, é al tiempo que descargaren las dichas mercadurias, se pongan en la dicha casa, en presencia de las personas que el dicho Almirante é Visorey para ello nombrare, é ante el dicho oficial de los contadores mayores que allá ha de estar ó ante otro oficial que ponga por si el dicho Almirante *para que se fagan dos libros en que todo se escriba, y por ellos se cargue al tesorero que sus Altezas allá envian para que se hagan los rescates*, segun de suso se dice, é si algo faltare de lo que acá les fuere entregado que lo fagan luego pagar.

«Item: *Que cada quel dicho Almirante, é Visorey, viere que cumple que hagan alarde todas las gentes que allá estovieren, sean tenidos de lo facer*, y se presenten ante él, ó ante las personas que para ello él nombrare, é ante el lugar-teniente de los dichos contadores mayores que allá ha de estar; *é que cuando se hobiere de pagar el sueldo á la dicha gente, se pague por el dicho alarde*, é por nóminas é libramientos del dicho Almirante, é Visorey, é del dicho contador, é no en otra manera.

«Item: Que si el dicho Almirante despues que fuere llegado á las islas viere que cumple enviar cualesquiera navios con cualesquier gentes, á cualesquier partes para descubrir lo que fasta aqui no se ha descubierto, ó para res-

Universidad Internacional de Andalucía

tos que se ofrecieron voluntarios, pero que autores estranjeros y nacionales han condenado como harto despótica y disolvente para el comercio, sin tener en cuenta las infinitas ventajas que á este habia de reportar, en el sensible caso de que la espontaneidad de los patrones y armadores, no se apresurase á evitar su cumplimiento.

Cubiertas las necesidades materiales de vasos en que navegar por segunda vez al Nuevo-Mundo, hubiérase echado pregon, como entonces era costumbre, para el reclutamiento de marinería, hombres de guerra y oficiales de todas las artes mecánicas; pero abonaba la época con su espíritu aventurero la índole de la espedicion, y mas prudente hubiera sido negociarla envuelta en la capa del mas profundo secreto; porque no haciéndose el primer estremo ni cumpliendo tampoco el segundo, resultó sin embargo un sobrante de consideracion que hizo apreciable la fortuna de ser elegido, y no pocos descontentos: como que no siendo el ánimo real admitir mayor número que el de mil personas para la dotacion militar y marinera de los bastimentos, sucedió que en breve plazo pasaban de mil y quinientos los voluntarios que se brindaron á partir sin paga ni otro emolumento de la corona, antes sostenidos y sustentados á costa propia. Tal fué el entusiasmo con que se dispuso aquella espedicion, donde los desengaños se sucedieron rápidamente con mayor sentimiento, cuanto mas brillantes habian sido las imágenes de eterna ventura que la exaltada fantasía de los primeros espedicionarios habia comunicado en narraciones fabulosas.

Ya completo el número de bastimentos hasta diez y siete, y las tripulaciones convenientes, mas bastante porcion de menestrales, labradores, mineros, carpinteros y otros, se proveyó asimismo el embarque de caballos y yeguas para el servicio militar, y para la procreacion de ellos en las partes descubiertas: llevóse además todo género de ganado lanar, vacuno y de cerda, que allá no habia, y

catar, ó para enviarlos acá ó á otras cualesquier partes, que sean tenudos de lo facer é cumplir todos los capitanes é marineros á quien lo mandare, so las penas quel les pusiére, las cuales por la presente sus Altezas dan poder al dicho Almirante, é Visorey, é Gobernador, para las ejecutar en las personas ó bienes de los que en ellas cayeren.

Otrosí: *Porque en Cádiz ha de haber una casa de Aduana donde se han de cargar é descargar todas las mercadurías, é armas, é pertrechos, é mantenimientos, é otras cosas que se hobieren de llevar*, asi para ir en la dicha Armada, como para quedar en las dichas islas é tierra firme, como para lo que de allá se trajere, *lo cual todo se ha de cargar é descargar en la dicha casa, é non en otra parte alguna*, la cual ha de tener la persona que sus Altezas mandaren, é el dicho Juan de Soria como teniente de los dichos contadores mayores, ha de escribir todo lo que allí se cargare é descargare para que por su libro se faga cargo é descargo dello: *que si el dicho Almirante quisiere poner allí otro oficial alguno para que asimismo lo escriba que lo pueda facer é faga.*

«Otrosí: *A sus Altezas place que haya el dicho Almirante la ochava parte de lo que se ganare en lo que se hobiere de oro é otras cosas en las dichas islas é tierra firme, pagando el dicho Almirante la ochava parte del costo de la mercaduría porque se hiciere el dicho rescate, sacando primeramente la décima parte que dello ha de haber el dicho Almirante*, segun é por la forma que se contiene en la capitulacion que sus Altezas tienen mandada asentar con el dicho Almirante.

«Nos el Rey é la Reina, por la presente mandamos á vos D. Cristóbal Colon, nuestro Almirante, é Visorey, é Gobernador de las islas é tierra firme, que por nuestro mandato se han descubierto en la mar Océana en la parte de las Indias, é nuestro Capitan General de la nuestra Armada que por allá mandamos hacer, que veades esta instruccion suso escripta, é la guardedes é cumplades segun que en ella se contiene, é contra el tenor é forma della non vayades ni pasedes, ni consintades ir, ni pasar en manera alguna. Fecha en la ciudad de Barcelona veinte é nueve dias del mes de mayo, año del Nascimiento de nuestro Señor Jesucristo de mil é cuatrocientos noventa y tres años.—Yo el Rey.—Yo la Reina.—Por mandado del Rey é de la Reina.—*Fernand Alvares.*»

Universidad Internacional de Andalucía

diversidad de animales domésticos; hízose tambien grande acopio de granos y semillas de varias plantas, viñas, cañas dulces, ingertos y renuevos; se acopiaron para los rescates inmensas porciones de diges y bagatelas, cuentas, cascabeles y espejos; y finalmente se trasladaron en grande abundancia á los buques provisiones de boca y guerra, medicinas y refrescos.

Para el acopio y entrega de todo lo concerniente á la dotacion de los buques ya hubieron de intervenir, como era consiguiente, los tres oficiales de la Casa contratacion de Sevilla recien nombrados, á saber: el arcediano Fonseca, el tesorero Pinelo y el contador Soria; y como fuesen tan altos los pensamientos del Almirante respecto á la empresa que toda provision le pareciese escasa, sin duda por lo que mejor comprendia la índole del viaje, y al propio tiempo creyese que mas que nada convenia á su reputacion y nuevos cargos rodearse de un séquito numeroso de *continos* y guardias propias, segun era costumbre de los otros capitanes generales, hubieron de acontecer algunas diferencias entre aquel tribunal y este caudillo, las cuales resolvieron los Reyes Católicos tan á favor de Colon, que hasta fueron apercibidos con severidad los oficiales de la Casa para que en adelante ningun estorbo se creara á la empresa, ni se pusieran trabas á á las mas altas pretensiones del Almirante: bien que en lo de los continos parece como que SS. MM. pretendieron minorar el rigor usado en todo lo otro con sus encelados administradores, puesto que en carta dirigida con tal motivo á don Juan de Fonseca, fecha á 4 de agosto del año consabido, aprueba su proceder respecto á no autorizar el nombramiento de guardia especial del Almirante, permitiendo á este no obstante que tomase para sí diez escuderos de los cincuenta que habian de ir en la armada, mas otras veinte personas particulares para su servicio (1). De tan débiles principios tomó cuerpo la constante enemiga del arcediano contra Colon, que minó los cimientos de su felicidad, y aun en cierto modo hubo de amenguar los quilates de su gloria, para manifestar que nunca se han de reputar escasos los fundamentos de nuestra desdicha, siempre que inícuos manejos puedan aumentar sus proporciones, como regularmente sucede.

Cuando nada faltaba mas que las órdenes reales para que la nueva armada se diese al mar, hubo de hacerse alarde de la gente de guerra que á la brillante empresa concurria, y en verdad que si no por el número, al menos por la calidad, hubiera sido sobrante para conquistar y subyugar á la corona de España todo el Nuevo-Mundo. Precisamente acababa de cerrarse con la rendicion de Granada aquella série de aventuras peligrosas, de lances caballerescos, de combates parciales y hechos heróicos en que tanto habian sobresalido los mas famosos campeones del cristianismo, eclipsando la fama de los antiguos cruzados, y no de otra suerte pudiera calmarse la fiebre de gloria que devoraba el ánimo de nuestros guerreros mas que abriendo un nuevo palenque donde ejer-

(1) Navarrete, *Coleccion diplomática*, tomo II, cédula registrada en el archivo general de Indias, en Sevilla.

Universidad Internacional de Andalucía

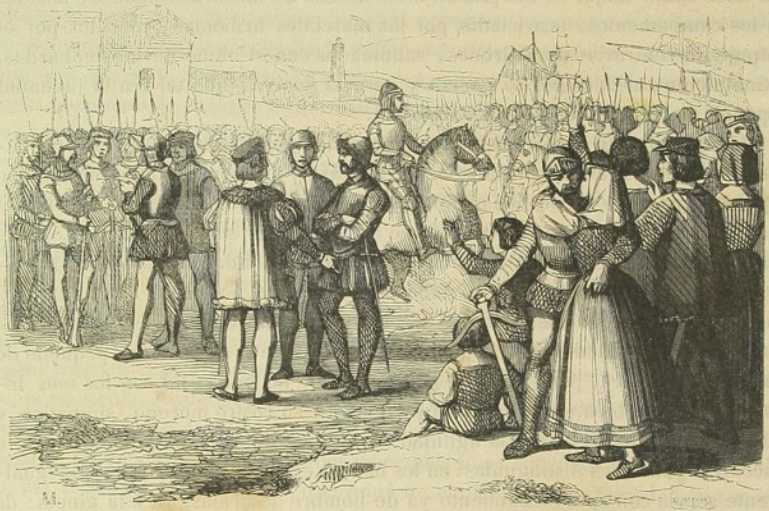
citar sus armas y dilatar su marcial espíritu. Las relaciones apasionadas de los primeros nautas, bien que pintase llenos de bondad y mansedumbre á los pobres isleños de las tierras descubiertas, no dejaban tampoco de acariciar los efectos dominantes de los hombres de guerra, puesto que á la par de la dulzura de unos, manifestaban la ferocidad de los caribes que se alimentaban de carne humana, indicaban sus piratescas correrías para cautivar las gentes comarcanas, hablaban de sus armas tan toscas como terribles, y finalmente daban ideas de su feroz aspecto, que por no haberlo visto, iban animando con siniestros colores tales como mejor se adaptaban á los deseos de nuestros soldados, nacidos en los campamentos, acariciados por las marciales armonías, mecidos por el empuje de contrarios escuadrones, sahumados con el humo de las lombardas, y finalmente, criados por la guerra y para la guerra, que tal era la juventud española en los últimos años del siglo XV.

Allí descollaban con apuesta arrogancia hidalgos y caballeros de los primeros solares de Andalucía, oficiales de la real casa y apasionados aventureros que soñaban una série de acontecimientos gloriosos en lances sucesivos de amores y de guerra; pero quien mas notable se ostentaba por sus antecedentes, era el esforzado jóven Alonso de Ojeda, cuya reputacion sellada con sangre en heróicas hazañas vertida, hubiera bastado para llenar de autoridad militar la mas ruin empresa. Era de noble linage, y como tal habíase educado entre las huestes del duque de Medinaceli, con harta reputacion de sus banderas; pequeño de cuerpo en estatura, pero bastante para competir en buena lid con los mas levantados por lo bien proporcionado y vigoroso: su rostro moreno, simpático y lleno de vida, que revelaba la agilidad de su alma siempre en movimiento para encontrar ocasiones distinguidas: en los bélicos ejercicios tan diestro, que igualmente servia con aprovechamiento ya de hombre de armas, ya á la gineta: de osado corazon, bien que leal y generoso, tan fiero en el combate como pronto en las querellas, y clemente en la victoria. Sus hazañas en las lides, el natural abierto y generoso que le caracterizaba, y su nombre lleno de reputacion, sirvieron de estímulo para que otros no menos esforzados y tan nobles caballeros se alistaran en la espedicion, y los posteriores hechos justificaron cuanto eran justos el entusiasmo y los ánimos que su ida comunicó á los que por su nombre le siguieron (1).

(1) Los autores coetáneos que de las cosas de Indias escribieron, hacen de Alonso de Ojeda una figura tan brillante como escasamente puede encontrarse en historias que de sobrenaturales cosas no traten. Con todo: aun nos parece que no han sido exagerados cuando nos fijamos en alguno de los hechos que caracterizaron á aquel célebre español, de los cuales no podemos resistir al deseo de consignar aquí uno cuya consumacion positiva se aparta tanto de lo natural, que mas que de historia verdadera, parece propio de romancescos libros de andante caballeria. Refiere el obispo Las Casas, que hallándose la reina Isabel en lo mas alto de la Giralda de Sevilla, quiso Ojeda entretenerla con muestras de su agilidad y del valor que su pecho alimentaba, y al efecto se echó á pasear por una viga que proyectaba fuera de la torre hasta veinte pies de distancia, pero á tan considerable altura que las gentes que iban por la calle no parecian mas que enanos. Andando gallardamente por la viga, el animoso Ojeda llegó hasta su estremidad con asombro de cuantos le miraban; y como si de tanto arrojo no considerara satisfecha á la reina, levantó una pierna en el aire, y girando sobre la otra con tanta ligereza como pudiera hacerlo en tierra

Universidad Internacional de Andalucía

Por mas que el Almirante se hallase persuadido de que tan bélico aparato no era preciso para asegurar la comenzada conquista, no hay duda que su espíritu hubo de gozar en presencia de tan gallardo escuadron muy gratas sensaciones, que al cabo su corazon de hombre no era insensible á los afectos naturales del poder, y quizá en aquellos momentos cruzó por su mente la posibilidad de estender el dominio español por las vastas y riquísimas posesiones de los mas altos y poderosos, en armas y riquezas, príncipes del Oriente.



De este modo se hallaba entretenido el Almirante cuando vino á sorprenderle en sus vastos proyectos la importante nueva de haberse dado al mar una carabela portuguesa desde la isla de la Madera con rumbo al Occidente; de modo que sin esperar órdenes terminantes de la córte, por la distancia que de ella le separaba, mandó aprontar algunos buques para perseguirla en tanto que participaba la noticia á los monarcas españoles. No dejó semejante ocurrencia de causar alguna sorpresa en el ánimo de nuestros reyes, que por las negociaciones que á la sazon se seguian entre ambos paises con repetidas protestas de amistad, escasamente pudieran recelar tan estraña infraccion de todos los derechos: asi fué que aprobaron los procedimientos de Colon, autorizándole para que destaca-

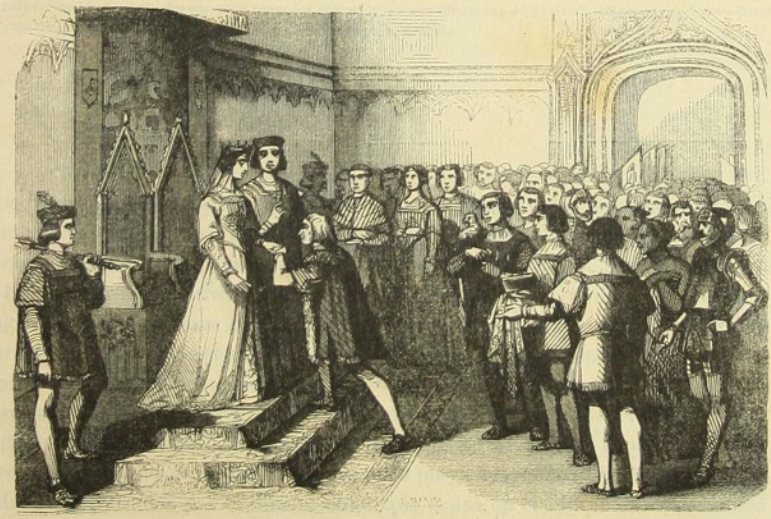
firme, se volvió á la torre tan sereno como de ella habia salido, bien que no entrando allí antes de haber arrojado á grande elevacion una naranja, sin otro apoyo al despedirla con el impulso del cuerpo, que el de tener un pié en la famosa viga, y otro afirmado contra la pared de la torre. Despues de leer semejante anécdota, se concibe perfectamente como afirman dichos autores *que cortejaba el peligro como si lo amase, y que parecia que peleaba mas por el placer del combate, que por el honor que de la lid esperase.* (Véase á Las Casas: lib. I, ms.—Pizarro, *Varones ilustres del Nuevo-Mundo.*—Herrera, *Historia de Indias*, década I, etc.

Universidad Internacional de Andalucía

se de la espedicion algunos buques sutiles que dieran caza á la carabela esploradora, y escribieron al rey D. Juan quejándose ágriamente de semejante porte. Apresurado andubo en las satisfacciones el monarca lusitano, enviando á los Reyes Católicos repetidas disculpas y afirmándoles en la sinceridad de sus procederes; y para que mas aina se convenciesen sus Majestades, decia, de la buena fé que le guiaba en los tratos, venia de ordenar que otras tres carabelas navegasen por el propio derrotero, con órdenes de apresar el bastimento que sin su conocimiento introducia en los tratos tan siniestros precedentes (1).

La respuesta lejos de tranquilizar alarmó doblemente á los Reyes Católicos, pues supusieron por ella que los cuatro bastimentos se juntarian con las propias órdenes de tomar posesion por la corona de Portugal de las islas descubiertas; y por consiguiente ordenaron á Colon que suspendiese cualquiera desmembracion de sus fuerzas: que con todas reunidas saliese á la mar sin pérdida de tiempo: que aportase al Nuevo-Mundo tan pronto como los elementos se lo permitiesen, y que si en las aguas del Atlántico, mas allá de la línea divisoria hasta entonces convenida, se encontrase algun buque de otra nacion, lo tomase como buena presa, é hiciese en la tripulacion el saludable castigo que convenia para la mejor conservacion de los intereses de España.

Al mismo tiempo se comunicaron al naciente tribunal de Indias, órdenes muy apremiantes para que en el caso de salir armada de Portugal hácia el O., se despidiese de nuestros puertos en la propia direccion mayor número de velas, y con esto quedó recogida la impaciencia y entusiasta espedicion para marchar á su destino, cuando ya del mes de setiembre habian pasado veinticuatro dias.



(1) Vasconcelos, *Vida de D. Juan II.*

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

CAPITULO XVII.

Segunda espedicion al Nuevo-Mundo.—Arribo á las Canarias.—Engólfase y corre fortuna.—San Telmo.—Descubrimiento de la Dominica: de la Marigalante: de la Guadalupe.—Horribles condiciones del canibalismo.—Continúase la investigacion por la costa septentrional de las Antillas y se descubren sucesivamente las islas de Monserrate, Santa Maria la Redonda, Santa Maria la Antigua y San Martin.—Dia 13 de noviembre, primera escaramuza naval con los indios.—Descubrimiento de Santa Cruz, de Santa Ursula y las Once mil vírgenes, y de San Juan de Puerto-Rico, Costeo de la isla Española: Desercion de un indio.—Descanso en Monte-Cristi, y siniestras señales de una gran catástrofe.—Arribo al puerto de la Navidad: señales á los españoles que habian allí quedado, y absoluto silencio en la isla.—Noticias positivas de la muerte de todos los dichos españoles.—Recelos y desconfianzas.—Noticias de Caonabó.—Visita de Guacanagarí á la armada española.—Fúganse diez indias rescatadas de los caribes: desaparecen todos los indios de las inmediaciones de Navidad, incluso el cacique.—Retroceso de la flota hácia Oriente.—Puerto y fundacion de la Isabela.

Con viento favorable y no contrarios auspicios se dió al mar la segunda armada que atravesó el Occéano para arrancar un Nuevo-Mundo á los secretos de la naturaleza. Era el dia 25 de setiembre, casi á la propia hora en que habian partido de la barra de Saltes las tres carabelas un año antes, llevando la duda en sus equipages y dejando la mas honda pena en los interesados que partir las vieran. Pero ¡cuán diferentes sensaciones eran las que esta vez se esperimentaban! Entonces las tripulaciones, por mas que se entregasen conformes y animadas á los percances de una aventura famosa, no podian menos de estremecerse alguna vez al contemplar el misterio de tantos siglos que penetrar querian contra muy doctas opiniones; y las lágrimas de los que en la playa despedian á tan osados nautas rodaban impulsadas por el mismo dolor que causa en el último estremo la idea de la muerte. Ahora por el contrario, el misterio habia desaparecido, y la bri-

Universidad Internacional de Andalucía

llante realidad que se ofrecia á los espedicionarios, comunicaba á los semblantes la alegría de los corazones, por la que causaba á cada individuo la buena dicha de verse elegido para una empresa en que era nada comun el número de los sobrantes: y volviendo la vista á los deudos y amigos que partir los veian, tan solo animacion y gloria y dobladas esperanzas pudieran observarse, por mas que la envidia ó el sentimiento de quedar en tierra arrugase los semblantes de algunos pocos. Sin embargo, los resultados de ambas espediciones no podian presentarse mas diferentes en la imaginacion filosófica de quien ambos cuadros estudiase; y no deja de hablar con maravillosa elocuencia la inmensa gloria que circundó las sienes de los primeros aventureros que llorados quedaban por el vulgo de sus deudos, comparada con la escasa admiracion que pudiera causar la muchedumbre que ahora se entregaba á las ondas con envidia de los que no podian seguir sus huellas.

Segun hemos dicho, eran diez y siete los bastimentos, de los cuales se contaban tres naos de cien toneladas y las restantes carabelas harto mayores y mejor acondicionadas que las conductoras de la primera empresa (1). Navegaron unidas con rumbo al S.-O. de las Canarias, á las que arribaron el dia 1.° de octubre, no sin haber esperimentado algunas calmas que prolongaron la natural duracion de la travesia. En la Gran Canaria se carenó ligeramente una de las naos, que hacia bastante agua; en la Gomera se refrescaron los mantenimientos y provisiones, y en la del Hierro tambien se entretuvo la armada, como si pretendiera no abandonar el antiguo mundo sino partiendo de su término mas avanzado.

Al fin el dia 13 de octubre se dieron al mar los bastimentos con pliegos cerrados del Almirante, que solo podian abrir los capitanes respectivos en el siniestro caso de que la tempestad los separase; y como los cálculos siempre exactos del célebre marino le hubiesen dado hartas seguridades respecto á la verdadera situacion de las que pretendian encontrar islas de los Caribes, mandó poner las proas al S.-O., en vez de seguir la direccion de O. que en su primer viaje habia marcado, con harto contrariado empeño, siendo tan singular la exactitud de su derrotero, que al amanecer el dia 3 de noviembre, el piloto de la nao almi-

(1) Habiase contratado y aparejado, ademas de las ya dichas, mayor número de velas para la espedicion que nos ocupa, á saber: una carraca de porte de mil doscientos y cincuenta toneles: cuatro naos de ciento cincuenta á cuatrocientos y cincuenta idem, y una carabela: este en la villa de Bermeo, y todos los dichos bastimentos bajo la conducta de Iñigo de Artieta, general de la mar nombrado para aquella jornada; pero sin duda por los gastos superiores y escaso fruto que buques de tal calidad habian de reportar á la corona, prescindióse al fin de aquella fuerza, la cual se ocupó en conducir á las costas de Africa al rey moro Muley Boabdil, con todos los súbditos y familiares que le siguieron en su lastimosa espatriacion despues de la pérdida de Granada. Tambien se creyó necesaria la permanencia de esta armada en las inmediaciones de España, por si, como se temia, los portugueses aventurasen el injustificable, bien que premeditado quebrantamiento de los pactos ya habidos en la cuestion de límites. Conviene aclarar, sin pasar adelante, que asi como en las partes marítimas de Andalucía se contaba el porte de los buques por *toneladas*, en las de Vizcaya contaban por *toneles*, equivaliendo diez de estos á doce de aquellas; de suerte que la mayor de las embarcaciones contratadas y provistas en Bermeo, no bajaba de mil y quinientas toneladas.

Universidad Internacional de Andalucía

ranta anunció á la armada, con especial contento, la vista de tierra por la proa, despues de veinte dias de navegacion, que sin duda hubieran sido menos á no haber tenido que acortar velas todos los bastimentos durante la travesía, para ceñirse á las condiciones menos marineras del que montaba el Almirante.

El contento de las tripulaciones en aquel momento de buena dicha no hay para que decirlo, puesto que tan próspero y breve fué el viaje, como dichoso el descubrimiento: bien que en aquel no hubiesen faltado algunas señales de visible y justa zozobra por causa de una furiosa tempestad que se anunció durante cuatro horas en la noche del 27 de octubre, la cual, no obstante, se corrió con favorable suceso, puesto que ningun bastimento se apartó del rumbo marcado por lo que el temporal se agitaba por la popa. La aparicion repentina del fuego marino á que los navegantes dan el supersticioso nombre de *San Telmo*, tranquilizó los ánimos durante el peligro, y les hizo no mirar aquel percance mas que como una señal afirmativa de la celeste proteccion que en su empresa les asistia (1); por lo que sobre las cubiertas de los buques, con mística armonía, se rindieron gracias al Todopoderoso.

Sucedió la aparicion de las nuevas tierras sobre los 55.° de longitud occidental y 15.° 30.' de latitud N.; y porque era domingo el dia que tan venturoso acontecimiento habia de conmemorarse, llamó Colon *Dominica* á la primera isla que se descubrió por la proa, que era aproximadamente la situada en aquellas condiciones, y formaba con la no interrumpida cadena de otras islas que sobre el N. fué reconociendo mas adelante, hasta llegar á la Española, parte de esa barrera semicircular que se estiende desde la costa septentrional de la América del Sur, hasta la punta oriental de Puerto-Rico, la cual separa en cierto modo del Occéano, el denominado *mar de las Antillas*.

Como era natural, para dar solaz á la mente y aumento á la corona cuyos intereses servia, tratóse por la armada de tomar tierra en la Dominica; pero como

(1) San Telmo llaman los navegantes á cierto meteoro que á veces se deja ver en los palos y bergas del buque en forma de bolas de fuego, de las cuales eran siete las que se mostraron á la espedicion en la citada tormenta. Antiguamente decian que semejante fenómeno eran los mitológicos hermanos *Castor* y *Polux* hoy comprendidos en las constelaciones, y otros lo designaban tambien con el nombre de *Helena*, de la propia familia. El doctor Chanca, que iba por médico de la armada, escribió una carta de este segundo viaje de Colon á los señores del cabildo de Sevilla, y al referir en ella la tormenta lo hace de este modo. «En todo este tiempo tuvimos mucha bonanza, que en él ni en todo el camino *no habimos fortuna*, salvo la vispera de San Simon *que nos vino una que por cuatro horas nos puso en harto estrecho.*» Durante toda la baja edad asi llamaron los navegantes á la tormenta, como lo he comprobado muy recientemente en cuantos documentos he visto al efecto en el Archivo de la Corona de Aragon, conservado en Barcelona, y asi tambien esplican la frase de *correr fortuna* todos los *Diccionarios Marítimos* que he consultado. De todo lo dicho me ha ocurrido si el nombre de *Afortunadas* que se dá á las islas Canarias, estará bastante ajustado á la etimologia que se le atribuye por el vulgo de los autores, tomando la espresion de Plinio, (*lib.* 6, *cap.* 32.) Philostrato (*in Apollonio*) Plutarco (*in Sertorio*) y otros. Yo veo que las condiciones de dichas islas no son tales que aventajen á otros paises de los conocidos entonces, antes por el contrario, no habiendo la moderna cultura modificado algunas de aquellas, el estado natural de las islas distaba grandemente de la especial condicion de *afortunadas*. Siendo en gran parte árido el terreno, y frecuente el azote del viento *Sum*, que desde el gran desierto de Zahara se deja caer en dichas islas con toda su fuerza, los temporales en aquellos mares no escasean y siempre habrán sido frecuentes las *fortunas* que alli se *corrieran* por los navegantes: de manera que, sin aventurar grandemente la exactitud, bien se puede creer mi opinion ó rechazarla.

Universidad Internacional de Andalucía

no apareciese á la vista seguro puerto, y á la par se presentase otra isla no menos frondosa y de mayor espacio hácia el septentrion, torciéronse para ella las proas, y se tomó formal posesion del nuevo archipiélago por los reyes de España en la tierra de la cercana isla, á que llamó Colon *Marigalante*, del nombre de su nave, en tanto que otra rodeaba la Dominica para buscar el que al fin llegó á encontrar seguro puerto; bien que sin anclar en él, solamente lo reconoció para continuar su carrera hasta reunirse en el propio dia y dar cuenta al Almirante. En la isla que sirvió de espansivo desembarco á los espedicionarios, procuráronse en vano siquiera ligeras muestras de que fuese habitable, puesto que ni hombres, ni chozas, ni otros vestigios en ella se vieron, razon bastante para que en la madrugada del dia 4 se tendieran al viento las velas con ánimo de continuar el reconocimiento de aquel archipiélago hácia la parte del N.

Muy pocas mas de veinte millas habria navegado la armada, cuando se ofreció á su desembarco otra isla mas dilatada y frondosa que las ya vistas, y con mejores probabilidades de noticias, puesto que por algunas casas que cerca de la costa se advertian, daba evidentes señales de estar habitada. Echáronse, pues, al agua los botes despues de anclar los buques, y no tardaron las investigaciones en acreditar los ajustados cálculos del pensamiento. ¡Pero cuál fué la horrorosa verdad que allí aprendieron los europeos, al penetrar en las rústicas viviendas de los fugitivos isleños! El espíritu se amilana al describir lo que resiste la pluma, y el pensamiento se eleva á la divinidad para dar infinitas gracias por la realizada inspiracion del descubrimiento. Si la gloria de Colon no hubiera sido tan inmensa, siquiera por lo que á sus cálculos debieron las ciencias, la comunicable cultura, el comercio y todos los intereses materiales del globo, bastaria sin duda para que superase su fama á todas las famas adquiridas, la estincion del canibalismo, horrible proceder del estado salvage, que estremece los miembros y hiela la sangre, cuando en sus feroces condiciones se para la mente.

Penetraron los españoles en las rústicas chozas, y si alguno tuvo sed, se ofrecieron á su vista para satisfacerla en los multiplicados manantiales de la isla, vasos humanos de cráneos curtidos; y si tuvo hambre, no le faltaron tampoco pedazos de carne de semejantes suyos, ya secándose para sabrosa cecina, ó bien asándose en animadas fogatas. El doctor Chanca, al hablar de estos horrores, dice: *Los hombres que pueden haber, los que son vivos llévanselos á sus casas para hacer carnicería dellos, y los que han muerto luego se los comen. Dicen que la carne del hombre es tan buena, que no hay tal cosa en el mundo; y bien parece, porque los huesos que en estas casas hallamos, todo lo que se puede roer, todo lo tenian roido: que no habia en ellos sino lo que por su dureza no se podia comer. Allí se halló en una casa cociendo en una olla un pescuezo de un hombre* (1).... *Los cuentos de los Lestrigones y Polífemos*, dice Pedro Mártir de

(1) *Carta del doctor Chanca al cabildo de Sevilla*. Navarrete, *Coleccion de viajes*, tomo I.

Universidad Internacional de Andalucía

Angleria, *que de carne humana se nutrian, ya no son dudosos.* ¡*Leed, pero tened cuenta no se os ericen de horror los cabellos* (1)!... Hombres de la moderna cultura que todavía mancillais la fama de los primeros descubridores: si sois humanos: si la civilizacion de que haceis constante alarde en vuestros calculados argumentos, es una verdad sagrada que todas las preocupaciones fanáticas de pasados tiempos no pueden destruir, retroceded en el camino de las acriminaciones, y tributad un recuerdo de agradecimiento á los que con su presencia destruyeron la mas horrible entre todas las costumbres. Cuando envenéneis vuestra pluma en el moho de las cadenas europeas con que se aherrojaron los sencillos habitantes de la isla Española, purificándola antes de escribir en la sangre inocente que desde entonces cesó de manar en las islas de los caribes, y para desviar la mente de las tropelías, que asi se declaman para condenarlas como se desprecian para cometerlas por aquellos mismos que mas las acriminan, tened presente que ya no se verifican en las regiones occidentales, merced á los españoles cuyos procederes acusais de bárbaros é incultos, aquellos feroces banquetes en que los hombres bebian de su propia sangre, y se alimentaban con la carne de sus hijos (2).

Las primeras investigaciones practicadas en la nueva isla, dieron por resultado la prision de algunos muchachos y varias mugeres que cautivas estaban; y porque de sus esplicaciones no se aprendieron bastante las condiciones del terreno, ordenó el Almirante que algunos pelotones bien armados se internaran por diferentes vias para satisfacer sus curiosas observaciones. Hiciéronlo con efecto varios capitanes, de los cuales todos, menos un Diego Marquez, que era veedor de la armada á la vez que capitan de un navío, regresaron de su espedicion en la propia noche con tan indiferentes nuevas, que bien quisiera el Almirante haber continuado su navegacion con la aurora del dia siguiente; pero Marquez se habia estraviado con ocho hombres mas que le acompañaban, y como su abandono hubiera sido tambien el orígen de una muerte segura en pais de costumbres tan feroces, no zarpó la armada de la isla de *Guadalupe*, que así la bautizara el Almirante, hasta que los estraviados esploradores pudieron, no sin trabajo infinito, volver á encontrar la costa, á través de una vegetacion tan frondosa que ocultaba las luces del cielo.

Al fin, otro domingo, á 10 de noviembre, se volvieron á la mar todos los buques, torciendo el rumbo al N.-O. en la propia forma que las islas lo torcian, y al medio dia del 11 descubrieron otra á que se puso el nombre de *Monserrate*, por la influencia del P. Buil, que pertenecia al célebre monasterio de este nombre. Dejándola por inhabitada, alcanzaron en la propia tarde la de *Santa María la Redonda*, y en la siguiente mañana la que llamaron desde entonces *Santa*

(1) Pedro Mártir. *Carta á Pomponio Laetus.* Irving. *Vida y viajes de Colon*, tomo II.

(2) Los caribes en sus correrias, asi cautivaban hombres para comer, como mugeres jóvenes y hermosas para usar de ellas; y á los hijos varones que de este comercio resultaban, privábanles en su infancia de la virilidad para criarlos mas robustos, y los sacrificaban, cuando ya eran mozos, para comérselos.

Universidad Internacional de Andalucía

María la Antigua, y así continuando adelante por el archipiélago, llegaron á la de *San Martin*, en cuyo reconocimiento trataron de entretenerse. Para verificarlo descendieron en uno de los botes hasta veinte y cinco soldados bien provistos de armas, con que fueron á tierra á tomar lenguas, mientras la armada permanecia anclada en un puerto harto cómodo; pero como sucediera que al volverse la barca, ya desempeñada la comision que á tierra la habia conducido, hubiese aparecido ante la armada una canoa conductora de cuatro indios y dos mugeres, y á su presencia, como gente que tal no habia visto nunca, quedaron paralizados en todas sus acciones, los de la barca pudieron acercarse á la canoa tanto, que cuando aquellos pretendieron huir ya tenian cortado el paso de la fuga. Furiosos entonces hombres y mugeres pusieron mano á las armas que en flechas consistian, de la condicion que en otro lugar hemos ya manifestado, y aunque los españoles de una furiosa arremetida lograron echar á pique la canoa, la ferocidad de los indios sostuvo el combate desde las ondas, durante algunos minutos, los bastantes para que en tan nueva y desigual pelea quedaran heridos dos soldados españoles, de los cuales murió uno pocos dias mas adelante.

Tomáronse al fin los indios y las mugeres de la canoa, y admirando tanto como su valor la estraña fealdad de sus rostros, aumentada artificialmente para mayor espanto de sus enemigos, al siguiente dia 14 se dió otra vez á la vela toda la armada para divisar y poner nombre sucesivamente á las islas de *Santa Cruz*, *Santa Ursula y las Once mil Vírgenes*, hasta que en el dia 15 descubrió y tomó posesion de la que se denominó entonces *San Juan* y mas adelante *Puerto-Rico*,

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

PEDRO MENENDEZ DE AVILES.

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

y á la cual sus naturales llamaban *Boricon* ó *Burenquen*. La especial fisonomía de aquella hermosa isla convidó á Colon á pisar su tierra, mas hermosa por el concierto de su vegetacion que todas las islas descubiertas hasta entonces en aquel archipiélago. Además, que por sus dimensiones merecia mas que otra alguna los honores de un reconocimiento escrupuloso, del cual resultó á los españoles la idea de una cultura superior á todo lo visto en aquellas partes, así por lo respectivo á la construccion de las rústicas poblaciones que se examinaron cerca de la playa, como por el órden y feliz distribucion de sus labores campestres y de sus jardines. Por lo demas, en esta como en las otras islas visitadas, todos los indios huyeron á la aproximacion de la armada, y al cabo de dos dias de infructuosas pesquisas, levó anclas de nuevo para no detenerse hasta la punta oriental de la isla Española llamada *Cabo del engaño*, á la cual se acercó la espedicion el dia 22 de noviembre.

Grande fué el gozo de Colon cuando reconoció que se hallaba ya en los confines de su tierra privilegiada, siquiera no fuese mas que por los consuelos que esperaba prodigar á los antiguos compañeros de su mas arriesgada empresa; ¡pero cuánto se engañaba el famoso nauta en sus cálculos de humanidad y agradecido compañerismo! Cerca estaba, es verdad, de sentar la planta en el propio lugar donde habia erigido el primer fundamento de la superioridad europea en las regiones incultas de un mundo ignorado; pero mas cerca estaba aun de aprender una terrible verdad que jamás se debiera olvidar por los que aspiran al dominio de sus semejantes, á saber: que el esclavo es débil en tanto que no ve una favorable ocasion para quebrantar y pulverizar las cadenas que le oprimen, en cuyo caso, desbordados los diques de su razon, no hay venganza que no medite, ni crímen que por obra no ponga.

Costeando la Española continuó la armada hasta el *golfo de las Flechas*, no sin haber recibido antes amistosa invitacion de cierto cacique que en los confines orientales de la isla moraba, con ocasion de haberse detenido y tomado tierra algunos españoles para dar formal sepultura á uno de los heridos en la escaramuza del dia 13, sobre las aguas de San Martin; pero el Almirante rehusó la invitacion por los deseos que de llegar al puerto de la Navidad le consumian, y únicamente en dicho golfo de las Flechas se entretuvo para enviar á tierra gallardamente ataviado, á uno de los indios que habia llevado á España, natural de aquella isla, por cuya circunstancia sin duda no volvió á dar cuenta de sí ni de las cosas que el Almirante le habia encomendado al desprenderse de su persona, que nunca mas que entonces le habia sido necesaria.

Al fin, el dia 25 de noviembre saltaron en tierra algunos individuos de la espedicion en el puerto de *Monte Cristi*, como si pretendieran preparar los ánimos aventureros para las brillantes sensaciones que esperaban; pero cuando mas afanosos registraban para admirar los parages deliciosos de la isla, nubló la sonrisa de aquellos semblantes la presencia de dos cadáveres que cerca de un rio estaban tendidos sobre una alfombra de yerba, con un lazo al pescuezo uno de ellos,

Universidad Internacional de Andalucía

y otro en una pierna. Al dia siguiente practicando iguales pesquisas, volvió á presentarse mas adelante igual espectáculo, bien que aumentando con el horror los siniestros temores, por lo que uno de ellos manifestaba en varias señales ser español, mas particularmente en las barbas largas que los isleños no tenian. Con esto, y con el profundo silencio que se advirtió en toda la costa cuando al anochecer del siguiente dia 27 se dispararon algunas lombardas en frente del puerto de la Navidad, para avisar á los de la fortaleza el arribo de la armada, hubieron de confirmarse los temores de una gran catástrofe, que efectivamente habia sucedido.

Las primeras noticias que sobre el acontecimiento alcanzaron los espedicionarios fueron tan vagas y contradictorias, que hasta llegaron á suponer la posible existencia aun de algunos españoles tal vez internados por la isla; pero las esperanzas se desvanecieron en la mañana del 28 por voz é informacion de cierto indio venido á la nao del Almirante, el cual dijo terminantemente que todos los españoles eran muertos, que la fortaleza habia sido destruida y la poblacion de los indios incendiada por la fuerza y poder de un cacique llamado *Caonabó*, y de otro *Mayrení*, los cuales habian peleado y vencido fácilmente á nuestros compatricios dentro de su propia fortaleza ó en las casas de los indios, aprovechándose de las disensiones que entre ellos sucedieran, y del descuido y molicie en que habian caido.

Parece con efecto, que entre los principales caudillos Rodrigo de Escobedo y Diego de Arana, con sus respectivas parcialidades, habian nacido diferencias sobre la superioridad del mando, y que por consecuencia de semejantes parcialidades, y de la posesion de ciertas conveniencias de la isla, unos con otros los soldados españoles habian llegado á las manos, con muerte de varios. Súpose tambien que una parte considerable de los mismos no volvió á cuidarse de la fortaleza, morando en las chozas indianas para dar rienda suelta á liviandades y placeres de los que gastan las fuerzas y apocan los ánimos, y tambien llegó á averiguarse que el mismo Escobedo, con otros diez de sus parciales, se habia internado en la isla en busca de las minas de Cibao, cuya ponderacion habia dispertado sus tendencias ambiciosas, soñando gozoso en la mas abundante riqueza: pero que al penetrar en los dominios del cacique Caonabó, caribe de raza, que se habia conquistado en la isla Española una ventajosa posicion por lo que sus hechos valian, salióles al encuentro con multitud de indios, y logrando apoderarse de los once aventureros á todos dió muerte, para facilitar con ella la estincion de la raza española en toda la isla, conforme habia proyectado repetidas veces. Así, pues, con la disminucion del número, harto flaco de suyo cuando de guerrear se tratase en tan apartadas tierras, y la division que reinaba entre los demas españoles, nada pudo serle mas practicable que la sorpresa verificada en la fortaleza á favor de las tinieblas, y la muerte sucesiva de todos los que en las chozas indianas sin ninguna precaucion estaban entregados al mas completo descanso. Supúsose que Guacanagarí hubo de tomar parte en la lucha á favor de sus

Universidad Internacional de Andalucía

huéspedes, y aun el mismo caudillo se entretuvo algunos dias en su *hamaca* lastimándose de cierta herida que no tenia, segun resultó del reconocimiento que en presencia de Colon practicó el doctor Chanca; pero lo mas cierto es que se violaron al cabo las leyes de la hospitalidad, sino conocidas, al menos practicadas hasta allí por los indios, y que todas las ilusiones de confraternidad y armonía con que se habian alimentado los nuevos aventureros al pensar en las regiones tras-atlánticas, se nublaron entonces con el espíritu guerrero de su pais natal, que dió súbito calor á los feroces y naturales instintos de la venganza.

Tal fué el orígen de los escesos que por algunos se cometieron desde entonces en las posesiones que se iban conquistando, por mas que autores celosos del colosal poder español en aquellos y posteriores tiempos lo achaquen á muy diversas causas. Es verdad que algunas tendencias de general codicia, y funestos resultados de propias desavenencias, guiaron el consejo de los incautos españoles que á la provincia de Cibao se dirigieron; pero tambien es verdad que no fué el defender intereses inapreciados lo que guió la fuerza de Caonabó para dar muerte á los aventureros que penetraron en sus dominios, y sí únicamente el deseo de estinguir la raza estranjera que á su autoridad causaba tan sangrientos celos. Por lo demas, las consideraciones filosóficas que desprenderse pudieran de la incuria y postracion á que condujo á los españoles el uso inmoderado de las pasiones naturales, y la confianza á que se abandonaron por la amistosa armonía que conservaban con los indios en los dominios de Guacanagarí, no pudieran ser mas que repeticiones enojosas de casos y consideraciones semejantes en mayor escala sucedidos é inspirados, sin otro resultado que el convencimiento doloroso del desprecio en que se tienen los ejemplos de la historia, mal entendida por los que la estudian distraidos ó presuntuosos de sus propios recursos en los casos difíciles, ó mas bien abandonada con frecuencia al polvo de los estantes, por lo que suele carecer de narraciones fabulosas ó de situaciones sobrenaturales.

Cuando una dolorosa resignacion puso término al sentimiento de los españoles, hubo de pasar bien acompañado el cacique amigo á la nao del Almirante, estratégica exigencia que inventó Colon para deslumbrar su espíritu, por si tenian fundamento las sospechas que algunos alimentaban contra el caudillo de la isla en la muerte de los españoles. Asistió con efecto Guacanagarí al bastimento de Colon, no sin admirarse grandemente al aspecto que ofrecia el conjunto de la armada; pero sus gestos se multiplicaron á medida que el Almirante le mostró, despues de las mayores piezas de artillería y otra multitud de armas que hasta entonces no habia visto, los animales de diversas especies que para poblar la isla se llevaban; y su pasmo creció de punto cuando tuvo ocasion de contemplar los caballos: natural consecuencia de la inculta sencillez que en el género de los cuadrúpedos no conocia mayores razas que la de los perros mudos y la mas menuda de las útias ó conejos.

No obstó la admiracion, sin embargo, para que el buen cacique reparase con encendida intencion en algunas mugeres indias de las que se habian rescatado en

Universidad Internacional de Andalucía

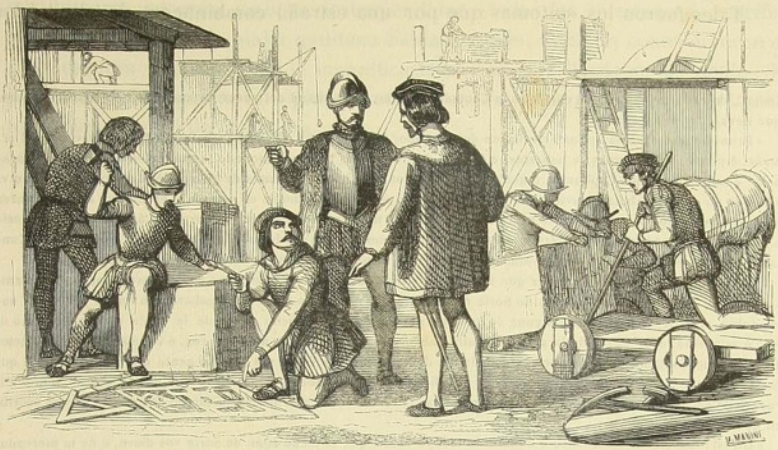
las islas de los caribes; en especial se enamoró al parecer de una, la mas gallarda y hermosa á que los españoles llamaban Catalina, con la cual se entendió en términos de disponerla á la fuga. Verificóse esta, con efecto, en la noche posterior al siguiente dia, confirmada en su propósito por un hermano de Guacanagarí que en la tarde mas próxima fué á reanimar el proyecto, el cual se llevó á efecto por todas las cautivas cuando las altas horas de la noche daban natural abrigo á sus desagradecidos procederes. Para ello se echaron al agua cautelosamente, aunque no tanto que el centinela del castillo de popa no se apercibiese: con lo cual se tocó alarma y se tripularon los botes para perseguirlas, dando tiempo sobrado para que al comenzar á bogar hácia la tierra, que estaba media legua distante, hubiesen nadado las fugitivas mas de una tercera parte: con todo, tomáronse cuatro en el momento de alcanzar la orilla, y cuando al dia siguiente se fué á reclamar las otras á Guacanagarí, en cuyas posesiones se habian refugiado, ni el cacique ni alguno de sus súbditos parecieron en todo aquel terreno, como que su lugar no semejaba otra cosa que un tosco cementerio, por la soledad que en él reinaba. Semejante conducta acrecentó las sospechas en los dudosos y los cuidados en el Almirante, que se veia de nuevo espuesto á los percances de la conquista sin amigos ni aliados en el vasto territorio de que pretendia enseñorear á los monarcas de España; y no hay duda que las imaginaciones ligeras que al participar de la empresa no habian soñado mas que escenas de eterna ventura, aprendieron en el suceso una leccion de cuanto es necesario sacrificar á la realidad natural de las leyes del mundo, las narraciones exageradas y las mas gratas ilusiones.

En tan crítica situacion, y porque ya iba siendo enojosa á racionales y brutos la residencia en los buques, se trató formalmente de erigir una poblacion en la isla, al modo de las europeas, para cuyo efecto se llevaban las herramientas y materiales necesarios, faltando únicamente la eleccion del sitio. Por mas próximo á Cibao, donde se suponia la mayor abundancia de oro, y mejor calidad del terreno así para la fortaleza militar como para la salud de las personas, se designó aquel por último, á unas diez leguas mas al Oriente del puerto de Monte Cristo, en la propia costa de la isla, con espacioso y seguro puerto, en que dos rios desembocaban no distantes, para facilitar mayores comodidades sobre el propio terreno á los nuevos pobladores: y por lo que urgia la pronta construccion de la ciudad, salieron á tierra todos cuantos á la ordinaria tripulacion de los buques no pertenecian, así como los animales y demas cosas estrañas al servicio marinero.

Al rededor de un lago inmediato al terreno marcado para la ciudad se estableció un provisional, pero muy bien ordenado campamento, desde el cual partian diariamente los trabajos; y era de ver como el destino, humillando las soberbias pretensiones del hombre, se gozaba en la fatiga y cansancio de aquellos aventureros que habian soñado montañas de oro, cuya estraccion y posesion, segun ellos, no debia costarles mas que la molestia de un largo, pero seguro viaje.

Universidad Internacional de Andalucía

Todavía por lo que tienen de inexcrutables los secretos de la Providencia, se acumularon sobre la espedicion mayores desdichas; como que influyendo con



los trabajos del cuerpo las diferencias del clima, y los efectos alimenticios, desarrolláronse en el campo tales enfermedades, que en breve tiempo mermaron el número de los españoles, poniendo tambien en lastimoso estado la robusta constitucion del Almirante, bien que á escepcion de muy escasos dias, siempre asistió personalmente á la direccion de los trabajos. Edificáronse casas en abundancia para mayor número de la gente que allí habia, dando á la construccion un órden simétrico por lo respectivo á plazas, calles y travesías: levantóse á Dios el templo consiguiente, que no sin él pudieran pasar gentes á la cristiana religion tan devotamente apegadas: se inventaron fuentes y jardines para la comodidad y el recreo, no olvidándose de aceptar las condiciones locales en beneficio de los molinos, y otras necesidades absolutas de una poblacion improvisada, y finalmente el alguacil real Bernal Diaz de Pisa, que á la empresa asistia como lugar-teniente de los contadores mayores de Sevilla para el órden de la contratacion, obtuvo el correspondiente ventajoso terreno para levantar una especie de aduana con todas las condiciones indispensables al mejor desempeño de las instrucciones que de los Reyes Católicos llevaba (1). A toda la poblacion

(1) Las instrucciones que dieron á Bernal Diaz de Pisa los Reyes Católicos, como contador de la armada por encargo de los contadores mayores de la contratacion naciente entre España é Indias, no podemos menos de consignar aquí por el enlace que guardan con las dadas al Almirante, y por lo que unas y otras han de ilustrar la historia del *Cuerpo administrativo de Marina*, que á su tiempo se ha de escribir en esta obra. Por lo dicho, pues, las copiamos en esta página tales como se hallan registradas en el Archivo de Indias de Sevilla, segun Navarrete, *Coleccion diplomática*, tomo II.

«El Rey é la Reina: Lo que vos Bernal Diaz de Pisa, Contino de nuestra casa habeis de facer, Dios queriendo, en las Islas é Tierra firme por nuestro mandado descubiertas é por descubrir en el mar Occéano á la parte de las

Universidad Internacional de Andalucía

bautizó el Almirante con el nombre querido de *Isabela*, por rendir merecido tributo á la mas visible proteccion de los descubrimientos hechos hasta hoy en todos los confines del globo terráqueo.

Tales fueron los síntomas que por una estraña combinacion de alternados

Indias, donde vais, tocante al cargo de la Contaduría dellas, por virtud del poder de nuestros Contadores mayores que llevais, es lo siguiente:

«Primeramente habeis de tomar relacion del Contador Juan de Soria, de las carabelas é navios que van en el armada, é piezas, é lombardas, é ballestas, é lanzas, é otras armas todo por menudo lo que va en cada navio é carabela: é asimismo de los Capitanes, é gentes de marineros, é Oficiales é gentes de guerra, é otra cualquiera que va á sueldo en cada carabela é navio, é el nombre de cada persona é de donde es vecino, é el dia que se presentaren é por el tiempo que van pagados; é asimismo de todos los mantenimientos que van cargados á cada capitan, é asimismo de la mercaduría que llevare la persona que Nos mandaremos; é de todas las otras cosas que el dicho Contador Juan de Soria ficiere para proveimiento de la dicha armada, porque vos tengais cuenta é razon desto.

«Otrosí: el Almirante ha de hacer que se haga alarde de toda la gente que fuere en los navios por ante él é ante vos, por la copia que el dicho Juan de Soria diere ó enviare al tiempo que se desembarcaren en las islas cada navio sobre sí, para ver si faltare alguna de la dicha gente, é facer el dicho alarde de la gente de caballo como de pié, é asimismo facer alarde de la gente que allá quedare en las islas cada mes una vez, é habeis de enviar relacion ante el dicho Contador Juan de Soria, firmada del dicho Almirante é de vos, de la gente que allá quedare é que personas son é la gente que acá tornare en los dichos navios nombre por nombre, por donde acá se fenezca la cuenta de cada navio sobre sí, é si algunas personas faltaren de las que hobieren ido en los dichos navios escriba en que tiempo faltaron.

«Otrosí: habeis de tener libro é cuenta de toda la razon que el dicho Juan de Soria vos diere, é de la mercaduría que de los dichos navios fueren, é habeis de tener cuenta é razon de todo el oro é otras mercadurías que se ficieren allá y se trugieren, de lo cual todo habeis de facer libro aparte, é al tiempo que se cargare sea en presencia del Almirante ó de la persona quel nombrare, é en presencia de vos el dicho Bernal de Pisa; é habeis de escribir por menudo todas las cosas que cargaren, las cosas que requieren venir por peso se pesen é las escribais, é las otras cosas que no requieren peso vengan por escrito é por cuenta, é de todo ello enviad la relacion firmada del nombre del dicho Almirante, ó de la persona que él nombrare que esté presente á lo susodicho, é de vos el dicho Bernal de Pisa, al dicho Contador Juan de Soria, para que acá se reciba por la dicha relacion, é las asiente en su libro, é las carguen á las personas que lo han de recibir en la dicha casa.

«Otrosí: habeis de enviar cada vez que acá vinieren navios, relacion firmada del nombre del dicho Almirante, ó de la dicha persona que él nombrare para ello, de lo que cada uno trae, asi en oro como en especería, como en otra cualquier cosa, al dicho Juan de Soria, para que al tiempo que los dichos navios acá llegaren, el dicho Juan de Soria tome la cuenta por la dicha relacion que asi le enviaredes por la forma susodicha; é enviad la dicha relacion con la persona que trugiere las dichas mercadurías, é otra con el Contador que viene en cada navio, é si no viniere contador con otra persona fiable: despues desto, enviad con el primero viaje otra relacion de lo que asi hobieredes dado á las susodichas, con el Contador ó con otra persona de recabdo, por manera que vengan tres relaciones, y en todas se ponga todo buen recabdo.

«Ha de haber una casa en las dichas islas, en la parte que mas conveniente fuere, donde acordare el dicho Almirante, para que allí se descargue cualquier mercaduría de los dichos navios que de acá fueren, é donde se faga é traiga el oro é otras mercadurías que se hobieren de cargar, para que las asenteis é pongais relacion de todo en vuestros libros; é fuera de la dicha casa ninguno no sea osado de cargar ni descargar mercadurías algunas: la cual dicha casa mande facer el dicho Almirante á los carpinteros é albañiles, é gente que allá estoviere.

«Otrosí: que los mantenimientos que fueren á las dichas islas para toda la gente que allá fuere, se hayan de repartir como el Almirante mandare, en vuestra presencia é de vuestro escribano.

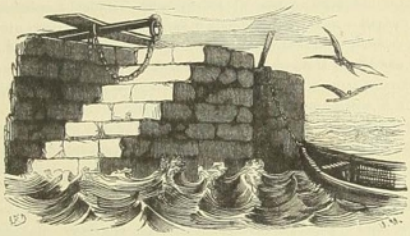
«En las cuales dichas cosas vos el dicho Bernal de Pisa habeis de entender, segun dicho es, y en todas las otras que allá sucedieren tocante á la hacienda, por manera que el tesorero ó receptor que allá estoviere no pueda hacer cosa ninguna sin vos, el dicho contador Bernal de Pisa, para que tengais razon é cuenta dello.

«Otrosí: que si demas de lo que provea el dicho Juan de Soria, contador que ha de estar acá, se hallare en algun navio alguna cosa encubierta, demas de lo que estoviere en la copia del dicho Juan de Soria, ó mas navios de los que van, que el dicho Almirante tome, é lo embargue é ejecute en vuestra presencia, segun é por la forma é manera que en la cédula que Nos para ello mandaremos dar se contiene, é lo que de lo tal á Nos perteneciere, fagais cargo dello al receptor.

«Por ende Nos vos mandamos que veades la dicha instruccion suso-escripta, é la guardeis, é cumplais, é usedes de los poderes que de los dichos nuestros contadores mayores teneis, segun que en esta dicha instruccion se contiene, é contra el tenor é forma della non vayades ni pasedes en manera alguna. Fecha en Barcelona á siete del mes de junio de mil cuatrocientos noventa y tres años.—Yo el Rey.—Yo la Reina.»

Universidad Internacional de Andalucía

sucesos, prepararon los ánimos de nuestros aventureros á la conquista y dominio de la isla Española, bien distintos por cierto de los que en sus cálculos se habian presentado como mas naturales al partir de la Península. Pero si ellos perjudicaron en gran manera destruyéndolas, todas las ilusiones de pacífica ambicion que sobre la playa gaditana habian nacido, tambien contribuyeron en gran manera á desarrollar la magnífica fama con que llenaron los anales del siguiente siglo aquellos intrépidos aventureros, cuyos nombres resuenan tan altos en los sucesos de la guerra.



Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

CAPITULO XVIII.

Reconocimiento interior de la isla Española.—Regreso de los buques á España con muestras propicias de la bondad mineral de la isla.—Conjuracion de Bernal Diaz de Pisa; descúbrela y destrúyela el Almirante.—Espedicion general á las montañas de Cibao: brillantes sensaciones que en ella se esperimentan: ereccion del fuerte de *Santo Tomás* y regreso de la espedicion á Isabela.—Hostilidades del cacique Caonabó: enfermedades en Isabela, y disposiciones del Almirante para contrariar las primeras y atajar las segundas.—Espedicion de Colon por la costa meridional de la isla de Cuba: hace escala en los puertos de *Guantanamo y Santiago de Cuba*, y desde la altura de *Puerto Tarquino* vira al S. y descubre la *Jamayca*.—Anclage en la nueva isla para carenar la carabela del Almirante, y combate con los naturales.—Vuélvese la espedicion á la costa meridional de Cuba: sufre una espantosa tormenta sobre el *cabo de Cruz:* atraviesa por entre las islas que llamó el Almirante *Jardines de la Reina:* pasa el golfo de *Xagua:* toca en el mar blanco y avanzando hasta la entrada occidental de la gran bahia de Batavanó sobre los 76.° y 49.' de longitud al Occidente de Cádiz, vira al Sur haciéndose antes una declaracion general por todas las tripulaciones de que la isla de Cuba era Tierra firme.—Descubrimiento de la *isla de Pinos:* vuelta á la costa de Cuba y descanso en la de Ornofay, por la bondad de sus naturales.—Danse de nuevo al mar los bastimentos: tocan en Jamayca, la costean por el S., y tras de inmensos peligros y reconociendo todo el mediodia de la isla Española, vuelve la espedicion á Isabela doblando el cabo del Engaño, y depositando al Almirante, casi cadáver por sus graves padecimientos, en brazos de su hermano D. Bartolomé, recien llegado á la Colonia.

Entre los primeros cuidados del Almirante, despues de elegido convenientemente el lugar donde se habian de plantar los cimientos de la cultura europea, tenia privilegiada atencion el regreso de algunos buques á España, no solo para satisfacer la curiosidad de los que interesados esperaban las primeras noticias de sus parientes y amigos, sino tambien por dar cuenta á los Reyes Católicos de cuanto en el tránsito hasta el desdichado establecimiento de la Navidad habia pasado. No dejaba tambien de preocuparle el mal efecto que la muerte de los treinta y nueve españoles habia de causar en la Península, y para cohonestarlo creyó de grande utilidad el envio, cuando menos, de grandes esperanzas, ya que por no perder sobrado tiempo, aquellas no pudiera enviarlas convertidas en

Universidad Internacional de Andalucía

las mas lisongeras realidades. Al afecto destacó desde la Isabela hácia el interior de la isla sobre el Sur, dos partidas escasas en el número, bien que fuertes en los aprestos y autorizadas por lo que sus caudillos valian, como que uno de ellos era Alonso de Ojeda, y el otro cierto caballero jóven llamado Gorvalan, que en nada cedia á los mas apuestos y animados. Llevaban instrucciones de atravesar por distintas vias el territorio intermedio hasta las montañas de Cibao, que eran las supuestas regiones del oro, ya facilitando la espedicion con amorosos procederes, ó bien poniendo en juego los recursos bélicos de que iban provistos convenientemente, por si, como era de temer, el intrépido Caonabó les saliese al encuentro. Por fortuna de nuestros primeros pasos en el establecimiento y toma de posesion de las Antillas, no hubo necesidad de otra cosa que de corresponder graciosamente á la hospitalidad de los indígenas, y de admirar en sus campiñas al Supremo Creador por la mas deliciosa de sus obras. Pocos dias pasados desde la salida de la Isabela de ambas partidas, regresaron una y otra tan llenas de sensaciones como abundantes en pruebas de la riqueza mineral de la isla, como que además de los pedazos de oro que recogieron en los arroyos ó rescataron de los indios, trajeron evidentes señales de preciosas canteras de jaspe, y algunos pedazos de lapiz-lázuli.

Harto menos hubiera bastado para tranquilizar con el envio la acalorada fantasía del Almirante, de suerte que el regreso de la armada se dispuso á cargo de Antonio de Torres, alcalde que era de la ciudad de Isabela y capitan de la nao *Marigalante*, no sin dejar para las urgencias de la isla cinco buques bien acondicionados (1), dando á dicho oficial bastante comision para certificar los sucesos que la pluma hubiera grabado escasamente. Tambien llevaba un memorial de Colon ajustado á las mas urgentes necesidades de la isla, para que SS. MM. proveyesen su inmediato envio (2), y á la par iban en los buques todos los hombres, mugeres y niños que de los caribes se habian tomado, con propósito, segun Colon de que en España se instruyesen en las cosas de la Fé Católica y moderasen sus feroces instintos (3).

(1) Eran estos buques dos naos, á saber: la *Gallega* y la *Capitana*, y tres carabelas que escogió Colon como mas á propósito para el reconocimiento y costeo cercano de aquellas tierras.

(2) Llevaba Antonio de Torres la órden de apresurar el envio de dos carabelas fletadas por cuenta y riesgo de la corona, para que la deliberacion y pausados acuerdos no estorbaran la urgente satisfaccion de perentorias necesidades: y en el capítulo correspondiente del memorial á los Reyes Católicos, recomendaba que asi dichas carabelas como todos los buques que en adelante hubieran de fletarse, entraran en el ajuste por toneladas y no de otra manera, de lo que resultarian conveniencias á la hacienda, segun por esperiencia en la segunda empresa habia tocado. SS. MM. se ciñeron con efecto á la proposicion, mandando que asi se concertaren en adelante los fletes, abandonando toda otra forma: debiendo advertir que ya la práctica se habia anticipado al concertar con Iñigo de Arieta por semejante medio el armamento que para la segunda espedicion se habia hecho en la villa y puerto de Bermeo.

(3) Hubo de proponer Colon á los Reyes Católicos, respecto á los caribes, la esclavitud en los propios términos que entonces se acostumbraba en las naciones de Europa con los negros de las costas de Africa, fundado en la indomable condicion y perniciosas costumbres de aquellos, y en la conveniencia de suavizarlos con el mas frecuente trato de españoles. Al efecto creia conveniente que se verificase semejante comercio por medio de cambios consistentes en animales llevados allá, de los necesarios para el trabajo; pero SS. MM. suspendieron los efectos de la peticion hasta consultar sus escrúpulos al mismo Almirante, de donde resultó la benéfica circunstancia de no haber

Universidad Internacional de Andalucía

Sucedió la partida de la armada el dia 2 de febrero de 1494; y como las enfermedades crecian, no obstante la abundancia de cuidados que desplegaron con el doctor Chanca todos los que en las cosas de medicina entendian, y por otra parte se hubiesen maleado bastantes provisiones de las llevadas allá de nuestro territorio, con lo que las raciones se acortaron, decayó grandemente el valor de algunos aventureros, y á la vista y consideracion de una vida trabajosa, comenzó á levantarse un sordo rumor semejante al que de lejos se escucha cuando la tempestad se espereza en la inmensidad de los mares.

Todavía Colon estaba privado por su enfermedad de recibir las impresiones atmosféricas, cuando le dieron cuenta del peligro que amenazaba el éxito de sus tareas, y su sagaz política no tardó en descubrir la mas inconveniente sedicion que pudiera levantarse. Estaba al frente de ella el lugar-teniente de los contadores Bernal Diaz de Pisa, representante fiel de la rencorosa ojeriza que sus principales tenian al Almirante, y se estendian sus propósitos hasta el delito de quererse desertar con los cinco buques que en la Española habian quedado, volviéndose á España seguros de la impunidad por lo que el tal cabecilla esperaba de las bondades de los Reyes Católicos, en cuyo servicio especial se habia entretenido algunos años. Para que el proyecto alcanzase toda la autoridad que requeria, no hay duda que debia ser poderoso, como en efecto era el número y la calidad de los conjurados; ambiciosos que no creian en la existencia abundante del oro que apetecian, porque la tierra, y los árboles, y las montañas, y los rios, no lo despedian á montones sin la concurrencia del trabajo: caballeros de ilustre cuna que por la condicion de la empresa se habian rebajado de órden superior á poner las manos en la construccion de la ciudad que á la conveniencia de todos se levantaba: regalados cortesanos que en la abstinencia decretada para la conservacion general de la colonia, tenian que moderar los instintos materiales de su gula, y aventureros de fantástica imaginacion que inmediatamente no chocaron con ejércitos poderosos de espléndidos reyes, cuyas posesiones ofrecieran brillantes los mas seductores estímulos de la conquista; todos, desconcertados en sus sueños quiméricos de fáciles venturas, se apresuraron á entrar en la sedicion con la seguridad de que tan crecido testimonio no podria menos de ser admitido en España por descargo bastante de su delito.

Afortunadamente salió Colon al paso de los tratos, y antes de que por obra pudieran ponerse robusteció con el descubrimiento del delito la autoridad de su persona, aprendió el proyecto de los comprometidos en un memorial de cargos é injurias contra su persona que sorprendió al caudillo: aseguró á este y le envió á España con los comprobantes de su delito, y desarmó todos los buques escepto

tomado cuerpo la esclavitud de los indios en el territorio de España. A pesar de la cualidad de estrangero que en la Península distinguia á Colon, y de la repugnancia con que fué leida y desechada en nuestra córte la propuesta, todavia el espiritu torcido de autores estraños nos hace gravisimos cargos tan solo por una idea inhumana en que otra parte no pudiera justamente atribuirsenos que la de haberla rechazado por voz y mandamiento de nuestros mas célebres monarcas. Véase el memorial que trajo á la córte Antonio de Torres, impreso en el tomo I de viajes, correspondiente á la coleccion del Sr. Navarrete.

Universidad Internacional de Andalucía

la nao de mas porte, en la cual puso con los efectos indispensables de aquellos una respetable guarnicion compuesta de las personas que mas confianza le inspiraban.

Desecho el motin, y apegados otra vez á su voluntad aquellos que de su clemencia participaran, torció el Almirante los procederes á la inmediata realizacion de sus creencias, con lo cual no solo aquietaria los amagos del disgusto sofocado, sino que daria manifiesta satisfaccion á los monarcas del objeto que á la empresa le conducia. Asi pues, rodeado de cuantos oficiales y operarios en lo de esplotar minas entendian y seguido de una hueste numerosa en hombres de armas, peones é hijos-dalgo, que no bajaba de cuatrocientos y cincuenta guerreros, dirigióse por el interior de la isla á las montañas de Cibao, guiado por los informes que del tránsito y otras condiciones locales habia recibido de los que en la esploracion le precedieran. En la continuacion y gobierno de la ciudad dejó por su lugar-teniente con ajustados poderes á D. Diego su hermano, meritorio capitan y bondadoso sugeto, cuya pacífica y suave condicion le debiera haber conservado siempre en el amor de todos sus gobernados.

Con semejantes prevenciones se dió al camino la comitiva, y no hay duda que su viaje fué de lo mas brillante que hasta entonces se habia ideado. Internáronse, no sin trabajo, los aventureros españoles por el centro de un pais inculto, pero tan abundante y rico en espontánea vegetacion, tan regado por crecidas vertientes, tan poblado de chozas indianas y tan vario en ideales sensaciones, que un solo individuo en la espedicion no hubo que no diera por bien empleados los trabajos padecidos por gozar tan agradable y sorprendente conjunto. Los mas osados en el motin de la Isabela, se afanaron allí por borrar el surco de sus desmanes, tomando mano de los trabajos mas toscos para satisfaccion de su conciencia, y en la construccion del primer camino que se abrió en el Nuevo-Mundo para ascender á una colina de encantadora perspectiva, se emplearon tan acreditadas personas, que perpetuando el Almirante su memoria quiso que en adelante se llamase aquel tránsito el *Puerto de los Hidalgos*, lo mismo que denominó *Vega real* á la hermosa y dilatada llanura que por la falda de aquella montaña se dilataba, segun Las Casas, mas de sesenta leguas de Oriente á Occidente (1), en la cual se entretuvo el ejército algunos dias á su regreso para estudiar las costumbres de los naturales, disponerlos al trato de nuestros soldados, y acrecentar con los alardes la idea de superior procedencia que los españoles habian concebido.

Llegados que fueron á las montañas de Cibao, no tuvieron dificultad en admitir como verdadera la abundancia de oro que en sus entrañas se encerraba, asi por las señales características que por toda su estension se advertian, cuanto por los crecidos granos con que los indios brindaban el cambio de bagatelas, siendo algunos como naranjas, y no faltando quien asegurase que se habian ofre-

(1) Las Casas, *Historia Ind.*, lib. I.

Universidad Internacional de Andalucía

cido allí como cabezas de muchachos. Bien hubiera querido el Almirante organizar inmediatamente sus trabajos, para la estraccion del metal apetecido; pero las provisiones escaseaban en el campo por la difícil comunicacion con el puerto, y así, contento con lo aprendido, y seguro de la posesion hizo levantar en conveniente lugar una fortaleza de madera que dejó guarnecida con cincuenta y seis hombres á cargo de un Pedro Margarite, y en seguida torció el camino en contrario para dirigirse con su ejército á la Isabela, donde entró el dia 27 de marzo despues de diez y siete dias que de la improvisada ciudad se habia ausentado.

El viaje al interior del pais que hicieran Ojeda y Gorbalan habia despojado á los indios del tránsito de los temores naturales á aquellas gentes, y el practicado en seguida por el Almirante acrecentó la mútua confianza y confirmó el inmenso poder de los españoles, por el aspecto singular que la espedicion ostentaba. En particular cautivaron con los ánimos la atencion de los indios el uso de nuestros caballos, que con el ginete juzgaban al principio un solo viviente, y la armonía de trompetas, clarines y demás instrumentos bélicos tambien influyó grandemente para infundir hácia los españoles ciertas ideas de religiosa veneracion que no eran agenas, como se hubo de suponer, á los indígenas de aquellas islas. Pero si la sencillez y bello carácter de los naturales hubieran alejado para siempre la desconfianza en el trato sucesivo con sus admirados huéspedes, no pudieran esperarse los mismos resultados, teniendo en cuenta la existencia y poderío de Caonabó, cuyos celos ahora aumentados con el mayor número y mejor condicion de sus rivales, debian producir alarmas y disgustos. Por esto, apenas el grueso de las tropas llegó á la Isabela con el Almirante, recibió este formal aviso del fuerte de *Santo Tomás*, que asi se llama-

Universidad Internacional de Andalucía

ba el recien construido cerca de los criaderos del oro, por el que Pedro Margarite manifestaba las hostilidades que comenzaban á advertirse contra el fuerte por los indios de la comarca; aviso que si no pudo alarmar considerablemente la razon por lo que valían los recursos bélicos de los españoles, se sintió no obstante por ser el preludio de sangrientas sucesivas escenas. Contentóse el Almirante con enviar algun refuerzo á la fortaleza y en seguida torció sus atenciones á mayores cuidados con que la naturaleza comenzaba á agobiarle.

Era ya entrado el mes de abril y el sofocante calor de los trópicos comenzaba á desarrollarse con todo el destructor influjo que suele ejercer sobre los europeos: desconocidas enfermedades agravaron el aspecto lastimoso de la colonia, y algunas defunciones inesperadas acabaron por sembrar la consternacion donde algunos meses antes no se pensaba menos que en todos los regalos de la existencia. Grande fué la eficacia con que los médicos se apresuraron á neutralizar los efectos destructores de la epidemia; pero era mas grande el desarrollo de esta, y asi por evitar en lo posible el contagio, cuanto por no perder un tiempo precioso, en tanto que volvian de España los bastimentos allá enviados, se dispuso á reconocer la costa de Cuba que él suponia ser la isla de Cipango, ya que no insistiese constante en la famosa idea de haber hallado los límites mas orientales de nuestro antiguo continente.

Armadas para el caso las tres carabelas, con los necesarios aprestos y oportuna tripulacion, se entretuvo en seguida el Almirante en disponer el mejor régimen de la colonia mientras durase su ausencia; tanto porque no holgaran con los cuerpos los ánimos, cuanto por seguir el propósito de apartar de la Isabela el mayor número por causa de los males que allí crecian, ordenó que todos los hombres de guerra se distribuyesen en bandas militares para cruzar por el interior de la isla, asi con objeto de reconocer detenidamente las proporciones locales, como para mantener constante entre los indios la idea del poder inmenso con que los españoles podrian desconcertar todas sus hostiles tendencias.

Arregladas y distribuidas las facciones conforme á las necesidades de la empresa, halláronse todavía en disposicion de asistir al reconocimiento de la provincia de Cibao hasta doscientos y cincuenta ballesteros, ciento y diez arcabuceros, diez y seis hombres de armas y veinte oficiales, cuyo ejército habia de conducir Ojeda á la fortaleza de Santo Tomás para entregarlo á Mosen Pedro Margarite, que nombró el Almirante para gefe superior de la espedicion, con tales instucciones de política y buen gobierno, como pluma de la mas culta civilizacion no pudiera mejor escribirlas (1). Los sucesos posteriores no acredi-

(1) En la *Coleccion diplomática* de Navarrete están incluidas dichas instrucciones á la página 110 del tomo II, con una muy notable equivocacion en el indice ó estracto que sirve de epígrafe al documento, puesto que dice *Instruccion... para reconocer las provincias de la isla de Cuba*, y con solo advertir que entre otras cosas le mandaba el Almirante á Margarite darse buena traza para prender á Caonabó y poner á devocion de los españoles los indios de su distrito, se viene en fácil y cierto conocimiento de que no era *la isla de Cuba* aquellas cuyas provincias habia de reconocer Margarite, y sí positivamente la *isla Española*.

Universidad Internacional de Andalucía

taron ventajosamente el cumplimiento de dichas instrucciones; pero bien será decir, en honor de la verdad, que á los primeros procederes y constantes hostilidades de los indios se debió sin duda alguna la série de disturbios desórdenes y guerras con que mas adelante se ensangrentó el suelo feraz de la isla Española.

Al fin, el dia 24 de abril se dió á la mar la nueva flotilla de descubrimientos conducida por las ráfagas del Este en buen rumbo hácia el Occidente. Al pasar por el puerto de la Navidad quiso el Almirante detenerse para reconciliar la amistad de Guacanagarí por lo que pudiera ser útil á la colonia que en la isla quedaba; pero el receloso cacique evitó la vista de Colon, y este caudillo, con una ilusion menos de las que alimentaba, continuó su navegacion, á veces interrumpida por contrarios vientos, hasta el puerto de San Nicolás ó cabo occidental de la Española, desde el que descubrió la opuesta estremidad de la isla de Cuba. Atravesado el canal que separa ambas islas, tocaron los buques en Punta Maysi, que conocian entonces los españoles por Alfa y Omega, y siguiendo el propio rumbo de Occidente, bien que costeando el Sur de la isla, anclaron el dia 1.° de mayo en un espacioso puerto, que por serlo tanto se llamó entonces *Puerto Grande* y hoy se conoce por *Guantanamo*, á unas veinte leguas de la susodicha punta. Detuviéronse en tierra con el Almirante algunos individuos de la flota comunicando con varios isleños, que si al principio recelaron del trato de aquellas gentes tan superiores, á pocos momentos no habia obsequio que no hicieran, ni cariño que no inventasen para satisfacer á sus huéspedes. Refrescáronse allí los ánimos con preparados alimentos á la ventura aparecidos, y dándose al mar los tres buques alcanzaron al siguiente dia otro puerto no muy diferente del anterior en sus condiciones locales, y muy superior en concurrencia de habitantes, puesto que toda la costa estaba sembrada de chozas indianas que aseguraban á la investigacion la seguridad de alcanzar cuantas noticias pretendiese. Tomaron tierra, pues los españoles en dicho puerto, que suponemos sea el que hoy se llama *Santiago de Cuba*, y como al preguntar por los criaderos del oro que algunos indios llevaban se les indicase que al Sur habia una isla abundante y rica, Colon se acordó de la nunca hallada Babeque, y comparando á la vez las noticias que recibia con la posibilidad de encontrar al fin la famosa Cipango, se apresuró á continuar la navegacion hasta mas allá del *puerto Tarquino*, virando en seguida las proas exactamente al Sur, con lo que tardó poco en avistar la *Jamayca*.

Dos dias con sus noches respectivas tardó la flota en tocar en la nueva isla, cuyos naturales en vez de ocultarse temerosos ó brindarse diligentes, acudieron marciales en multitud de canoas, blandiendo y arrojando sendas lanzas contra las carabelas, sus rostros y cuerpos pintados de negro, y en las cabezas grandes penachos de brillantes plumas. A semejante osadía faltó poco para que los españoles contestaran con la elocuencia de sus armas; pero todavía por lo que convenia encomendar al pacífico trato las consecuencias de la conquista, se encargó el intérprete indio de Haiti de moderar los ímpetus de aquellas gentes y nuestros

Universidad Internacional de Andalucía

buques anclaron pacíficos en la bahía que entonces se llamó de *Santa Gloria*, y hoy es de *Santa Ana*. La nave del Almirante hacia agua en abundancia, y para calafatearla no era el puerto elegido bastante cómodo, por lo que, en busca de otro superior, se hicieron á la vela todos tres buques con las proas á Occidente, tardando poco tiempo en descubrir el que necesitaban; pero otra vez aqui se presentaron los isleños en son de guerra, y siendo al fin necesario despejar la costa con algunas manifestaciones de superiores recursos bélicos, dispararon los españoles algunas saetas que hirieron en la multitud despavorida, y al perseguir á esta en su retirada, se soltó por aquellos, con inhumano proceder un furioso perro que acabó por desconcertar y destruir todas las ideas de propia defensa con que hasta allí habian alimentado su espíritu marcial los pobres isleños de la Jamayca.

Facilitado así el desembarco y reparo de la nave, Colon tomó formal posesion de la isla, se enteró de sus condiciones, bautizó con el nombre de *Puerto-Bueno* aquel en que halló fácil acomodo para su propósito, y dándose al mar otra vez ya refrescadas sus provisiones en lo que la isla permitiera, siguió costeándola hasta su occidental estremo, desde el cual viró al Septentrion con firme propósito de seguir sin mas interrupciones toda la costa de la isla de Cuba, para convencerse de si era ó no tierra firme la que tan inmensas dimensiones ostentaba.

Vuelto á alcanzar los límites de dicha isla de Cuba en frente del promontorio á que puso y hoy conserva el nombre de *Cabo de Cruz*, continuó el rumbo de su navegacion á Occidente, esperimentando al doblar aquel cabo tan recia tempestad, que á gran dicha pudo tener el que sus buques no se estrallaran en alguno

Universidad Internacional de Andalucía

de los cayos y bancos que tan abundantes son en el golfo que sobre el N-E. forman allí las sinuosidades de la costa.

Calmada la tormenta, continuóse la navegacion con nuevos peligros, por la multitud de islas que á la vista se presentaron tan ricas y variadas en vegetacion, como escasas de gente: al fin, el dia 22, despues de infinitas dificultades, aportaron en una que llamó el Almirante *Santa María* sobre los 73° 43' de longitud Occidental, y 21°-2' latitud Norte, dando al conjunto de las otras el gracioso dictado de *Jardines de la Reina*.

Bien deseaba Colon continuar sus esploraciones con menos peligro apartándose de la costa sin perderla de vista; pero esto, sobre privarle de la exactitud con que gustaba hacer el reconocimiento, estaba en contraposicion de sus creencias, por la atenta credulidad con que habia leido las relaciones de Mendeville y Marco Polo, los cuales afirman la existencia de numerosas islas que sirven como de avanzada á las costas mas orientales del Asia. En tal concepto, y por lo que se consideraba cercano á las ricas posesiones del Gran Khan, puso de nuevo las velas al viento, siempre apegado á la costa y atravesando entre sensaciones mil de variado contraste el ancho golfo de *Xagua;* pero donde los cuidados hubieron de sustituir á los meros afectos de la curiosidad, fué en aquella parte de la costa en que la mar se emblanquece por el movimiento de las partículas calizas que en su fondo se contienen, como que llenos de supersticioso temor los mas osados de la flota propusieron el total abandono de la esploracion por peligrosa é inconveniente.

Ni la calidad de aquel mar misterioso para todos, ni las contínuas dificultades con que luchaban los buques al cruzar por entre la multitud de islas y bajos en que á veces encallaban, teniendo que sacarlos por la fuerza de los cables, fueron partes bastantes para que Colon dejara su propósito de reconocer aquella costa: antes bien, sobre la altura de la gran bahía de *Batavanó*, hizo poner hácia el N. las proas, bautizando con el nombre de *Serafin* la que hoy se llama punta de *Matahambre*, y ansioso de averiguar á qué tierras pertenecian las grandes montañas que en el interior se percibian, mandó desembarcar esploradores que llenos de supersticion y temor volvieron á dar cuenta del estado salvaje del terreno. Con todo, en mas cómodo sitio hubo de adquirir noticias el Almirante que en su imaginacion se volvieron gratas al objeto del viaje, y aunque por ellas hubiera pretendido continuar la empresa con el mismo teson que la habia comenzado, todavía sus gentes insistieron en la idea de volverse á la isla Española, siquiera no fuese mas que por el mal estado de sus buques; que efectivamente se habia hecho harto peligroso; y el Almirante, mas que nadie interesado en la conservacion de los vasos y en el aprovechamiento de las noticias adquiridas, no tuvo reparo en complacer á sus gentes para mejorar á la vez las condiciones de su obstinado propósito. Con todo, para que lo averiguado hasta allí no padeciese menoscabo en lenguas ociosas, y se diera crédito al hallazgo que él suponia de la tierra firme, inter-

Universidad Internacional de Andalucía

rogó indistintamente sobre esta opinion á cuantos individuos tripulaban la flota, los cuales de todo corazon afirmaron bajo testimonio de público escribano, que con efecto la reconocida era la costa de un continente, respecto á que no de otra manera se podia juzgar por la distancia de trescientas treinta y cinco leguas que arrojaban de sí los diarios y observaciones de aquel viaje: siendo de notar que en semejante exagerado cálculo no era de los muy inteligentes tan solo el Almirante quien el error difundia, pues en las tres carabelas iban á la sazon diestros pilotos y *maestros de hacer cartas*, entre ellos el célebre Juan de la Cosa, que del viaje tercero de Colon nos dejó un derrotero harto apreciable. Sin duda contribuyó á la general equivocacion, tanto como los recelos que siempre infunde un viaje desconocido, la condicion de la costa que vira desde la bahía de Batavanó hácia el S-S-O., con lo cual todos hubieron de persuadirse que iba entrando la parte oriental del viejo continente en sus condiciones naturales; y no llegaron á suponer que muy pocos dias de navegacion hubieran bastado para dar á la cuestion de descubrimientos un giro muy distinto, y á Colon mejores luces de las que hasta la tumba le ofuscaron; pues vivió y murió en la inteligencia de que formaba parte de un vasto continente la que en la realidad no era otra cosa que una dilatada isla.

Por fin, el dia 13 de junio de 1494, abandonó la flota definitivamente el reconocimiento de la isla por lo que de costa faltaba, y virando al S-E. no tardó en descubrir otra de harta mas consideracion que la multitud de aquellas que tanto habian embarazado el viaje. El Almirante, siempre avaro de novedades, y por lo que de agua y leña necesitaba de proveerse, ancló en ella dándola por nombre *Evangelista*, convertido mas tarde en *isla de Pinos*; y aunque despues procuró rodearla para hallar mas fácil travesía á la Española, hubo de equivocar el paso del S. internándose en el seno de *Siguanca*, y por lo tanto volvió á torcer el rumbo al N. para virar al E. tan pronto como se vió en franquía de la Evangelista.

Al pasar otra vez por aquel trecho de mar blanca que tanto habia afectado á las tripulaciones, se llenó de ella una vasija con objeto de enviarla á los monarcas españoles; y siguiendo por los mismos rumbos y con muy semejantes inconvenientes á los que en la primera travesía se habian esperimentado, tomaron al fin puerto las tres carabelas, para reposo de sus tripulaciones, el dia 7 de julio, sobre la costa deliciosa de Ornofay, á los 71° de longitud al Occidente, no muy lejos de donde el rio Buey deposita en el mar sus abundantes aguas. Pacífica y numerosa fué la concurrencia de indios que allí suministró á los españoles todo género de refrescos y provisiones de cuanto el pais ofrecia y grande tambien el agradecimiento por ellos manifestado, con lo cual, cimentado el trato, se hizo fraternalmente amoroso, y puede asegurarse que fueron los dias mas felices de la espedicion aquellos que se destinaron en dicho puerto á tan halagüeño descanso.

Cambiados los efectos con marcada ventaja de los españoles, por lo que los

Universidad Internacional de Andalucía

indios sintieron su despedida, salió de nuevo al mar la flota el dia 16 de julio, y al bajar con las proas al S. para montar el que hoy se llama Cabo de Cruz, fué tan recio el temporal que la asaltó, que en poco estuvo la pérdida de aquellos trabajados bajeles: aforfunadamente el 18 pudieron tomar tierra ya montado el cabo, y dos dias despues volvieron á darse á la mar con rumbo á la Jamaica. Asi que alcanzaron esta isla, montaron su cabo occidental para costearla por el Mediodia, y en el trabajoso reconocimiento que de su costa hicieron por los vientos contrarios, lejos de presentarse como la pasada vez, con bélico aparato sus naturales, siempre dieron á las carabelas numerosa escolta de canoas, para regalo de los españoles, provista de cuanto mas bello y sabroso producia la isla en metales, piedras y frutos. Para aumentar las varias sensaciones, aconteció esta vez la venida de un poderoso cacique á la carabela del Almirante, rodeado de honorífica comitiva lucidamente ataviada, y acompañado de sus mas caras afecciones, como que venian con él su muger, cinco hermanos, dos hijos y dos hijas, en una canoa de muy grandes dimensiones, pintada y entallada con muy esquisito gusto. En la proa se ostentaba un indio vestido con una especie de manto hecho de vistosas plumas, un penacho semejante en la cabeza, y una especie de banderola blanca en la diestra mano, señal de la paz que á la flota le conducia: otros dos indios, con semejante atavío y las caras pintadas de colores, tocaban en la canoa dos tamboriles, y aun supone el cura de los Palacios, que otros dos llevaban trompetas de madera negra muy bien entalladas: algunos sirvientes ó deudos del cacique tripulaban tambien la canoa con sus penachos respectivos: las hijas del cacique no llevaban otros adornos ni mas trage que

Universidad Internacional de Andalucía

un cinturon de piedras pequeñas á manera de esmeraldas, del que pendia una bayeta parecida á una hoja de yedra, que semejaba al cendal de la madre comun cuando por primera vez asomó á su rostro la vergüenza en el paraiso; pero en cambio el cacique brillaba con una banda de piedras ceñida por la frente, atada ó sujeta por medio de una faja de oro: pendientes de las orejas caian unas láminas del propio metal: un collar de piedras blancas pesaba sobre el pecho, con otro adorno de oro en el centro á manera de flor de lis, y por complemento de su régia ostentacion tambien llevaba de diversas piedras un cinturon correspondiente: la muger del cacique vestia muy parecidos adornos, mas un delantal de algodon y algunas bandas de lo mismo en los brazos y en las piernas.

El aspecto de aquella comitiva, la mas brillante y ataviada que hasta allí habian los españoles contemplado, llenó á estos de curiosidad y especial contento; y respecto al objeto que la guiaba, que era un deseo vehemente de venir á las regiones de sus huéspedes, no lo tuvo por conveniente el Almirante, suponiendo que tan poderoso señor podria servirle grandemente en sus futuras esploraciones. Así fué que las canoas se volvieron á la bahía de donde salieran, y la flota continuó su viaje siempre en el mismo rumbo, hasta doblar la *punta Morante* ó estremidad oriental de la Jamaica el dia 19 de agosto del propio año que hemos indicado. El 20 se avistó la punta occidental de la península española que comienza por aquella parte en *Cabo Tiburon* y va á terminar sus condiciones por el S. en el puerto de *Jacomel*, y por el N. en *Puerto Príncipe;* y aunque ni el Almirante ni otro alguno de los nautas suponian que aquello perteneciese á la isla colonizada, continuóse la navegacion por toda la costa del S., hasta que por algunos amagos de temporal se apartaron de la Niña las otras dos carabelas, con lo cual hubo necesidad de que aquella anclase en la isla ó roca de *Alto Velo*, que está en la longitud occidental de 65.°, por si era fácil la reunion de dichos estraviados bastimentos. Sucedió esto el 30 de agosto y como fuese el cálculo de la reunion tan bien ajustado que bien pronto las carabelas parecieron, volvió á la mar la flota siempre navegando hácia el Oriente, y tocando alguna vez en tierra de la costa, donde les fué fácil aprender, para descanso del ánimo, la suspirada verdad de que se hallaban reconociendo la parte del S. de la isla Española.

Siniestras señales de furiosa tormenta anunciaron la que bien pronto se desató con toda la violencia que en aquellos mares acontece; pero esta vez dió lugar, aunque escaso, á la precaucion, y el Almirante pudo abrigar su carabela en la isla que llamó *Saona*, no ya lejos del cabo del Engaño; bien que con el sentimiento de que las otras dos hubieran quedado por falta de tiempo espuestas á los rigores de la tempestad, de que se salvaron como por milagro, reuniéndose ocho dias despues cuando el Almirante, por haberse mejorado el tiempo, se echó fuera del canal de Saona.

El dia 24 de setiembre, despues de tan larga navegacion, tan cansadas esplo-

Universidad Internacional de Andalucía

raciones y tan peligrosos sucesos, montaron las tres carabelas reunidas el cabo del Engaño, á que Colon llamó de *San Rafael* segun era su piadosa costumbre. Ni el estado de sus bajeles, ni el ánimo de sus tripulaciones, ni la importancia de la empresa, podian alimentar otros deseos en vulgares pensamientos que de descansar no fuesen; pero aquel génio inmenso de la investigacion, con su espíritu inflamado y avaro de nuevas y mayores sensaciones, todavía no se contemplaba bastante satisfecho de cuanto en su última navegacion habia aprendido, sino que ya engolfado en un mar conocido, se propuso visitar otra vez, para reconocerlas detenidamente, las islas de los caribes. Puso al efecto las proas al E., y no tardó en aportar en la Mona, que antes habia dejado á sotavento; pero asi que dió á la vela sus bajeles hubo de dar á la naturaleza su espíritu tan rendido, que ya no le fué posible la voz ni siquiera para comunicar sus órdenes. Verdad es que otra cosa hubiera sido sobrenatural, puesto que á las fatigas comunes del viaje, se hubieron de añadir, contra su salud habitual, los cálculos de la imaginacion, la impaciencia del espíritu, siempre agitado y pendiente de nuevas sensaciones, la vigilancia perpétua del capitan en que la salud de sus gentes consiste, y sobre todo, la idea maravillosa de cumplir con el mundo la realizacion del proyecto que tan inmensa fama habia adquirido.

En estado tan lastimoso, los capitanes y pilotos de las tres carabelas acordaron lo mas conveniente, que era volverse al puerto de Isabela, en el cual anclaron el dia 4 de octubre, y la colonia española que tanto ansiaba, por contrarios sucesos la vuelta del grande hombre á cuya voz todas las dificultades cedian, recibió en su seno poco menos que un cadáver, pues no de otra suerte pudiera considerarse á Colon, cuando falto de todo conocimiento y en una insensibilidad absoluta fué depositado en los brazos de su hermano D. Bartolomé, que tras de una larguísima ausencia tenia al cabo la dicha de verlo y asistirlo en su mas peligrosa dolencia.

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

CAPITULO XIX.

Estado lastimoso de la isla Española al regreso del Almirante.—Enfermedades y defunciones.—Mal gobierno de Margarite en las fuerzas militares que se pusieron á sus órdenes, y falta de cumplimiento á las que le habia dado Colon antes de su viaje.—Motin de varios españoles y su regreso á España.—Sublevacion de los indios de la isla, y lealtad de Guacanagari para con los españoles.—Ataques al fuerte de Santo Tomás, y brillantes acciones de Ojeda.—Prision de Caonabó por industria de este capitan y mandado de D. Bartolomé Colon, en quien el Almirante declina su autoridad por causa de sus padeceres.—Llega á la isla Antonio de Torres con provisiones de España.—Vuelta de sus buques á la península, y regresa en ellos D. Diego Colon para intervenir por su hermano en la cuestion de límites.—Restablecida la salud del Almirante vuelve á hacerse cargo de los negocios, y aliado con Guacanagari se pone en campaña con todas sus fuerzas.—Sangrienta batalla de la Vega Real, é imposicion del tributo á todos los indios.—Nuevos cuidados pesan sobre Colon por algunos de sus derechos que se quebrantan en la córte.—Residencia de su gobierno por Juan de Aguado.—Preparativos para el regreso de Colon á la península.—Temporal y naufragio de cuatro buques antes de hacerse á la vela.—Manda el Almirante que se fabrique una carabela, y entre tanto se descubren las ricas minas de *Haina*.—Esplótanse estas y con abundantes muestras de su riqueza.—Sale Colon para España en la nueva carabela, con otra que el temporal habia perdonado.—Nuevo reconocimiento de las islas de los caribes.—Porfian los vientos constantes contra el rumbo de los buques: motivan una larga y penosa navegacion en la que muere el cacique Caonabó, y arriba por fin la espedicion al puerto de Cádiz.

Cuando tras de muy solícitos cuidados volvió al uso de sus sentidos el Almirante, esperimentó de nuevo contrarias sensaciones muy capaces de dar otra vez en tierra con el ánimo mas levantado. Pero estas ¡cuán distintas eran de las que hasta allí habian ocupado su pensamiento! Saliéndose de la esfera de la investigacion á que tanto se habia dado, las de la vuelta de su letargo giraban únicamente en el círculo de las afecciones personales, y allí hubo de gozar Colon la inesperada presencia de su querido hermano D. Bartolomé, á quien por contrarios sucesos no habia visto desde que le despidiera con sus primitivas proposiciones á la córte de Inglaterra. Habia llegado á la isla Española en cierta flota de carabelas, en que por órden de los Reyes Católicos se enviaban á la colonia

Universidad Internacional de Andalucía

armas, provisiones y mantenimientos, en tanto que el Almirante reconocia con peligros y trabajos las partes de Occidente que hemos nombrado. Pero á la vez sucedieron trastornos que, por afectar el gobierno interior y seguridad en la posesion de los paises descubiertos, difícilmente pudieran compensarse con la buena dicha de volver á la razon entre los brazos de un hermano cuya existencia era ignorada; de suerte que venciendo al placer la amargura, acabó por enterarse de la série de males que en la isla habian sucedido, sin que otro poder que el suyo hubiera bastado á contrariarlos.

En primer lugar, las enfermedades naturales que por la influencia del clima se generalizaron en la isla, tanto mas peligrosas cuanto con mayor fuerza por la estacion se aumentaba la violencia del sol sobre aquellas regiones, apresuraron con el decaimiento de muy poderosos ánimos, la muerte de muchas y notables personas cuya robusta constitucion no era bastante, sin embargo, contra los efectos de los astros; y semejante contrariedad, cotidianamente repetida, hubo de afectar á la muchedumbre, sembrando hasta cierto punto terroríficas ideas que con el tiempo dieron abundante cosecha de misteriosas tradiciones y pavorosas consejas.

Gran parte fueron sin duda las repetidas defunciones, para que á la vez los osados y descontentos, que nunca faltan á cierto tiempo en toda humana empresa, se animaran con la esperanza de la impunidad fundada en lo que acontecia, para llevar á cabo su propósito de volverse á Europa, de donde nunca debieran haber salido, ya que á sus malos procederes fueron debidos en gran manera los trabajos y contratiempos padecidos en la isla Española en tanto que duró la ausencia del Almirante.

De recordarse ha que al entregar á Mosen Pedro Margarite toda la fuerza útil para reconocer el distrito de Cibao, se le dieron tales instrucciones como mejores ni mas humanas pudieran inventarse, en armonía con el estado singular de aquellas tierras; y tambien será bien advertir que era tanta la distincion y confianza con que á este caudillo consideraba el Almirante, que no solo le dió una prueba superior con el mando de las fuerzas y facultades ilimitadas en el uso de su categoría, sino que en el memorial antes enviado por conducto de Antonio de Torres á los Reyes Católicos, suplicaba que al dicho Mosen Pedro por lo bien que habia servido y serviria en adelante, le proveyesen de alguna encomienda en la órden de Santiago, de la que tenia el hábito, y por esta recomendacion SS. AA. le mandaron asentar en los libros del sueldo, sobre el que gozaba, una renta de 30,000 maravedís cada año. Pues bien: colocado que se hubo á la cabeza de las fuerzas el mencionado Margarite, dejando encomendada la fortaleza de Santo Tomás al bravo Alonso de Ojeda, en lugar de dirigirse á las montañas de Cibao y al corazon del distrito de Caonabó, segun le estaba prevenido, se entretuvo en la hermosa y dilatada campiña que riega el *Yaqui* ó *Rio del Oro*, aquella á que en la primera incursion habian llamado *Vega Real* los españoles. En vano el consejo de gobierno que Colon dejara en la Isabela le

Universidad Internacional de Andalucía

amonestó repetidas veces para que continuara el objeto primordial de su viaje; que el deleite y el regalo apocaron los ánimos, y con los goces se acrecentó la licencia, tras la licencia hubo desmanes, y en pos de estos no tardó en asomar el desconcierto rompiendo los lazos de la disciplina, con lo cual soldados y capitanes igualaron los procederes, desacreditando la empresa, y provocando contra sus desmanes la escondida venganza de los indios.

Con efecto: acechaba Caonabó el momento oportuno de reproducir las escenas sangrientas que en los términos de la Navidad habia ensayado; y cuando vió retoñar el propio mal que habia perdido á los primeros descubridores, no se descuidó en proponer una alianza á todos los caciques de la isla para acometer y destruir á los descuidados estrangeros. Todos entraron de buena gana en la liga, menos Guacanagarí que en ocasiones dió favor á nuestros soldados, y por este medio, y á favor de la dispersion natural de aquel ejército dado á los placeres, perecieron simultáneamente destacamentos enteros al furor de los indios, y al cabo las fuerzas sobrantes tuvieron que replegarse á la Isabela, sin haber dado un solo paso de cuantos el Almirante habia encargado.

Nada hay que menos pueda resistir el criminal que la presencia del juez ofendido, y en conciencia poco estraño parece que Margarite quisiera evitar á todo trance la del Almirante, cuya vuelta á la colonia podia suceder de un momento á otro. Asi fué, que tras del primer crímen no vaciló en proyectar el segundo, pues nada es mas fácil de andar que el ya trillado camino, y poniéndose de acuerdo con ambiciosos desengañados y con ánimos turbulentos, convino el plan de tomar algunos buques de los recien llegados de España, y en ellos volverse para desacreditar, justificando su porte, todas las condiciones y esperanzas del descubrimiento; pero como esto no podia suceder sin malquistar en el ánimo real las cualidades del Almirante, se añadió á la traicion la ingratitud, y el propio Margarite se encargó de hablar mal en la córte de la misma persona que tan buenos oficios por sus adelantos habia hecho; y como hasta el P. Buil se adhirió á los conjurados embarcándose con ellos, fácil es comprender cuán acreditada iba la insurreccion para presentarse ante los Reyes Católicos.

Entre tanto, y para que cuidados no faltasen de cuantos eran posibles en aquellas regiones, los caciques multiplicaban sus agresiones y la fortaleza de Santo Tomás habia sufrido mas de un ataque, pudiéndose decir que su bloqueo era constante; bien que por las brillantes dotes de Ojeda se volvieran los efectos del asedio en contra de los agresores. Con todo, el desconcierto era general, la policía se habia corrompido, las fuerzas eran débiles, el espíritu estaba flaco por los perniciosos ejemplos de autorizadas personas, y sobre todo, la superioridad moral, á que los españoles debian aspirar sobre los indios, apenas existia cuando estos osaban acometerlos, no calculando su valor mas que en razon del número. Véase, pues, si la atencion que tantos males requerian para reformarse, podia ser conveniente estímulo para una pronta y radical convalecencia, por mas que afecciones placenteras apartaran la consideracion del mal y concurrieran activas á tener mano de los acontecimientos.

Universidad Internacional de Andalucía

En semejante caso fué necesario que el Almirante deplinase en su hermano D. Bartolomé toda la autoridad que de los Reyes habia recibido, como harto mas apropósito para sustituirle que el otro D. Diego, por lo que en inteligencia, valor y resolucion le aventajaba. Los autores que de este personaje se ocupan, píntanlo de muy felices disposiciones, casi mejores, salvo la prudencia que las que en el estado violento de la isla pudiera desarrollar el Almirante; dicen que era su presencia respetuosa por la gravedad del semblante y por la elevacion del cuerpo: sus modales resueltos, sus órdenes irrevocables, su espíritu mucho y su teson invencible: la penetracion esquisita y poco el disimulo: grande en los propósitos y oportuno en los cálculos: tambien suponen que él por sí solo jamás hubiera concebido el proyecto de su hermano D. Cristóbal; pero á la vez afirman que realizado, hubiera sacado de él mas brillante partido.

Ya en posesiones del mando D. Bartolomé con título de *Adelantado* ó gobernador político y militar de las islas, se dirigieron sus primeros cuidados al restablecimiento de la disciplina, empresa harto fácil despues que los mas revoltosos se habian ausentado; y luego, torciendo la atencion á los mas árduos inconvenientes, quiso restablecer el prestigio de los españoles respecto á los indios, para dar á la posesion y colonizacion de la isla todo el carácter de seguridad que semejantes empresas necesitan. Concurrió con su pensamiento la inesperada visita que al Almirante llegó á hacer el cacique Guacanagarí tan pronto como supo su regreso de la isla de Cuba, el cual con lágrimas abundantes manifestó el sentimiento que le causaba el estado miserable de la colonia, los padecimientos del Almirante, y sobre todo los ataques de sus compatriotas, ofreciendo su persona y súbditos para arriesgarlas en los mayores peligros en defensa de los españoles. Con semejantes protestas, aceptadas inmediatamente como buenas por el Adelantado, quedaron desvanecidas para siempre las anteriores sospechas respecto á los primeros asesinatos de la isla, y se dió el primer paso á la restitucion de la buena armonía que tan precisa era entre colonos y naturales. En seguida se enviaron refuerzos á Ojeda, con que le fué fácil ahuyentar las bandas de salvajes armados que le guerreaban, matando algunos y aprisionando á muchos, y luego por evitar la violencia de los procederes militares, se propusieron embajadas á los mas poderosos caciques, con que se aseguró su amistad, erigiendo fortalezas en su propios territorios, y se dió conveniente descanso á las atenciones de la guerra. Quedaba, no obstante, en pié la indeclinable enemiga de Caonabó, el mas poderoso y obstinado de los caudillos contrarios, que manchado con el delito de las primeras agresiones, miraba su tranquilidad cimentada únicamente en la completa estincion de la nueva raza que se habia introducido en la isla; y aunque por la buena industria de Ojeda pronto fué presentado en triunfo á los pies del Almirante, bien que no vencido en marcial encuentro, todavía de sus parientes y adictos quedaron armados los suficientes para que los combates se repitieran y los cuidados no cesaran.

Era ya llegado con el tiempo el restablecimiento del Almirante, que al fin

Universidad Internacional de Andalucía

habian trascurrido algunos meses desde su arribo á la Isabela, hasta que las cosas se hallaban en el estado referido. Concurriera para mejorar en cierto modo el espíritu de la colonia la vuelta de Antonio de Torres, aquel por quien el Almirante habia enviado cuenta de su segundo viaje á los Reyes Católicos, el cual habia llegado de nuevo á la Isabela con cuatro carabelas llenas de provisiones y animales domésticos, armas, municiones y algunos artículos de comodidad personal de los que se habian olvidado en un principio por la brillantez de la empresa. Acompañábanle molineros, labradores, diestros pescadores y otros oficiales mecánicos de utilidad reconocida, mas un boticario con muy considerable porcion de medicinas, un facultativo de grande habilidad y un esplorador de minas harto mas autorizado en su profesion que el que hasta entonces alli habia residido. Trajo dicho capitan para el Almirante muy satisfatorias letras de los monarcas, como que aun á su salida de España no habian dado tiempo para otra cosa las rivalidades y procederes subsiguientes, y entre otros encargos le pedian con su asistencia el consejo para intervenir en la cuestion de límites, respecto á la línea divisoria que á la sazon habia de tirarse entre españoles y portugueses, como que le suponian y era efectivamente el mas diestro piloto de su tiempo.

Bien hubiera cumplido á Colon satisfacer la voluntad indicada por los monarcas españoles regresando al continente, siquiera para desvanecer con su presencia los malvados informes de aquellos díscolos que sucesivamente se habian alzado en la Española contra todos los vínculos del respeto; pero su salud aun quebrantada cuando el arribo de Antonio de Torres, y el desconcierto de la isla, hubieron de aconsejar allí su permanencia y la de su hermano el Adelantado, bien que apresurando el regreso de los buques con la relacion del costeo de Cuba ó supuesta tierra firme; y con todos los productos que pudo amontonar de los codiciados en España, mas quinientos indios hechos prisioneros en los marciales encuentros, despachó á D. Diego Colon á la córte con el encargo de hacer sus veces en la cuestion de límites, y de justificarle contra la poderosa enemiga que tanto daño habia de hacerle con el tiempo.

Cubierta ya aquella obligacion, impuesta absolutamente á los cuidados sucesivos, vióse recobrar la salud al Almirante á par que la necesidad la hacia urgente, por mas que la persona de D. Bartolomé hubiese alcanzado bastante prestigio en el gobierno de la isla: que al cabo en los estremados sucesos persona alguna que la mas interesada no sea, puede apenas quedar airosa en el necesario y conveniente desenlace. Agitábanse, con efecto, los indios turbulentos, mal aconsejados por un hermano de Caonabó llamado Maricaotex, tambien de la raza de los caribes, y tan osado é inquieto que no tardó en atraer á su devocion un ejército muy numeroso para acometer á los españoles; como que todos los caciques antes dados á los tratos amistosos, y en cuya buena fé descansaba la colonia, se portaron entonces como rústicos salvages, sin honra ni conciencia. Únicamente Guacanagarí permaneció fiel á sus amistosos afectos, y por él se supo en la Isabela cuan poderosa era la liga que se formaba contra los españoles, y cuan con-

Universidad Internacional de Andalucía

veniente era oponer el remedio antes que el mal tomara mas enormes proporciones; se comprometió asimismo á levantar sus gentes para defensa de la colonia, conducta elogiada en demasía por unos, y motejada severamente por otros con notable trastorno de todos, que en sus incultas condiciones no pararon la mente para disponer los argumentos, y continuó asistiendo con todos los recursos de su poder en obsequio del Almirante.

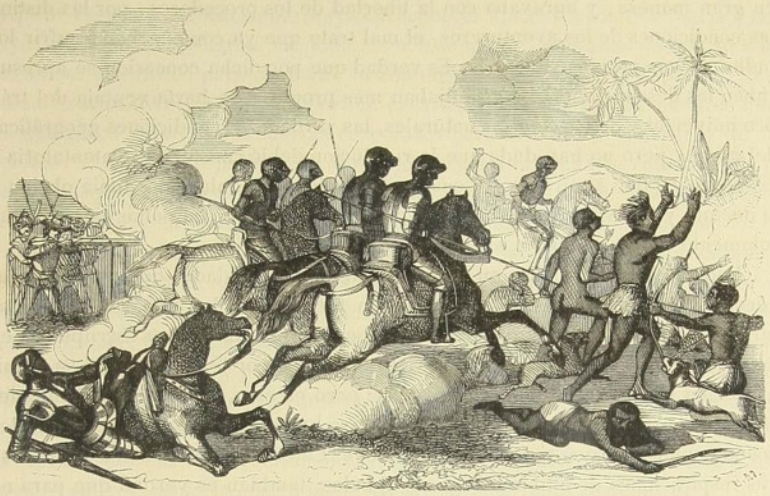
Sin duda que harto impolítico hubiera sido el consejo que se decidiera á esperar la agresion en los propios límites, que la guerra siempre es conveniente llevarla á casa de quien la provoca; y como el Almirante no era lego en semejantes casos, dispuso sus fuerzas de modo que pudieran concurrir á una batalla decisiva, hallando, si el número limitado, porque no escedia de doscientos infantes y veinte caballos, el ánimo bastante para obtener en la lucha la mas completa victoria.

El dia 27 de marzo de 1495, salió el pequeño ejército de la Isabela dirigiéndose á montar el puerto de los Hidalgos para descender á la Vega Real, donde se hallaban los enemigos ya preparados en abundantísimo número, y distribuidos en frágiles por mas que concurridas divisiones. En tal caso, y por lo que convenia no dejarse acometer súbitamente por la espalda cuando la pelea se hubiese empeñado, el Almirante, por consejo de D. Bartolomé, dividió tambien su infantería en cinco porciones, conservando entero el peloton de caballería bajo la conducta de Alonso de Ojeda, y asi verificado el plan de batalla tal como mejor convenia á las condiciones características de aquella guerra tan especial, dió la señal de acometida, la cual se comenzó por una descarga general de espingarderos, que bastó para consternar definitivamente á todo el campo enemigo.

Desde que los españoles habian puesto la planta en aquellas regiones, escasamente habian tenido ocasion de hacer uso de sus armas de fuego; cuando mas algunos mosquetes disparados á la ventura y sin objeto de guerra, pudiera haber dado á los indios muy escasas nociones de su verdadera potencia. En tal caso fácil es comprender el efecto pavoroso que causaria el ruido de la tempestad lanzada sobre un ejército de incultos y desnudos guerreros, que no conocian mas armas que los palos y las varas endurecidas al fuego, y sin otros rudimentos del arte militar que su pacífico natural instinto. Las heridas causadas por las balas que en la descarga se aprovecharon, que fueron casi todas por la numerosa concurrencia de indios, el brillo deslumbrador de las aceradas armaduras cegando la vista de aquellos, el aspecto de los caballos y caballeros, que suponian ser cada bulto un solo cuerpo, moviéndose rápidamente por todo el campo de batalla, y distribuyendo mortales lanzadas con toda la pujanza que basta para derribar de cada golpe un enemigo; el ruido atronador de tambores y trompetas, y sobre todo la furiosa acometida de veinte perros de presa que los españoles soltaron azuzándolos contra los pobres indígenas, fueron causas sobradas para que al primer choque de la batalla se declarase en derrota aquella miserable multitud huyendo por las florestas, mordiendo el polvo de la vega

Universidad Internacional de Andalucía

ó sucumbiendo en las corrientes del rio, que á semejante aliado encomendaron su salvacion los que veian desatados en su contra los mas furiosos elementos.



Por lo que se creyó que convenia atajar la repeticion de semejantes agresiones por parte de los indios, se siguió á estos en su derrota algunos minutos, derribando al paso de nuestros ginetes cuanto alcanzaban las lanzas ó atropellaban los caballos; pero al cabo el furor se calmó con la victoria, los clamores de los fugitivos se oyeron, y la jornada se dió por concluida, viniendo á prestar obediencia á Colon todos los caciques, á quienes se impuso un tributo en frutos y metales que dió abundantes cuidados y no poca exasperacion á los indígenas de toda la isla, cuya indolencia habitual no podia ceñirse ni se ciñó en largo tiempo á las condiciones del trabajo.

Recorriendo andaba Colon con su ejército las diversas provincias de la isla Española para asegurar con la autoridad el dominio de nuestros monarcas, ya consolidando la naciente amistad de los subyugados caciques, ó bien levantando fortalezas en los mas convenientes lugares, cuando le asaltó una indigesta noticia que le puso en marcha para la ciudad de Isabela.

Los malos oficios de los Pisas, Margarites, Builes y otros, surtieron al cabo en la córte todo el mal efecto que siempre causan las quejas cuando son continuadas y mas por personas de carácter; y aunque en cierto modo los Reyes Católicos hubieron de suavizar con sus procederes los cargos que contra Colon se amontonaban, todavía dieron á ellos sobrado crédito para amenguar las prerogativas y consideraciones del súbdito que mas valia. Espidieron en primer lugar una cédula permitiendo el libre tráfico de descubrimientos á cuantos arma-

Universidad Internacional de Andalucía

sitivos colores para confusion de intrigas y vergüenza de ingratos, y mientras se fabricaba la carabela necesaria para el proyectado regreso, llegaron á Isabela seguras nuevas de unas abundantísimas minas de oro (las de Haina), que en la costa meridional de la isla un soldado español habia descubierto. Hiciéronse sin perder tiempo las pruebas mas escrupulosas para convencerse de la verdad, se tomaron abundantes muestras, se calcularon sus productos, y cambiado ya el concepto desfavorable que el resentimiento, mas que la razon, habia sustentado, se hicieron á la mar los dos bastimentos el dia 10 de marzo de 1496, con el Almirante, el comisionado régio y todas las personas que por innecesarias ó gravosas no debian permanecer en la isla.

Antes de arribar á las costas de España, quiso el Almirante reconocer con mayor detenimiento las islas de los caribes, que en su ida segunda á la Española apenas habia situado, y á través de algunos inconvenientes de escaso poder, volvieron sus gentes á tocar en Marigalante y Guadalupe, siendo gran parte para que tal sucediera, la consecuencia de los vientos fijos, no conocidos aun como tales por los navegantes de la época, y por lo tanto muy porfiados contrarios de la mas recta navegacion á las partes meridionales de Europa. Por ellos, y por la escasa esperiencia que el Almirante podia tener de circunstancia que hasta allí no habia observado, fué la navegacion larga y penosa, como que habiéndose dejado las Antillas por ambas carabelas el dia 20 de abril, no arribaron á Cádiz hasta el 11 de junio, bien que en el tránsito no hubiesen tropezado con las islas avanzadas de nuestro continente.

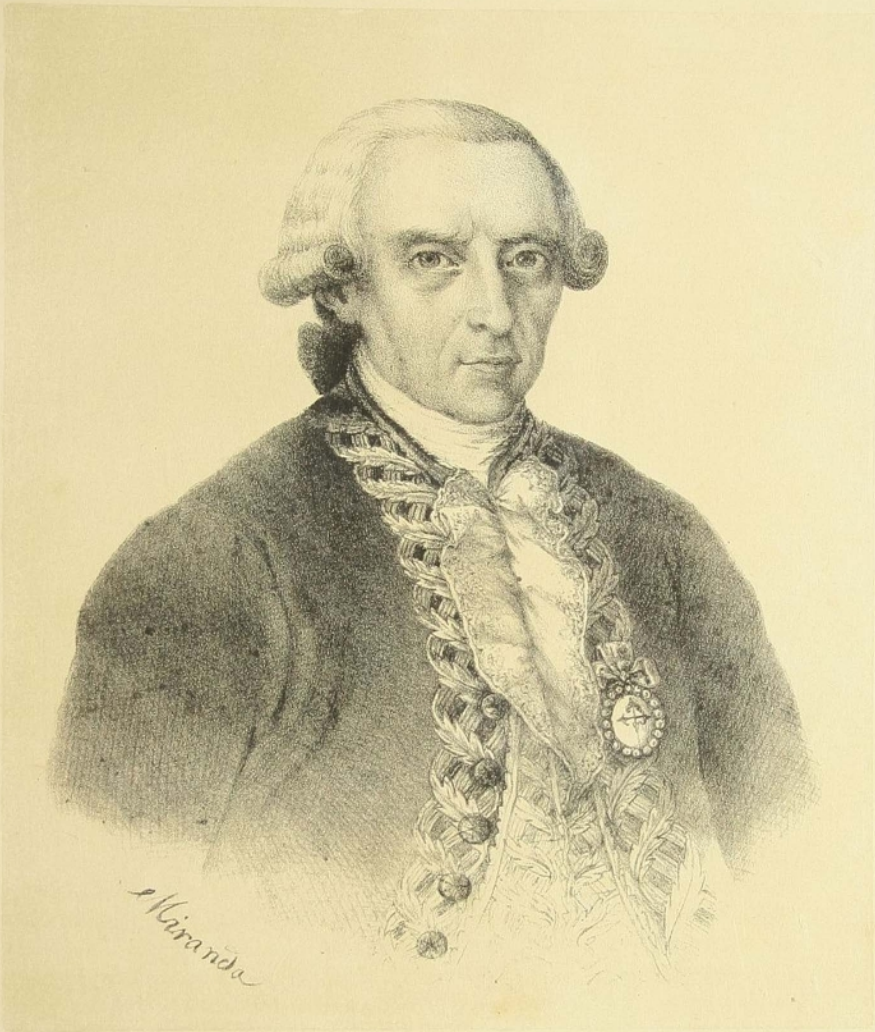
Muchos autores que de este viaje escribieron afirman que en él se padecieron hartas fatigas y miserias, llegando la falta de víveres á inspirar á los españoles la horrible idea del canibalismo, poniendo la estraviada razon en la muerte de algunos indios que se conducian á España. Repugnante es la especie tanto como sensibles los angustiosos padeceres del hambre; pero de todos modos la mente se resiste á aceptarla como verdadera, por mas que en muy modernos tiempos la hayamos visto practicada para mengua y horror de las gentes civilizadas. Dicen tambien aquellos que tal aventuran, que el Almirante se portó en semejante caso con toda la dignidad y justicia que su carácter representaba, evitando dos crímenes á la vez, cuya gravedad no se puede clasificar debidamente por lo que ambos tienen de infamantes.

Por fin, el ya citado 11 de junio, las dos carabelas entraron en el puerto gaditano con harto consuelo de sus tripulaciones y admiracion de los circunstantes, por lo que de escuálido y miserable se advertia en los semblantes de todos, asi indios como europeos. Colon dió gracias á Dios por la dicha del arribo que relevaba su autoridad de poner mano en repugnantes motines, y con las pruebas de la bondad de su empresa se dispuso inmediatamente á partir á la córte, no sin lamentar la falta del grande y terrible cacique Caonabó, que habiendo fallecido de desesperacion durante la travesía, tuvo ignorada sepultura entre las ondas del Océano.

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía



D. ANTONIO DE ULLOA.

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

CAPITULO XX.

Efectos diversos que produce la presencia del Almirante en Castilla: felicitacion que le dirigen los soberanos; su ida á la córte, y confirmacion de todos sus privilegios con otros nuevos.--Dispónese la tercera salida de Colon al Nuevo-Mundo.--Graves circunstancias la retrasan: inexactitud en los cargos que se dirigen por tal retraso á los españoles.—Estado político de Europa en aquella época.—Acontecimientos de la isla Española: impopularidad del Almirante en ella: fundacion de Santo Domingo: viaje del Adelantado á la provincia de Jaragua: castigos en la Vega Real: establecimiento de puestos militares, y construccion de carabelas.—Insurreccion de Roldan y movimientos hostiles de los indios contra las fuezas del gobierno: el Adelantado se pone en campaña y sujeta á los naturales.—Salida de Colon en su tercer viaje: rescata una presa que corsarios franceses habian tomado en las islas Canarias, y continuando por nuevos rumbos quiere atravesar la línea Equinoccial antes de arrumbar al Nuevo-Mundo.—Impresiones y contratiempos.—Arriba á Española una parte de su flota y se calman en parte los alborotos.—Sigue Colon sus descubrimientos: sitúa la isla de la *Trinidad*, entra en el *golfo de Paria*, y rescotando por sus costas interiores y esteriores, hace escala y dá nombre á las islas *Asuncion* y *Concepcion* que hoy se llaman *Tobago* y *Granada*: toca en la *Margarita* y en *Cubagua*, y por la *Beata* vuelve á la Española para dar fondo y tomar tierra en las márgenes del *Ozema*, donde al presente se halla el puerto de Santo Domingo.

El tiempo, que rara vez se ceba constante en los sucesos, desmayó considerablemente por lo respectivo á las acriminaciones que en contra de Colon habian resonado en la córte, sin duda porque satisfechos de la impunidad los detractores de la fama de aquel grande hombre, abandonaron á mas interesados ó rencorosos corazones la continuacion de la obra que ellos habian tan cie gamente comenzado, y de la que tal vez se estaban á la sazon arrepintiendo.

Por lo dicho, sin duda, aconteció que tan luego como en la córte se tuvo noticia del arribo de Colon á la península, se apresuraron los Reyes Católicos á felicitarle por medio de la carta mas satisfactoria que de la gracia real pudiera apetecerse, suplicándole tambien en ella se apresurase á ir en persona con las nuevas de sus descubrimientos á la ciudad de Burgos, donde á la sazon sus Altezas se hallaban.

Universidad Internacional de Andalucía

Nunca mas oportunas mercedes pudieran hacerse al mérito del Almirante que aquellas que le rehabilitaban para esponer sus agravios á la majestad de los monarcas, cuando tanto mezquinas pasiones habian mermado su buena reputacion con la importancia de sus empresas, y hasta cierto punto se habia tambien menoscabado el conjunto de sus atribuciones y privilegios. Asi fué que el Almirante no se descuidó en atravesar el camino que le separaba de Burgos, donde alcanzó por segunda vez la gloria de ser escuchado con religiosa veneracion por los mas ricos, poderosos é ilustrados príncipes de la época.

Fué aquel momento de completa rehabilitacion, y no hay exactitud en los que dicen que los Reyes Católicos recibieron con frialdad al Almirante; puesto que sin esperar el resultado de la sumaria informacion que Aguado habia hecho, no solo le felicitaron con protestas de agradecimiento, que los reales labios fingir no supieran, sino que le prodigaron todo género de satisfacciones, ya remunerándole de los perjuicios que se le causáran por impremeditadas ó mal aconsejadas determinaciones, ya dispensándole nuevas mercedes con la sincera promesa de ayudarle con todo el poder soberano en la tercera empresa de descubrimientos que Colon propuso, y fué aceptada sin vacilar por los monarcas.

Con efecto: sucedió en el primer caso que tan pronto como fueron espuestas al trono las fundadas quejas que se desprendian de la libertad concedida en general para descubrir por los mares de las Indias, se apresuraron á espedir la mas lata confirmacion de todas las capitulaciones hasta allí hechas con el Almirante, y de los privilegios concedidos, derogando todo aquello que conforme al espíritu de la voluntad real se hubiera mandado en contrario: se permitió al Almirante que nombrase una persona para representarle en todas las armadas ó buques sueltos que navegasen á las Indias, y se regularizaron los derechos del tanto que correspondia á Colon segun los capítulos de pasados contratos (1). Y por lo respectivo al acrecentamiento de favores, bien pueden considerarse como tales la confirmacion del título de Adelantado hecha á la persona de don Bartolomé Colon, puesto que á los monarcas no habia parecido bien la creacion de semejante título sin anteponer el real beneplácito: la autorizacion concedida al Almirante para fundar mayorazgo en su nombre con señaladas distinciones: el nombramiento de pages de la reina á favor de los hijos de Colon, don Hernando y don Diego, cuando sucedió la muerte del príncipe don Juan, y finalmente las contínuas disposiciones que se dieron para facilitar la vuelta del Almirante á la isla Española, cuando muchos y muy graves accidentes apenas hubieran dejado tiempo para escuchar mejores ventajas de mas favorecidos labios, á otros monarcas que tan interesados no estuvieran en la gloria y ventajas de aquel súbdito predilecto (2).

(1) Navarrete: *Coleccion diplomática*, tomo II. Cédulas 109, 112, 113 y 114.
(2) Idem. *Idem*. tomo II. Cédulas 122, 123, y otras.

Universidad Internacional de Andalucía

Pero los sucesos de la época no favorecian gran cosa las intenciones de Colon, por lo cual, y por la constante enemiga que algunos pocos le conservaron, entre ellos el obispo Fonseca, cuya posicion no dejaba de interrumpir el despacho favorable de los negocios de Indias cuando favorecian al Almirante, se supuso muy gratuita ó exageradamente hasta por el mismo Colon una guerra obstinada contra su vuelta á la Española, á cuya supuesta guerra se atribuyeron sin exámen todos los inconvenientes que surgieron de la época, y que detuvieron con efecto el viaje por espacio de dos años.

Se estaba entonces inaugurando la incorporacion del reino de Nápoles á la corona de España, combatiendo con otra aquella usurpacion que los franceses habian hecho en lo mas escogido de la Italia, de donde resultó aquella série de brillantes hechos que tanto ilustraron las armas españolas bajo la conducta del gran capitan Gonzalo de Córdoba. Para arraigar el poder de las coronas de España en la famosa contienda, contratáronse á la vez los matrimonios del príncipe don Juan y princesa doña Juana, esta con el archiduque de Austria y aquel con la infanta doña Margarita hermana del mismo archiduque; y como si de ambos acontecimientos no se siguieran hartos obstáculos á otra empresa cualquiera, el rey de Navarra infundia sérios temores á nuestras fronteras por la amistad que con el de Francia tenia, y el de Portugal tampoco inspiraba grandes seguridades, no queriéndose adherir á la liga general que los Reyes Católicos habian propuesto contra la Francia.

Resultado natural del primer estremo habian de ser los amagos que inmediatamente se siguieron por las partes colindantes, de suerte que al Rosellon se hubieron de enviar numerosos refuerzos no solo de tropas, pero tambien de poderosa armada bajo la conducta del almirante don Fadrique Enriquez, y aun á veces el mismo rey D. Fernando se vió precisado á permanecer en Gerona como plaza tan inmediata á la frontera. Del segundo convenio tambien fueron graves las dificultades que se siguieron contra el proyectado viaje de Colon, puesto que una armada numerosa se aprestó en Laredo para conducir á Flandes á la princesa doña Juana y traer en cambio á la infanta doña Margarita, con lo cual no seria muy posible, por lo que era escaso el poder de la marina, concurrir al propio tiempo dignamente á tan variadas empresas, sin olvidar la conveniencia de mirar al Portugal que á la sazon se enorgullecia con el descubrimiento marítimo de las Indias Orientales. Si á todo lo dicho se agregan los cuidados sucesivos de la guerra de Nápoles, con las sumas que consumia de gentes y dinero, y la inesperada tanto como sentida muerte del príncipe don Juan, fácilmente se adivinarán las verdaderas causas que atrasaron el tercer viaje de Colon á la isla Española.

Entretanto, y por lo que habia ponderado el Almirante la necesidad de mantenimientos y otras provisiones que los colonos estaban padeciendo, se despacharon sucesivamente algunas carabelas bien cargadas de lo mas preciso; y aunque alguno de los convoyes, compuesto de cuatro buques, tuvo la desdicha

Universidad Internacional de Andalucía

de perecer en el Océano al furor de una tempestad, otros mas afortunados llegaron oportunos á la isla, en especial el postrero, bajo la conducta de Pedro Fernandez Coronel, que surgió en el nuevo puerto de Santo Domingo precisamente cuando mas necesario estaba siendo para las atenciones de los colonos y sobre todo para la seguridad de la isla, muy lastimosamente quebrantada por la tan larga ausencia del Almirante.

La estraña manera con que habia sorprendido á los moradores de Isabela el comisionado régio Juan Aguado, procediendo tan abiertamente contra el Almirante, no hay duda que fué ocasion bastante para desvirtuar el prestigio que hasta entonces Colon habia gozado: y como siempre el mérito y la envidia anduvieron tan cerca, cuando esta vió á aquel en desgracia, se apresuró á hacer su oficio, tan pronto como vió fácil camino á sus proyectos.

Salió, como hemos dicho, el Almirante de la isla Española, dejando á su hermano D. Bartolomé como lugarteniente, encargado ante todo de la esplotacion de las recien descubiertas minas, para lo cual habia de edificar cerca de ellas sobre la costa del Sur otro mas cómodo aposento que el de Isabela, por lo que se habia averiguado ya sin réplica ser harto nocivo para la salud de los españoles. Sin levantar mano, pues, comenzó el Adelantado su mision, dando fundamento sobre la márgen oriental del Ozema al puerto y ciudad de Santo Domingo; y despues que ya los trabajos podian continuarse favorables sin la indispensable asistencia de su persona, salió poderoso en gente y armas á recorrer las provincias de la isla, con ánimo de asentar el comercio entre conquistadores y naturales, y con la buena armonía asegurar tambien la recaudacion del ya impuesto tributo. Despues de detenerse algun tiempo en la Vega Real, haciendo efectivo el que á sus pueblos correspondia, resolvió penetrar en la provincia de Jaragua, gobernada por el cacique Behechio, cuñado de Caonabó, y en cuyo territorio aun no habian sentado su dominacion los soldados españoles. Si bien con muestras de guerra al principio, fué delicioso el recibimiento que en aquella provincia, la mas occidental de la isla, se hizo al Adelantado, con danzas combinadas de hermosas indianas, las mas gallardas que hasta entonces habian recreado en el simple estado de la naturaleza la vista avara de los españoles, abundancia de provisiones de las que el pais producia, pan de casaba, pescados y utias ó conejos, y sobre todo un aposentamiento en las chozas harto cómodo y halagado con los encantos del mas acendrado y tierno afecto.

Semejantes impresiones, tan lejos de la madre patria, hicieron en los españoles todo el efecto que pudieran apetecer gentes civilizadas en pueblos tan incultos: de suerte que el Adelantado no vaciló en repetir su paseo por aquella provincia, tan luego como el cacique Behechio, le avisó que tenia ya dispuesto el tributo que habia de pagar en algodon y pan de casaba; pero antes se vió forzado á ejecutar rigorosos castigos en los pueblos de la Vega por premeditadas insurrecciones, á establecer una cadena de puestos militares des-

Universidad Internacional de Andalucía

de Isabela hasta Santo Domingo, y á entretener la gente ociosa de la colonia, ya distribuida en los pueblos del interior para recuperar la salud, ó bien en la construccion de dos carabelas para el servicio y comunicacion de la isla.

Entretanto, y como si no fueran bastantes los cuidados que amontonaban á veces sobre el gobierno de aquellas partes los amagos de varios caciques, no faltaban descontentos españoles que murmurando de la calidad de los Colones por lo que de estranjeros tenian, se esforzaban en desvirtuar todos sus actos tanto como suponian ya desvirtuada en Castilla la autoridad del Almirante. Algunos se propasaban á dudar de la legitimidad del título del Adelantado, asi como tambien del cargo de gobernador de la Isabela que D. Diego ejercia, y no faltó quien avanzase tanto en el camino de la murmuracion, que aconsejase la retiracion de toda obediencia á arrogantes estranjeros, solo con el piadoso fin de abrogarse quien tal aconsejaba toda la autoridad que los tres hermanos se habian legalmente repartido. Era el díscolo promovedor del motin un cierto Francisco Roldan, hombre de baja esfera, á quien por sus buenas disposiciones habia levantado el Almirante desde su servicio doméstico á la vara de alcalde ordinario en la primera ciudad de la Española; y como el tal hubiese olvidado con la honradez los beneficios, supúsose harto autorizado para criticar primero, mas tarde para desobedecer, y al fin para rechazar con la fuerza de sus adeptos las disposiciones de sus gefes naturales, llegando á tanto su osadía que hasta se propasó á acometer las fortalezas erigidas en el centro de la isla, y últimamente declarado en abierta insurreccion, se dió importancia de poder á poder hasta con el mismo Adelantado.

Los escándalos y alborotos que entre los españoles andaban, no podian pasar desapercibidos entre los indígenas, que ya otra vez por semejantes altercados habian tenido favorable coyuntura de acabar totalmente con sus dominadores, y ahora no estaban animados de diferentes intentos; asi fué que, ó por el ejemplo ó por la persuasion de los españoles rebeldes, casi todos los caciques de la Vega levantaron con sus fuerzas la obediencia al Adelantado: tras de estos siguieron los de las montañas de Ciguay, y toda la isla se hubiera puesto en conmocion á no haber coincidido entonces el arribo ya indicado de Pedro Hernandez Coronel, que procedente de España con dos carabelas y conveniente refuerzo de soldados, dió al Adelantado fuerza y prestigio con las nuevas de la gracia especial que gozaba en la córte el Almirante, á los dudosos contuvo en la obediencia la noticia de su pronta llegada, y al rebelde Roldan le dejó sin mas alientos que los de su delito para refugiarse en la provincia de Jaragua, adonde se hizo seguir de todos sus parciales con los halagüeños encantos de una vida licenciosa en el mas poético pais de aquellas regiones.

Dirigióse ante todo el Adelantado contra la insurreccion de los naturales, seguro de la mayor facilidad de someterlos por la astucia antes de recurrir á las armas, y como buen político procedió en la eleccion de campaña, puesto que con la sorpresa impensada de algunos caciques, y la persecucion activa de

Universidad Internacional de Andalucía

otros, evitó la destruccion del pais y el desconcierto de sus fuerzas que hubiera tocado sin duda á comenzar la empresa por contrario modo. Con esta coincidió la tercera salida que de España hizo por mar el Almirante, comenzándola bajo mas felices auspicios; y acabándola, por cierto, de una manera bien desdichada.

El dia 30 de mayo de 1498 salió con seis buques del puerto de San Lucar, situado á la mitad de la costa que hay de Cádiz á Huelva, y tomando el rumbo á la isla de la Madera, tocó en ella para refrescarse de agua y leña el dia 8 de junio, continuando despues su derrota por el O. de las Canarias. Al cruzar por enfrente de la Gomera el 19 de dicho mes, hubo de observar que un corsario francés huia de sus buques con dos presas españolas, y enviando contra los fugitivos tres de sus bastimentos, luego se le incorporaron trayendo rescatada una carabela, cuyos prisioneros españoles advirtiendo la caza, se levantaron contra sus opresores y les vencieron, salvándose por tal medio de la triste suerte de cautivos.

Al montar la isla del Fierro, que en los anteriores viajes del Almirante habia sido última escala del mundo conocido, despidió con rumbo directo á la Española tres de sus buques, los mas capaces para conducir abundancia de provisiones, y con los otros, siempre avaro de novedades en su carrera marítima, se propuso llegar hasta la línea equinoccial y tomar bajo de ella el rumbo á Occidente, suponiendo por lo que habia visto inclinarse al S. la parte mas occidental de la isla de Cuba, que en aquel paralelo habia de encon-

Universidad Internacional de Andalucía

trar las mas ricas en oro regiones del Oriente. Alimentaban su esperanza varias nociones que de historia natural y geografía le suministraban los antiguos autores, confirmados á la sazon por consejos y argumentos preciosos con que el célebre maestro Jaime Ferrer habia enriquecido sus cálculos, suponiendo por lo que en la costa de Africa se veia, que allí se encontrarian en mayor cantidad el oro y piedras preciosas, donde el reino vejetal recibiese del sol mayores impresiones, y los hombres fuesen mas negros.

En tal concepto, abandonando la Gomera el 21, pusiéronse en rumbo al S. las proas de la flota, y en tal direccion navegaron sudoesteando algun tanto para tocar en las islas de *Cabo Verde*, arribando á la mas meridional el dia 27. Allí se propuso el Almirante, aunque en vano, hacer algunas provisiones; pero al fin desistió por la escasez de la tierra, y dándose al mar de nuevo con los propios rumbos, descendió hasta los 8° Norte sobre los 28° de longitud occidental del Meridiano de Cádiz, en cuya situacion se encontraron los tres buques el dia 13 de julio, tan quebrantados y abatidos por el inmenso calor del sol, el Almirante y varios marineros enfermos, las provisiones podridas y hasta las junturas de los buques tan descompuestas, que nunca debió tenerse con tanta razon en la mas completa calma tan sensible naufragio (1). En situacion de tamaño peligro se viró al O. suponiendo el Almirante entrar muy pronto por semejante rumbo, segun observaciones anteriores, en una region mas plácida y suave que separaba una línea divisoria de N. á S. á unos 5° al O. de las islas Azores: creyendo que pasada dicha línea la atmósfera se purificaba, la mar era mas diáfana y tranquila, las brisas mas frescas, favorables y aromosas, y hasta que los astros brillaban con otra luz mas poética que en las regiones del viejo mundo. Montaron, pues, los bajeles la línea imaginaria despues de ocho dias, puesto que repentinamente se levantaron las bochornosas calmas, soplaron gratísima y blandamente los vientos de Oriente, desaparecieron los miasmas sofocantes que encapotaban la atmósfera, y entrando la naturaleza toda en las condiciones que Colon habia imaginado, el sol dejó de abrasar, bien que brillase con toda su pureza, y la navegacion comenzó á ser tan grata como era necesario para refrescar en cierto modo los bastimentos, y dar nueva vida á las sofocadas tripulaciones.

Continuando en su propósito de colocarse bajo la línea equinoccial, bien deseaba el Almirante virar de nuevo al S. así que hubo entrado en la plácida region de su fantasía; pero sus gentes iban harto trabajadas, los bajeles hacian mucha agua y las provisiones eran escasas, como que cuando se descubrió tierra el dia 31 de julio, cuya voz dió el primero un Alonso Perez, na-

(1) Algunos autores dicen que descendió hasta los 5° de latitud Norte; pero por las cartas de Navarrete se averigua que no llegaron los buques en su derrota al S. mas que á los 8° con escasa diferencia. Además que de los propios autores que asientan aquella idea se aprende mas adelante que la flota viró al Occidente cuando estaba en el paralelo de Sierra Leona, conforme dice tambien el Almirante á los Reyes Católicos: con lo cual resulta que todavia faltaban algunos minutos para entrar en la latitud de los 8° que nosotros aceptamos por mas verídica.

Universidad Internacional de Andalucía

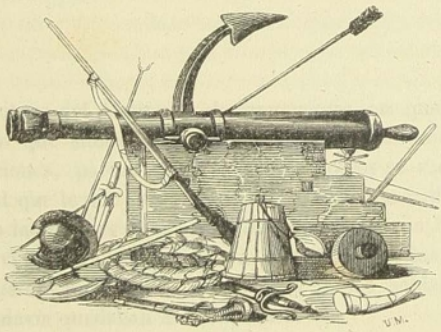
tural de Huelva, que era criado del Almirante, ya no quedaba en las tres carabelas mas que un barril de agua dulce. Hallábase la tierra descubierta sobre los 19° de latitud septentrional á 54° 42′ de longitud al Occidente de Cádiz, y acercándose á ella por un cabo á que puso el Almirante de *la Galea*, y hoy es *cabo Galeota*, llamó á la isla, que tal era la tierra, de la *Trinidad*, no pudiendo surgir en ella hasta el siguiente dia 1.° de agosto, cinco leguas mas á Occidente en la costa meridional de dicha isla. El dia 2 continuó su reconocimiento siguiendo al Oeste hasta llegar á la punta que llamó Colon del *Arenal*, y hoy se dice de *Icacos*; y cerca de ella se divisó una canoa con veinte y cinco indios armados de arcos, saetas y unos á manera de escudos que hasta entonces no se habian visto en las islas visitadas por los españoles. Tenian la tez mas blanca que los de la Española, y por consiguiente harto bien distinta de lo que Colon esperaba, segun las teorías de Jaime Ferrer, con lo cual se desvaneció en su mente la idea regular de la influencia del sol bajo el mismo paralelo por todas las longitudes, y comenzó á acariciar otra de mas trascendencia y que guardaba bastante relacion con la quimérica especie de la línea divisoria de N. á S. en el Océano. Creyó desde entonces que el mundo no era redondo, y sí como una pera, levantado visiblemente debajo del Ecuador hasta llegar á las regiones celestes, de manera que el vuelo de su fantasía le llegó á infundir la posibilidad de visitar el Paraiso Terrenal que nuestros primeros padres habitaron, segun la Sagrada Escritura. Semejante fantasía aumentó grandemente, á manera que visitando toda la costa del *golfo de Pária* se encontraron en ella deliciosos naturales jardines, purísimos manantiales que endulzaban aquel tranquilo mar, verdes florestas de oloroso ambiente, bandas de pájaros de brillantes plumas, algunos tan grandes como gallinas, y sobre todo una raza mas pura y tratable que las anteriores, con los rostros simpáticos, los cuerpos bien formados, los cabellos blondos y sueltos, y en sus adornos láminas de oro y sartas de perlas que hasta entonces no se habian visto en el Nuevo-Mundo, de las que se enviaron en grande porcion esquisitas muestras á los monarcas españoles.

Despues de algunos dias de navegacion é investigaciones por la costa interior del golfo, cuando las provisiones europeas escaseaban y la salud del Almirante padecia grandemente hasta el estremo de casi perder la vista, dirigiéndose las proas al N. E. para abandonar aquel mar por canal opuesto al que habia servido de entrada, y sin ningun contratiempo, no obstante sus dificultades y peligros, se vieron de nuevo en alta mar el dia 13 de agosto con rumbo á Occidente para examinar la costa esterior de Pária, que Colon suponia fuese una isla, sin advertir que por la vez primera habia tocado en los límites de un nuevo continente. En su tránsito á la isla Española, á la cual arribó el 19, cincuenta leguas mas al Occidente del rio Ozema que iba buscando, bautizó con los nombres de *Boca del Dragon* á la que le dió salida del golfo, y *Asuncion* y *Concepcion* á las islas que hoy se dicen de *Tobago* y de *Granada*: tocó en *Margarita* y en *Cubagua*

Universidad Internacional de Andalucía

donde rescató abundantes perlas, y finalmente, volvió desde la Española á la isla *Beata*, enfrente de la punta del mismo nombre.

Entretanto habian arribado sin contratiempo á la nueva ciudad de la isla Española los tres bastimentos que el Almirante despidiera desde la del Fierro, y como su llegada avisase el cercano momento de la vuelta de Colon, el Adelantado, que ya habia sometido á su poder los rebelados naturales, suspendió la campaña contra Roldan en tanto que no gozase la dicha de abrazar otra vez á su hermano, dando asi lugar á la ejecucion de mas autorizadas disposiciones. Hallábase, pues, en la nueva colonia de Santo Domingo, cuando recibió mensaje directo del Almirante participándole su arribo á la isla, y el tránsito por donde trataba de llegar á la boca del Ozema; por cuya razon el Adelantado se hizo á la mar en uno de los recien llegados bastimentos; pero cuando apenas habia tendido al viento sus lonas, encontró la flota de su hermano, y la escena mas tierna se siguió al plácido reconocimiento. El 30 de agosto de 1498 volvió á descender en tierra de la isla Española el Almirante, pálido, trabajado de la gota, y falto de la luz que tanto necesitaba para entrar de lleno en los cuidados que exigía de su autoridad la situacion lamentable en que se encontraba la Colonia.



Universidad Internacional de Andalucía